
Phil Camino
Rehenes
LHG
hespérides



PHIL CAMINO (Madrid, 1972) es editora y autora de las novelas *Belmanso* (Plataforma, 2012) y *La memoria de los vivos* (Galaxia Gutenberg, 2019). Es también autora del ensayo testimonial *Diez Lunas Blancas* (Elba, 2017), una profunda reflexión sobre la maternidad, y del libro de poemas *Donde la carne ya no siente* (La sirena del Pisueña, 2021).

Doctora en Ciencias de la Información, ha colaborado en distintos medios escritos.

Ha traducido del francés al español las novelas del autor Pierre Assouline *Retorno a Sefarad* (Navona, 2020), *El último de los Camondo* (Nagrela, 2024), y *El hombre simiente* de Violette Ailhaud (La Huerta Grande, 2019).

Desde 2010 organiza los Encuentros Culturales de Esles de Cayón, en Cantabria.

Una mañana cualquiera, el empleado de carreteras Jerónimo Arrarte es secuestrado por la banda terrorista ETA. Un error que pondrá en marcha una serie de acontecimientos capaces de trastocar no solo las vidas de los culpables y sus víctimas, sino también las de quienes creían vivir a salvo de esa sinrazón.

Un día y cuatro historias que caminan en paralelo, conforman la trama de *Rehenes*. Cuatro historias que confluyen en una, y que indagan en la naturaleza del ser humano para tratar de entender hasta dónde puede éste caer cegado o anulado por el fanatismo, el oportunismo o los miedos, y hasta dónde pueden rescatarlo la compasión, la generosidad, la lealtad y la valentía.

Phil Camino es la autora de una obra tan inusual como valiente, Rehenes. *Un lenguaje portentoso y una trama lúcida, descarnada, trepidante y brillantemente desarrollada nos transporta, en nuestros mismos días, a lo más duro del pasado colectivo de los españoles y de la democracia, arduamente conquistada (…) Una obra más necesaria que nunca que alerta hoy del peligro de que violencia y crimen, por un lado, moral y ética ciudadana, por otro, se confundan monstruosamente en la memoria histórica reciente de muchas generaciones que no vivieron aquella brutalidad y salvajismo que dictaba sus leyes en las calles no solo del País Vasco sino de todo un país.*

Mercedes Monmany, escritora y crítico literario.

Rehenes *nació como una novela póstuma, cuando todavía la sociedad no estaba madura para recibirla y elaborar la memoria necesaria de los años de plomo, del terrorismo de ETA. Diez años después podemos leer esta novela sin prejuicios ni rápidos rechazos, como un ejercicio de memoria, que nos pone frente a la barbarie de los años más duros de la democracia española, y de homenaje a las víctimas de la sinrazón, al mismo tiempo que nos abre la esperanza de un presente y futuro de paz, memoria y justicia.*

Jorge Úbeda, filósofo.

Rehenes

COLECCIÓN
Las Hespérides

REHENES

Phil Camino



ESLES DE CAYÓN
2024

Madrid, marzo 2024
Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

ISBN: 978-84-18657-56-6

Diseño de cubierta: La Huerta Grande
Producción del ePub: booqlab

A los valientes, vivos y muertos.
A mis hijos, a su generación y a las venideras.

Historia atribulada de una novela

(…), esa obsesión por borrar el pasado colectivo y quién si sabe si individual, aparte de interpretaciones psicoanalíticas, podría ser una clave para justificar cualquier vileza del presente con la impunidad de saber que nunca será recordado.

Emilio Lledó, *El silencio de la escritura*

En el año 2007 comencé a escribir el germen de una novela que tenía como argumento un secuestro de ETA. Tras unos meses trabajando en un borrador me estanqué y lo dejé. Ese mismo año, en el mes de diciembre, ETA asesinó con un tiro en la nuca a dos guardias civiles en Cap Breton. El crimen de ETA que marcaría el declive de la banda no era más atroz que otros, pero por alguna extraña razón sentí más rabia e impotencia que nunca y aquel deleznable acto, otro más, abrió la puerta de par en par a esa pregunta para la que una querría una respuesta: «¿Por qué?». Con rabia, impotencia y preguntas —los ingredientes de la tragedia—, volví a las páginas del proyecto abandonado. Recuerdo sentir entre alegría y desconcierto cuando terminé de escribirla. Dejé que la leyera algún familiar, incluso algún amigo me ayudó a mejorarla y me sugirió que buscara editorial. Yo aún no había publicado nada, así que ¿cómo presentarme en una editorial con una novela así, con semejante tema, cuando la banda terrorista había decretado oficialmente una tregua y se hablaba de paz? ¿Yo, una perfecta desconocida en el mundo literario? ¿Yo, que no era una víctima? El texto volvió al cajón y me puse a escribir otra novela sobre un asunto que nada tenía que ver con el tema de marras. Tardé cuatro años en terminar esta segunda novela que encontró felizmente editorial en 2012.

Con mi primer libro ¡publicado!, y quizás animada por alguna buena crítica recibida, rescaté *Rehenes* del cajón y la corregí, como si estuviera mimando a una hija a la que dejé un poco de lado y que sólo esperaba de mis cuidados para salir adelante. Llegué a obsesionarme tanto con ella que escribí una carta al terrorista Iñaki Recarte, en

proceso de rehabilitación en el marco de la vía Nanclares; como periodista estaba dispuesta a ir a Santisteban para entrevistarme con él cara a cara. ¿Por qué? ¿Por qué?... no dejaba de preguntarme. No obtuve respuesta a aquella carta. Normal.

Por mediación de una amiga, escribí también a Maite Pagazaurtundúa, a la que entonces no conocía, para saber si estaba dispuesta a leer mi novela. Ella sí me contestó. Normal y esperable, ahora lo sé, de una mujer tan generosa y comprometida. Animada por sus desinteresadas y valiosas palabras, superados los miedos justificados por esa otra pregunta que tontamente también me hacía: «¿Qué hace alguien como tú escribiendo sobre "nuestro" tema?» —cuando la realidad es que todos hemos sido rehenes de los terroristas y de sus cómplices— me puse por fin a buscar editorial. La novela no la encontró. Viendo que iba a ser difícil que alguien apostara por ella —era el año 2014 y ETA era algo que había perdido "actualidad", la gente sólo quería "pasar página", me decían—, tomé la decisión de autopublicarla en una edición digital.

Rehenes sólo llegó a las manos de un puñado de amigos y familiares. Sin embargo, la novela había ganado el premio de la editorial en la que me la publiqué y se imprimió una pequeña tirada en papel que nunca llegó a las librerías. Pero gracias a Maite fui invitada al Parlamento Europeo con el escritor Adolfo García Ortega y con el cineasta Jon Viar para hablar de mi trabajo. Y a lo largo de aquel año entré en contacto con víctimas del terrorismo y luchadores por la paz en Madrid y en San Sebastián, en donde pude escuchar a personas como Consuelo Ordóñez, José Antonio Ortega Lara, María San Gil, María Jiménez Ramos o Fernando Savater. Apenas había logrado lectores, pero la novela me entregó regalos inesperados. Y valiosísimos.

Dos años más tarde, llegaría *Patria,* de Fernando Aramburu. No fue sólo una novela sobre ETA, fue un fenómeno editorial. El tema sí interesaba. Nada me pudo alegrar tanto como aquel éxito de *Patria*.

El pasado viernes 26 de enero del presente año asistí a la proyección en Madrid del documental *Resistencia democrática. Conversaciones en la librería Lagun*, que se presentó para conmemorar los veinte años de la fundación de la plataforma ¡Basta Ya! en defensa de la libertad. Allí se dijo algo terrible: «Muchos jóvenes no saben que esto ocurrió». No había ánimo de revancha en esas palabras. Sólo de

justicia. Y de memoria.

Volví a casa y leí de nuevo *Rehenes*. Decidí darle una nueva oportunidad. Diez años después de aquel intento fallido y con mis otros libros publicados en otras editoriales ve hoy la luz aquí, en mi casa, cuando se van a cumplir también diez años de este proyecto editorial. Es como traer al hogar a la hija descarriada. Lo hago animada por un lado por el deseo de que esta vez llegue a más lectores y por otro por esa idea *vargallosiana* que ha permeado en mí: la creencia de que la ficción, por medio de sus relatos y mentiras nos puede acercar al pasado y al presente, a la realidad en suma, y actuar como un dique contra las barbaridades del futuro.

Pienso en mis hijos. Y en los que vendrán. Y sé que cuantos más relatos y voces lean y escuchen, más posibilidades habrá de que no los engañen. Tienen que saber lo que ocurrió en este país en el que todos fuimos rehenes del terrorismo. Más cuando las cicatrices no están cerradas porque los perdones no están humanamente entregados.

Aquí va mi relato. Es solo uno más.

Queda sobrevolando la eterna pregunta que sigue, y quién sabe si seguirá sin respuesta: «¿Por qué?».

1

La mañana era fría. Resopló y sus labios temblaron como los de un viejo caballo. Subiendo los hombros dijo ¡qué rasca! y su gran cabeza, de golpe, pareció pequeña. Hurgó en el bolsillo de su cazadora para buscar las llaves. Abrió la puerta del coche y lanzó los folletos sobre el asiento del copiloto. ¡Menuda tía más borde!, dijo entonces en voz alta, como si fuera necesario que el aire claro de la mañana compartiera sus lamentos. Si no llega a amenazar a esa boba con ir a la agencia de Eroski aún estaría esperando a que lo atendiera. Sonrió satisfecho, como si ese triunfo sobre la encargada de una agencia de viajes fuera suficiente para justificar aquella felicidad.

Miró de nuevo los folletos, París, Viena, el Caribe… ¡Ay Pili, Pilutxi, te voy a llevar de viaje y tú sin saber nada! Volvió a sonreír. Un viaje. Pili y él solos. Y a ver si de paso su mujercita mejoraba ese humor, que había que ver cómo estaba últimamente. Y tú a dos velas, Jero. Se llevó la mano a la bragueta. Con el índice y el pulgar pellizcó y tiró de la tela del pantalón. Luego se frotó las palmas callosas. Sí que hacía frío. Mientras se quitaba la cazadora un intruso rayo de sol se coló entre las nubes espesas. Qué bien, dijo mirando al cielo, aunque mejor cierra el pico Jero, porque fue decirlo y el rayo se esfumó, tragado por esa grisura perenne. De nuevo el maldito *txirimiri* y el golpe de aire tan repentino, gélido e inesperado como la voz que dijo aquello:

—¡Baja del coche y no te muevas!

Tardó unos segundos en reaccionar a la orden. Hasta que notó la fuerte presión sobre el cuello.

—¡He dicho que bajes de ahí, hostia! ¡Y no te muevas!

Lo levantaron del asiento. ¡Eh! ¡eh, un momento! ¿pero qué haces?, dijo. Notó el aliento calentorro en la nuca, un aliento como de resaca. Y algo duro entre las costillas.

—Si te mueves te mato.

—¡Al coche, al coche! ¡Rápido! —Oyó que decía una mujer.

Lo empujaron hacia el sillón trasero de otro coche.

—¡Túmbate joder! —Y que no se moviera o se lo cargaban ahí mismo.

Ni el calor húmedo entre las piernas le hizo desobedecer. Sólo

abrió y cerró los ojos varias veces, como lo había hecho esa mañana cuando oyó el zumbido del despertador. A las siete y media en punto. Como cada viernes. Se había girado, huyendo del horrible bip, bip, atrincherándose bajo la almohada. Sólo unos minutos… imploró con voz pastosa, como si el despertador pudiera oírlo. Con lo mal que había dormido soñando con los cinco rehenes, sobre todo por culpa de aquel pobre francés con ojos de loco y las barbas embrolladas. Como si volviera del infierno, les había dicho él a los colegas. ¿Y de dónde creéis si no que vuelve ése?, había contestado el Zubi, pegando un trago a la Mahou, un tiro el primer día y el hombre se hubiera ahorrado esa pesadilla. Luego eructó. ¡Qué bruto eres, Zubi!, dijeron todos. Sí, hayqueverlobestiaqueselzubi, había repetido él por la mañana, a las siete, con la voz gangosa, mientras rastreaba como un ciego la mesilla para detener el horrible bip, bip que se entremezclaba a la conversación de la víspera sobre secuestros, paramilitares y la madre que los parió a todos porque menudas pesadillas había tenido, ¡joder!

—Jeroooo…

Pili lo sacudió, hincando la rodilla en sus piernas rasposas.

—Jerooo, levaaanta y apaga eso, anda.

—Va, vaaa… —dijo al mismo tiempo que daba un manotazo al reloj—. Buenos días, guapa.

Pili no contestó. Se acercó a ella. Hoola, le susurró al oído, apartando su melena rizada. Un mugido por respuesta. Que te apesta el aliento, quita pesao. Y tú hay que ver lo gruñona que eres.

Pero insistió:

—Oye, Pilutxi.

—Mmm…

La besó en la nuca:

—¿Tú que prefieres: que te secuestren y estar años por ahí, o sea por ahí perdido, a saber dónde, como ese francés, con tortura y todo pero que te suelten?, ¿o que te maten el primer día y ahorrarte el mal trago?

—Pfff… —mugió el bulto bajo la sábana—. Quita. Que me dejes dormir. Y vais a llegar tarde.

—Mi anguililla de pies fríos, qué mal genio tienes…

Buscó sus extremidades bajo el edredón, pero ella huyó hacia el borde de la cama. Nada, no había manera. Y todo por culpa de los colegas, esos capullos que se la dejaron cabreada ayer… Igual a la noche se le pasaba el cabreo.

Estiró su cuerpo de gigante. ¡Qué bueno aquello de estirarse!, sobre

todo ahora que no puede hacerlo porque está ahí, embutido como un salchichón entre los asientos de un coche, sin poderse mover porque si lo hace le pegan un tiro, o eso ha dicho la mujer.

El coche ralentiza. El que conduce ha bajado. Abren la puerta. El hombre tira de él tan bruscamente que está a punto de estamparse contra la carretera. Sólo tiene tiempo para fijarse en el color del coche: blanco, como su Citroën. Lo arrastran hacia otro coche y lo lanzan a un maletero donde cae como un saco de cemento.

—¡Vamos, rápido! —Ordena la mujer.

Y de repente la oscuridad.

¡Vamos, rápido!, como él esa mañana. ¡Y a vestirse que voy haciendo el desayuno!, les gritó a los chicos

Mientras sus hijos se vestían, él recogió aquí y allá cascotes de cerveza, ceniceros repletos de colillas a remojo y de cáscaras de pipas, vestigios de los nervios de la noche salvada por los pelos en el último minuto. ¡Qué golazo, pero qué golazo…! El Xabi, ¡qué crack! que sí que sí questeaño nos llevamos la copa laligayloquesea, había canturreado mientras los cientos de pedacitos de cáscaras salían disparados, pegando brincos. Iba a tener que aspirar por culpa del Zubi y su maldito vicio, que ya podría fumar, como todos, que mancha menos. Pili tenía razón, habían dejado el salón hecho un asco. Luego recogió la ropa desperdigada por el suelo del cuarto de baño:

—¡Vamos a ver ¿no os he dicho mil veces que lo que está sucio va al cesto? ¡Qué niños!

¿Seguiría lloviendo? Se estiró para mirar por el ventanuco.

—¡Quién quiere la leche fría!

Bueno, pues al micro-ondas. Levantó el imán, cogió la lista del supermercado. Hay que ver lo que nos comemos en esta casa, así no iban a encontrar nunca el momento para el Passat, y ahí seguían, con esa antigualla de Citröen. El día menos pensado tendría que llevarlo al desguace.

—¿Alguien va a querer una tostada? ¡Eh chavales!, ¿qué pasa con vosotros, o qué, es que no vais a venir?

Se levantó para coger las tazas y dijo: la madre que los parió. Detuvo la vista sobre el calendario colgado con imanes en la puerta de la nevera. ¿El jueves…? ¿El jueves ya? ¡Ay va! ¿Quince años ya con la Pilutxi? Entonces se le ocurrió lo del viaje.

—¿De qué te ríes *aitá*? —Dijo la niña entrando en la cocina. Él le señaló un tazón y dijo: de nada, de nada. La pequeña miró la taza con recelo.

—Oye, que no sé dónde está la de Hello Kitty. Estará sucia. Anda,

coge ésa guapa, y la tostada, que hay que comer algo antes de ir al cole, ya oíste lo que dijo Agurtzane el otro día en la reunión sobre la alimentación y esos rollos.

La niña levantó los hombros. Él untó las tostadas con margarina y mermelada mientras pensaba en lo de la agencia. Y me llevaré folletos de esos de viaje, Pili dirá que si estoy mal de la cabeza. Su niña daba mordiscos de pajarito al pan. ¿Y se puede saber qué hace tu hermano?

Luego los abrigos. Las mochilas. El golpe seco de la puerta del ascensor. El buzón vacío a esas horas, como siempre. El reloj de la marquesina, los castaños y los plátanos en el horizonte ciego, y el coche, aparcado en el mismo lugar, por la pura costumbre. Si había viaje nada de Passat. ¡Vamos niños, adentro! Tres portazos casi acompasados. La puerta del colegio. Su dos hijos alejándose, con la mochila a la espalda. ¿Y si los llevaba al viaje?

—¡Hasta la noche hijos!

Aparcó frente al súper. ¡Hola chicas! ¡A ver esas ofertas! Las naranjas, las naranjas… Hoy sólo medio de york, Raúl, y otro medio de salchichón, y estírate y dame una loncha anda, que porque no traiga piernas largas y escotazo también lo agradezco. Abrió el maletero del coche y dejó las bolsas que intercaló con maestría: los huevos arriba, la leche abajo. Luego fue a casa. ¡Había que fastidiarse!, alguien le había quitado *su plaza*. Así que fue a la agencia de viajes en coche. Mientras la borde ésa buscaba los folletos se quedó mirando un cartel pegado en la pared: *«Venga a disfrutar una semana de ensueño en la ciudad del vals»*. Pasó sus dedos sobre la foto, esa mujer con el vestido blanco se parecía a Pili. Sonrió. Volvió al coche. ¡Joder con el *txirimiri*! Tiró las revistas sobre el asiento del copiloto. Sonrió de nuevo. Retiró la cartera del bolsillo trasero y la colocó en el lateral de la puerta. Y el Diario que traía peli de James Bond. ¡Menuda suerte la mía! Se frotó las manos y antes de poner la llave en el contacto dijo: será un buen día.

—¡Sacadme de aquí mamones! —Grita entonces, aporreando la carrocería.

No hay respuesta. Sólo el traqueteo y un horrible olor a caucho y a asfalto.

2

Bond, James Bond. ¿Durante cuántos años fue su héroe? Las había visto todas. El mejor, Sean Connery: el negociador, el pacificador, el seductor… Ahora lo odia. Desde que él también está atrapado en un alias, pero sin los poderes de Bond. *El candidato* dijo esto…, Bermúdez León, *el candidato,* asistió ayer a la inauguración de un nuevo centro de salud en Gerona... ¡Girona! le había dicho Anselmo. ¡Girona, por Dios Ricardo!, que no se le ocurriera meter la pata, insistió sin dejar de señalar el titular del periódico.

El candidato. Como si él: Ricardo Bermúdez, ya no existiera. Ahora es: Bermúdez León, *el candidato*. Como Bond, James Bond.

Toma aire por la nariz y lo expulsa a trompicones, haciendo temblar sus labios, por los que se escapa un sonido como de motor gripado. Cierra los ojos, se deja mecer por esa cadencia un poco escandalosa que proviene de Anselmo removiendo papelajos, como si el brío con que realiza la tarea fuera un extra de potencia tan necesario como lo son los caballos para el motor del Audi en el que viajan.

Anselmo repite en voz alta los puntos importantes del día, ¡como si no se los supieran ya de memoria, joder…! Ricardo se gira hacia Anselmo como para apuntalar sus palabras, lo mira sin reparar ya en su mentón retraído que lo parece más por culpa de esa nariz tan grande que hace que sus gafas se vean diminutas.

—Anda, léeme de nuevo el listado, si no te importa. Ya sabes: nombre y empresa. Eso sí me vendrá bien.

Anselmo le hace sí con la cabeza, luego inicia la lectura con su voz aflautada y monótona. Ricardo escucha. Todo irá bien. Esa comida con empresarios no le preocupa. Bosteza. Estira sus brazos. El día de ayer sí que fue agotador: visita a un centro de mayores en Logroño, inauguración de un polideportivo en Tafalla, comida en Pamplona con los alcaldes, reunión con el equipo en el hotel hasta las tantas… Si pudieras atender a todo, Ricardo… Unos minutos de tu campaña y ya conoces tooodos los problemas. Estudiaremos su caso, no se preocupen, lo haremos. Como él es Bond… James Bond…

—Repite el último, por favor.

Anselmo obedece.

Ricardo asiente y se gira hacia la ventanilla. Suspira, se frota los ojos y contrae los músculos del rostro que se le apelmazan en el centro del mismo. Estudiarán el caso de los afectados por el regadío en el valle de Valdizarbe, y el de esos bodegueros de la Ribera que, dado como se planteó el tema de los fondos comunitarios no tendrán más remedio que arrancar las viñas; pero no se preocupen ustedes, entiendo perfectamente su situación y la tendremos en cuenta. Palmadas, abrazos, todo sigue el mismo guion, como si unos hilos invisibles lo movieran y lo pasearan por ese teatro en el que él y los suyos son una especie de *troupe* ambulante repartiendo ilusiones.

—¿Te das cuenta, Anselmo, de la cantidad de promesas que hacemos?

Anselmo levanta los ojos de los folios y escupe una risotada.

—Ni que fuéramos distintos al resto. Y no sé a qué viene eso.

Ricardo levanta los hombros:

—Ni yo, la verdad, pero al menos me queda el consuelo de saber que me gustaría poder cumplir con mi palabra. Anda, sigue leyendo.

—Javier Arrieta: Consejero Delegado de Astilleros Legardeta.

—No sé quién es.

—Yo tampoco. Le preguntaré a Ana.

Ricardo asiente. Escruta con parsimonia la carretera que desfila del otro lado de la ventanilla azotada por la lluvia que apenas da tregua desde hace unos días. Se suelta la correa del reloj, le aprieta la muñeca. Es el reloj que ella le regaló en el último aniversario. ¿Te gusta Ricardo…? se pregunta, como si tuviera pendiente una respuesta desde hace mucho tiempo. Vuelve a posar su mano sobre el pantalón. ¿A qué hora salieron de Pamplona?

—A las ocho —contesta Anselmo, posando el listado sobre sus rodillas. Como ofreciendo una pausa.

La autovía se ha convertido ahora en una especie de avenida que cruza uno de esos centros comerciales e industriales.

—El otro día estuve en Madrid con ese tal Fonseca ¿te acuerdas? El de las escayolas, el amigo de Pablo.

Ricardo mueve la cabeza, sí se acuerda, claro que se acuerda, un buen tipo.

—Pues se marcha. A Logroño. Va a desmantelar las oficinas de San Sebastián. Y la fábrica de Vitoria. Me dio pena el hombre, con su familia… Toda la vida, y ya ves, se larga. Como un prófugo, así me dijo que se sentía. Que está harto. Pobre hombre. No está el horno para bollos, a pesar de todo.

—Pues sí, pobre Fonseca.

—Sí, y pobres los que se quedan.

El coche frena, se van a incorporar a un carril lateral para tomar otra carretera. ¿Habrá cambiado mucho el puerto de Altube? Ricardo se deja mecer por el movimiento del coche tomando la curva. ¿Cuántos kilómetros llevan recorridos? Intenta calcularlo pero en seguida abandona.

—Oye Anselmo, ¿tú te acuerdas de cuando montamos ese partiducho en la facultad?

—¿En la facultad…?

—Sí, aunque no sé por qué me he acordado ahora de eso.

—¿Cómo no me voy a acordar? UED, Unión de Estudiantes para la Democracia —dice Anselmo, dispuesto a permitir esa infracción en la apretada agenda—. Qué originales éramos…

Se ríen.

—Pero no era un partiducho, hicimos cosas importantes, lo que pasa es que tú no te enterabas de la mitad, todo el día dándole al temario.

—Eh, no te pases.

—A la vuelta de París —prosigue Anselmo—. Año 68-69. ¡Qué tiempos!

—Ramales y López-Sintero, el Rubio —Ricardo sonríe—, la que montaron.

Anselmo se coloca el meñique y el pulgar sobre la parte alta de la nariz y aprieta:

—Petardear los cuarteles de Moncloa, así por las buenas, sin plan ni nada, y el pobre militar aquel que salía con su mujer… Y todo trufado de octavillas de UED. ¡Menudo lío en el que nos metieron esos dos iluminados!

Ricardo asiente, alzando las cejas, sin ocultar la sonrisa:

—Ahora nos hace gracia, pero no la tuvo.

—¿Y la reunión? ¿Te acuerdas de aquella reunión? ¿Donde Nacho y Enrique?

Ambos dejan escapar una carcajada.

—Un buen gabinete de crisis aquel que nos sacamos de la manga.

—Nuestro primer gabinete de crisis, dirás… Entregar a Ramales y al Rubio o no entregarlos. La lealtad hacia los camaradas y el partido, o servir a la justicia.

—Sí, qué tiempos aquellos…

—Aunque tampoco han cambiado tanto las cosas, supongo.

Anselmo mira de reojo a Ricardo. Bueno, a trabajar, dice, y retoma la tarea con el ritmo de un dictado para alumnos de educación

primaria: Jesús Domínguez, de Aceros Domínguez…

Ricardo consulta de nuevo su reloj, luego clava la mirada en ese cielo como metálico, hipnotizado por la luz opaca que desfila sobre sus cabezas. Pobre Fonseca… Suspira.

Anselmo guarda por fin la lista en una carpeta azul y con una metódica pulcritud la coloca en un lateral de su atiborrada cartera:

—Ya me han avisado de que está todo listo para esta tarde —dice.

—¿Eh?

—El mitin Ricardo —Anselmo aprovecha para quitarse la chaqueta que deja en el espacio vacío entre ellos dos mientras dice en alto ¡qué calor! y se pone a tocar botones—. Y por cierto —le dice sin mirarlo— creo que el estrado es algo más pequeño de lo que habíamos pedido, pero cabemos bien para la foto. Ya sabes, que no ocurra como aquella vez en Huesca, ¿te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo…? ¡Con la que se montó!

Anselmo relaja el gesto, aliviado:

—Y todo porque a la alcaldesa la habían colocado detrás de ti y del presidente.

—Vanidad de vanidades…

—Para que luego digan que el catecismo no sirve para nada. En fin, parece que de momento está todo bajo control. Empezará a hablar Iturri, luego los de la lista local, acuérdate, esos en primer lugar que luego nos…

—Anselmo —lo interrumpe Ricardo—, sé de sobra qué tengo que hacer en un mitin.

—Ya, es que se me olvida. Anda, toma, tu discurso. ¡Ah! y el de Iturri —tira con suavidad de unos papeles que no quieren separarse del resto—. No sé qué se ha creído, no sé si será por lo de la posible tregua o qué, pero está perdiendo el norte… Hemos tenido que frenarlo un poco…

—¿Frenarlo…?

—Sí, bueno. Ya te he dicho, no es el momento de conceder ni una migaja a los del gobierno y va éste y se pone a tantear, porque eso me dijo que quería hacer: tantear lo de la reagrupación, que si no sé qué carta firmada por no sé qué gentes... Ni hablar, la cosa no está para dejarse engatusar con cartitas, y menos para hablar de acercamientos cuando ni siquiera han dicho que vayan a entregar las armas.

Extrae con espasmódicos tirones las hojas de la funda de plástico para no rasgarlas.

—Pues no sé qué decirte —comenta Ricardo.

Anselmo lo mira con extrañeza:

—Y yo no sé a qué te refieres. Toma, anda —le tiende a su jefe unas cuartillas como planchadas y subrayadas en varios colores—. Aquí está el tuyo, como verás, no hemos modificado prácticamente nada con respecto a ayer.

—Sí, sí. Ya lo vi.

Ricardo está rehusando con la mano lo que le tiende su edecán. Lo ha leído esa mañana en el hotel. Ya hablará con Anselmo sobre esos cambios, pero… levanta la vista, no sabía que hubieran censurado a Iturri:

—Pásame su discurso, anda.

Anselmo frunce el ceño. ¿Censurarlo? No, claro que no lo han censurado, sólo se han limitado a darle algunas consignas, como siempre.

Ricardo se frota las sienes y luego la frente, estirando hacia arriba sus cejas grises y largas de las que se escapa en alguna zona un pelillo más largo que el resto, se las tiene que peinar a menudo, para que no se le disparen. Tus antenas, que pareces un brujo o un sabio despistado, le dice ella. Se friega la cara con su diestra, bien cuidada, de uñas perfectas. Se coloca una gafas sobre su nariz de púgil griego, con un ademán torpe que hace que casi se le caigan. Lee el texto que le ha dado Anselmo. No está mal. Mejor que ese discurso descafeinado y manido que le pasaron ayer… Lee las partes amputadas, entre los paréntesis en tinta roja.

—Ya te dije que me gusta Iturri. Conoce la plaza mejor que nosotros. Al menos me podrías haber consultado sobre estos recortes.

Anselmo lo mira fijamente, con las manos perdidas aún entre los discursos y el cuero ajado de su maletín.

—Perdona, pero no pensé que sería importante. Nuestra postura sobre el tema es muy clara.

De nuevo ese gesto estúpido de Anselmo, como si con la nariz pudiera echar las gafas hacia atrás, cosa del todo imposible ya que el caballete sobre el que reposan no permite de ningún modo que éstas resbalen o se muevan.

—Pues el tema es que no todo está tan claro para mí. Ya no. Porque ya no hay muertos y eso es importante. Por eso Iturri…

—Mira Ricardo, Iturri lo ha entendido ¿vale? Además, ya sabes que estos últimos días la cosa ha cambiado, él y Jiménez ya no se llevan tan bien. El discurso de Iturri está mejor así. Todos lo pensamos. No vamos a darles bola a los del gobierno. Y aún menos a Jiménez, ahora que esos dos han roto el pacto. No empecemos. Además, no te preocupes por él, en serio, no ha parecido molestarle. Quizás hace

unos días… pero ahora esos dos andan a la gresca. Y a todos nos viene bien. Ya está.

Lo dice con la mano levantada, su mano fina y delgada, un poco amarillenta, Ricardo la mira y se le antoja puntiaguda, como la de ¿Gargamel, se llama el brujo ése que le encanta a su piojillo…? ¿Cuántas veces le leyó el mismo cuento de los Pitufos? Lástima que ahora ya no le deje llamarlo así: el piojo. Pedro, papi, que me llames Pedro, que ya soy mayor… Se remueve, inquieto, se sacude la cabeza para centrarse, céntrate Ricardo, que te vas por los cerros de Úbeda.

—Ya. Pero no me pidas que esté de acuerdo.

—No te lo pido. Pero tú reconoce que esto —le dice señalando el discurso—, esto es exactamente lo que espera la gente de nosotros: que nos mantengamos firmes. Acércales a un preso y ya sabemos qué viene después… ¿No hemos aprendido la lección o qué? Pero además ¿de qué estamos hablando? Parece que le estoy dando una teórica a un puñetero novato.

Ambos, casi al tiempo, se giran para mirar hacia fuera, a través de las ventanillas ligeramente ahumadas por las que desfila ahora la espesa naturaleza.

Anselmo respira hondo emitiendo un ruido entrecortado. ¿Quién tiene la culpa de que tenga que hablarle así? Un pelmazo, eso es lo que siempre ha sido Ricardo; lo era en París, cuando se conocieron, el maldito don perfecto que no se enteraba de la misa la media, y lo sigue siendo ahora. Lo mira de reojo. Cambiar el discurso así, en plena campaña, y todo porque *lo he estado pensado últimamente*… repite para sí. Será el candidato, pero es tan inútil como el primer día para las estrategias… No importa, no importa porque para eso estás tú, Anselmo.

El coche se ha vuelto a detener. Más obras. Vaya.

—A ver si no nos retrasamos mucho —dice Ricardo, abriendo los ojos.

Anselmo le dice no con la cabeza, entrelaza los dedos de las manos y estira los brazos, lejos de sí, volcando las palmas hacia afuera. Suspira. Vuelve a mirar a Ricardo, de reojo. Sí, es a él a quien ha designado Orduña como candidato, pero el tiempo dirá… Comienza a mover las rodillas, como si tuviera calambres.

—Para con eso Anselmo. Parece que te ha entrado el baile de San Vito. Me pones nervioso.

—Disculpe, *monsieur* — contesta Anselmo, apretando la mandíbula.

Ricardo recuesta su cabeza sobre el respaldo.

—Y por cierto, le he comprado a tu hijo la nueva DS, o como se

llame el trasto ése que me pidió. ¿Qué día me dijiste que es su cumpleaños?

¿Anselmo padrino de Pedrito…?, ¿Anselmo?, se había indignado ella. ¡Ah claro! ¡Claro que fue él quien me llevó al hospital! Porque te recuerdo que por *su* culpa tú estabas en ese *think tank* en Nueva York, ¿lo recuerdas Ricardo? Yo dando a luz y tú fabricando ideas a miles de kilómetros. Y además, ¿quieres que te diga a quién me recuerda tu querido Anselmo? ¿eh, Ricardo? ¿quieres que te lo diga? Pues a esos: dijo ella señalando la pantalla que justo en ese momento emitía un documental. A esos pajarillos me recuerda tu Anselmo, todo el día ahí, sobre la espalda de los rinocerontes, viven a costa de ellos, eso hacen. ¡No te pases Flaca!, le dijiste.

—¡Eh! ¿Me has oído, Ricardo? Que qué día es el cumpleaños de tu hijo.

—¡Ah! Sí, perdona. El martes. El martes, creo.

Anselmo lo apunta en su agenda, luego retorna a sus quehaceres. Se oye el roce de sus papelajos y carpetas que clasifica y vuelve a clasificar, sin fin.

—¿Tú nunca te das una tregua, verdad?

—Ya me conoces Ricardo, el día que lo haga estarás depositando una corona de flores al lado de mi epitafio, que por cierto, ya tengo pensado. Te lo diré si te portas bien.

Ricardo hace amago de sonreír. El ruido de los papeles se detiene dejando paso a otro más preciso. Anselmo acaba de enviar un mensaje y guarda la *blackberry* en el bolsillo interior de su chaqueta.

El paisaje sigue su curso, Ricardo tiene la impresión de que desfila más aprisa que lo que lo hacen ellos en ese armatoste azul marino blindado como un escudo invencible en el que apenas se oye el ruido del motor; parece más bien un submarino deslizándose por un mar de asfalto.

Llegarán a Vitoria en breve: primera y veloz parada antes de la comida. Y luego el dichoso mitin… Anselmo se rasca el pelo rizado, rebelde, que nunca conseguirá peinar con corrección.

—¡Qué belleza de montes! Mira esa carretera, allí, en el monte. ¿Has visto Anselmo?

—Anda, toma el *dossier* de prensa… —farfulla Anselmo.

—Eres incapaz de desconectar ¿eh? ¡Allá tú! ¡Menuda curva! Parece que estuviera colgada en el aire. ¿No te parece? Oiga, Julio —Ricardo golpea con los nudillos el cristal de seguridad que los separa del conductor—. Julio, ¿sabe cómo se llama esa zona, allí arriba, en la falda del monte?

3

Nendasque: así se llama el lugar donde se encuentra la curva. Es como el raíl de una montaña rusa en la pendiente. No es ni siquiera un pueblo, tan sólo cuatro casas dispersas en el paisaje. Es el tramo más peligroso de la carretera que une el pueblo de sus abuelos con Vitoria; un maldito punto negro, así lo llaman en las noticias cada vez que tiene lugar una desgracia en esos escasos y nefastos cincuenta metros de asfalto ajado y espolvoreado de gravilla. La carretera se estrecha justo donde la curva es más pronunciada, hace años que dicen que la van a ensanchar, pero todavía sigue igual. «¿Cuántas víctimas más para que hagan algo en Nendasque?» titularon los periódicos el día posterior a lo suyo.

Nendasque. Anabel lo recuerda bien. Ha pasado por ahí muchas veces desde que era niña: no podría contarlas. Con sus padres, con sus abuelos, y con Marta y con Laura cuando volvían de fiestas chicas. De un lado esa especie de cortado cubierto de musgo y de líquenes viscosos por donde se deslizan delicados hilos de agua que brotan de las grietas; como un atolón fantástico más propio de un mundo de hadas, sobre todo cuando un rayo de luz se posa sobre las gotas de agua o de rocío. Y enfrente la otra cuneta, suspendida entre el pedazo de carretera y el aire, una cuesta que tan sólo se intuye por el abismo sembrado de un bosque de castaños, muy viejos, fastuosos, que parecen colocados ahí para aguantar con generosidad la tierra. Las copas asoman por encima de la altura del asfalto y descienden por la ladera empinada hasta el río que pone fin a ese singular vacío. Ha visto ese paisaje mil veces desde lo suyo. Pero las imágenes a veces se embrollan. Le fallan las referencias. El volantazo, la caída… ¿Al cabo de cuánto despertó…? No lo sabe. Cuando lo hizo estaba sentada y su camiseta negra preferida, o más bien lo que quedaba de ella, era un retal de parches; se la había regalado Asier por correr en el encierro. ¡Menudo miedo pasó, no lo repetiría ni por todas las camisetas de Kukutxumutxu del mundo! Sentada en aquella posición absurda, con la cabeza torpemente ladeada, esperó. Por ahí abajo quemaba. De refilón vio el charco viscoso y marrón que se expandía sobre el asiento como una mancha de grasa. Y sus vaqueros desgastados, ahora sí que debían de estarlo… ¿Cómo le pudo hacer gracia? Esperó a que algo

sucediera pero no cerró los ojos, porque en las pelis siempre dicen eso de: «no cierres los ojos, habla, di algo, lo que sea». Canturreó para no dormirse, *tus ojitos verdes, tus vaqueritos rotos, tus vestidos cortos de vida alegre,* Melendi acompañándola, como siempre, en los mejores y en los peores momentos de su vida, qué ritmazo, qué subidón, *después de arrancarte una costilla y de morder la manzana…* y así estuvo, un rato, *subiendo al cielo, bajando al moro…* Hasta que se acordó de él.

¡Asier! Lo llamó, lo buscó. ¡Asier!

¿Por qué no respondía?

¡Asier!

Y por fin lo vio. A unos metros, hecho un revoltijo de miembros; un pelele con las ropas deshechas, manchadas de barro, sobre un gran lecho de hojas húmedas. Que no estuviera muerto. Lo repitió dos veces más: no te mueras, no te mueras. Y luego cerró los ojos.

Han transcurrido once meses desde aquello. Once asquerosos meses.

Anabel gira la cabeza como para ahuyentar de ella los pensamientos que la avasallan noche y día, o quizás para asegurarse de que resuenan en su cabeza, como cuando movía aquel sonajero y su primita Leticia reía, dándole vueltas y más vueltas para ver qué provocaba ese ruido. Gira la cabeza, como el sonajero, y se pregunta qué quedará dentro, hasta cuando podrá recordar, si no se gastarán las bolitas del interior y dejará de tintinear.

Quizás si no hubieran discutido, si él no fuera tan terco, tan obstinado, con esas ideas que… Y todo por culpa de Jon y de Piru, porque antes de entrar a trabajar en la fábrica él no le daba tanta importancia al tema, sólo la normal, las elecciones y esas cosas, lo típico: que si tocaba arreglar el polideportivo o que había que ver la que se armaba en el Ayuntamiento con la comisión de fiestas, alguna vez lo de los presos, pero nada más. Ella ni siquiera votó en las últimas, porque le daban igual unos que otros, total, para lo que hacían... Y claro a Piru, le había sentado mal, ¡cómo no! Empezó a echar para atrás los ojos y a mover la cabeza con esa especie de tic nervioso, y cosa mala, porque todos sabían que cuando a Piru le bailaban de ese modo los gestos, era porque la iba a montar. Tranquilo tío, le había dicho ella, ¿vale? ¡eh! que habían ido al Ulises a pasarlo bien ¿no?, que por esa chorrada no merecía la pena desperdiciar la noche, que ella votaba si le daba la gana. Pero claro, Piru ya había bebido más ron que un batallón de cubanos y Asier volvía del baño con la vejiga vacía pero la hombría más hinchada. Y del: ¡a ver qué pasa con mi novia!, llegaron a tirarse la copa a la cara, Asier el

primero y luego Piru, que era justo lo que quería: una provocación. Así que Piru lo levantó por el pescuezo, y cuando llegó el matón de la puerta el pobre Asier estaba ahí, en volandas, como un trofeo. Mejor poner tierra de por medio o se monta la gorda, había dicho Marta, encargada de traer al pacificador. Baja al besugo que la veda no está aún abierta, dijo el cachas. Tuvo gracia, lo del besugo. Y ya se podían ir con cuidadito por donde habían entrado. Con una palmada en los hombros y un no ha pasado nada tío se finiquitó la noche en el Ulises.

Luego Asier le echó a ella en cara lo ocurrido. Que si no tenía que haber dicho nada, que calladita estás más guapa. Y ella, que por qué se iba a callar con los amigos, ¿no querían Piru y esos un país libre?, pues que empezaran por respetar lo que cada cual quisiera hacer con su vida, que yo no voto porque no me da la gana, joder, ya te lo he dicho. Y Asier asintió, agarrado al bolsillo de su trasero, enganchado a los muslos prietos embutidos en el tejano, diciendo bueno, sí, tienes algo de razón, pero que anduviera con cuidado porque ella pensaba diferente a muchos. La igualdad y esas cosas… que no está tan claro, Anabel, que no. Pues para mí sí lo está y ese Piru es un… y no me toques ahí, tontorrón. Ven aquí que te voy a comer. Estás muy salido. Las manos fuertes de él sobre sus muslos prietos, eres mía, rubia. Ella lanzó el pitillo encendido por el aire, ¡mira! un triple salto, como el de la japonesa esa de las Olimpiadas, dijo mientras sus uñas moradas ganaban terreno a la noche, subiendo por el pelo de su chico. Te voy a comer rubia. ¿Cuándo se iba a cortar esas greñas? le dijo ella, con el hombro disparado en busca de toda la provocación de la tierra, acaramelando la voz que decía: no te he pedido que me defiendas ¿vale?, tontorrón, ven aquí. Ven tú que te voy a dar una somanta de palos mi rubia provocadora. Y venga con llamarla así, que ella no era rubia, que ella tenía el pelo más negro que las uñas del asqueroso de Juantxo, que por mucho que se pasara el día soldando en el taller se podría lavar las uñas, que así nunca iba a encontrar novia. Deja a mi primo Juantxo en paz, y entra en el coche, rubia, que me das más disgustos que… ¿Disgustos, yo…? Sí, tú. Más bien tú, que te empeñas en ir detrás de mí, vigilándome como un perrito faldero o como un matón de esos del Ulises. ¿Perrito faldero? Sí, pero perrito guapo ¡guau! y ¡uyh! bruto, no por ahí no, sí por ahí sí, y a ver si te cortas las greñas, así no, así sí, perrito bueno, y dócil, sí, por ahí sí, más, más, pero sin morder.

Anabel suspira, como si de vez en cuando necesitara repostar para activar la memoria. Un tenue rayo de luz entra por la ventana y la alcanza de refilón.

Fueron los de la fábrica… Primero las greñas, como las de Juantxo. No son greñas tía, ¿vale?, era su pelo, y si no te gusta así pues te buscas otro novio, un pijo de esos. ¡Bueeeno..!, que no era para ponerse así por un simple comentario sobre el peinado. Además, no estaba tan mal…, como el último mohicano, el Daniel ése está como un queso, pero cuidado no se fuera a poner plumas de pajarraco en la cazadora o en la cabeza, que una cosa era parecerse a ese pibón y otra ir por ahí haciendo el indio y cortando cabezas. Y Asier reía. Aún seguía encontrándola graciosa, a su rubia. Rubia ven aquí. Que no soy rubia, y siempre tienes demasiado trabajo, Asier. ¿Qué pasaba con ellos dos? ¿Con nosotros? Ya no se veían apenas por las tardes, todo el día por ahí con Juantxo, con Jon y Piru, y con esos. ¿Y…? Pues que no me gusta, lo siento pero no me gusta. ¿Así que ahora vas a decidir tú el tipo de amigos con los que voy? El tono, ese tono era raro… Soy tu novia ¿no?, contestaba ella, desafiante. Y Asier le pasaba la mano rauda por el pelo moreno, está bien rubia, te hablaré del curro, si quieres, de los líos en la fábrica con lo de los despidos, ¿qué tiene de malo que nos juntemos?, nuestros derechos, ¿vale? ¿qué tiene de malo? Nada… pero no es eso, es lo otro. Que no hay nada más, tonta. Pues tema zanjado. Y ella lo volvía a mirar, a su mohicano, y se pegaba a él. Con lo poco que se veían y la tenía aburrida con sus discursillos. Pues tú solo piensas en el cachondeo, rubia. ¿Y en qué quería que pensara…?, contestaba ella, separándose de él, metiéndose las manos en los bolsillos, enfadada por culpa de esas ideas que se parecían cada vez más a las del imbécil de Piru. No te tomas nada en serio, Anabitxu. Venga, un poco de juerga ¿qué tenía de malo? que ella también había tenido una semanita fina en la tienda, con lo del inventario, trabajando hasta las tantas, ¿eh mohicano? Los muslos prietos, y las manazas sobre ellos. Las greñas, que te sientan muy pero que muy bien, mohicano. Así no, así sí. Rubia. Mohicano.

Anabel retira la vista de la ventana y clava las pupilas en el suelo. Está desgastado, sobre todo bajo las cuatro esquinas de su cama, donde es castigado por el roce de las ruedas cada vez que alguien mueve la cama para que ella se pueda acercar a la ventana, o cada vez que la llevan al hospital para alguna revisión. Pequeños surcos que rompen la monotonía del suelo y en los que ella ya no repara.

Luego vino lo de Juantxo. ¡Menudo mérito el de Piru y esos! Lo único que hicieron fue aprovecharse del lío que tenía el pobre Asier en la cabeza: era tu primo, tu colega ¿no?, lo azuzaron todos. Un *gudari*, un héroe. Un mazazo para todos, un golpe asestado a la libertad del pueblo. Por eso la manifestación aquella y había que ir claro, porque

había muerto Juantxo. Uno de los nuestros. Sólo veintiún años. Un héroe. Y los padres de Juantxo, como no, arropados en todo momento por las visitas de Piru, de Jon y de los suyos. Y a ti ya te vale, Asier, que me tienes olvidada. Porque no salió de casa durante una semana, sólo lo hacía para ir a la fábrica, y ella tratando de arreglarlo: que Juantxo no era un cerdo, aquello de las uñas, sentía haberlo dicho, lo sentía mucho. Él la empujó, ¿crees que me importa eso ahora, rubia? Sí, la empujó… Y le dijo: que me dejes solo Anabitxu.

Anabel cierra los ojos.

Piru por aquí, Jon por allá. Con la cuadrilla en cuanto salía de la fábrica. Nada, mohicano, que se te ve fatal, ven aquí, toma. Y le ofrecía los muslos prietos. Venganza rubia. No mohicano, sólo un mal trago, una cabronada, pero toma, toma mohicano. ¿Un mal trago?, ¿es que no entiendes que era mi primo, mi colega? Sí, claro, pobre Juantxo, ¡tan joven! pero jugó con fuego ¿no?, dijo ella con la voz quebrada, pero atreviéndose. ¿Qué has dicho Anabel? He dicho que nadie tuvo la culpa de que eso le estallara entre las manos ¿no Asier? Cuidadito con lo que dices. Eso, mucho cuidado con lo que dices, guapa, le dijo Piru, que para variar se había pasado tres pueblos con el ron o con lo que hubiera pillado por ahí, y nada de quedarte ahí, cruzadita de brazos, porque está en juego la libertad, y tú estarás con nosotros ¿o qué? Ella no contestó. Porque estás con él ¿no?, dijo, mirándola otra vez, con esa mirada desquiciada, y señalando de reojo a Asier, si estás con él te mojas, ¿vale?, para vengar a Juantxo ¿vale? Ella esperó a que su mohicano hiciera algo, como aquella vez, cuando lo del besugo, pero nada, ahí estaba, agarrado al vino, subiéndose la cremallera del forro polar, haciendo lo que fuera con tal de no mirar a su rubia, mientras Piru se reía de ella y la amenazaba. Fue al volver. Al volver donde los abuelos. En el coche. Fue al pasar por Nendasque. Habían discutido, como no. Y luego… el volantazo.

Cierra los ojos y mira al techo que conoce ya de memoria, y la lámpara de papel japonés que compró aquella vez, antes del accidente, en Leroy Merlin, cuando fue con su madre y con Marta a renovar el mobiliario de su habitación del pueblo. Cómo odia ese cuarto que ni siquiera es suyo, asquerosamente limpio, la silla formando un ángulo recto con la esquina de la cama, sin el montón de ropa que ella siempre dejaba ahí tirada hasta que la *amá* se enfadaba. La estantería impecable, como si fuera una vitrina del jodido Leroy Merlin.

Él salió disparado gracias a que no llevaba el cinturón. Uno de los pocos casos en los que no llevarlo le salva a uno la vida, les dijo el médico. Las hojas hicieron el resto, aunque también tuvo que ver la

rapidez con que los polis los llevaron al hospital. Asier no tardó en recuperarse: sólo una pierna rota y heridas de poca importancia. Pero ella… Piru y esos no perdieron un minuto para aprovechar la situación. Primero Juantxo y luego ella, en la cama, sin moverse por culpa de esos *txacurras* de mierda contra los que se estrellaron. Dos víctimas más de la opresión.

Anabel traga saliva.

Pagarán Anabitxu. Esos hijos de puta pagarán.

Asier iba todos los días al hospital.

Pagarán por esto. Era su letanía.

Esto… dijo ella, mirándolo. Esto…pensó ella, sin poder mirarse.

¡*Txacurras* de mierda!

La culpa no fue de ellos, Asier.

¡Hijos de puta opresores!

Fuimos nosotros, Asier. Estábamos ¿no te acuerdas…? El volantazo…

Pagarán por lo que nos han hecho.

Marta, madre, *aitá*, que él no es así, es todo aquel desbarajuste, pero las cosas se arreglarrán y Asier volverá a ser como antes.

Claro, Anabel, claro cariño, pero ahora no pienses en ello…

Cierra los ojos con toda la fuerza de la que es capaz. ¿Cómo pudo ser tan tonta? Se le llenan los ojos de pequeños puntos blancos que danzan y danzan en torno a la oscuridad. Son como estrellas. Está llorando.

¿Quién eras mohicano?

Pero ya no importa, no importa Anabel, porque ahora lo has echado de tu vida, aunque no puedas olvidar su mirada, la de esa tarde en el hospital, después de decirle: fuera, Asier, márchate, no quiero verte nunca más. Esa mirada fue la misma que la de aquella noche, después de huir de Piru en el coche, él con tu mano en la suya, rubia perdóname, tú con la tuya en su cuello, te quiero Mohicano. Al pasar por Nendasque, unos segundos antes del volantazo que ha cambiado su vida para siempre.

4

No, mejor no pensarlo. Pero es que ¿quién le hubiera dicho hace unos años que iba a acabar así? ¡Lo que le faltaba! Comenzar a tener lástima de sí misma. Ella… Emma. A la que la vida ha tratado con suerte. Porque lo tienes todo, hasta un amante joven y guapo.

Salda la carrera con el conductor, ¿qué le debo? Quédese el cambio. ¿Y esto es un hotel, señora? Sí, contesta ella por cortesía. Sin carteles ni nada. Un sitio encantador, pensó cuando lo vio la primera vez, porque lo de ir a su casa ni hablar le dijo a él después de aquella primera vez, y también le dijo: más te vale tener claro que no soy una de esas niñatas obnubiladas por el profesor todopoderoso a las que uno se mete en la cama como si fueran una bolsa de agua caliente, no me gusta que me compartan. Si pudiera te besaría aquí, delante de todo el mundo, le dijo él. Ella le contestó ni se te ocurra Leandro, aquí no, que nos verían. ¿Cómo no voy a querer lamer esos labios como frambuesas? le dijo él, como un mendigo, y también le dijo que a ver qué tonterías eran esas, que él no se había acostado con sus alumnas ni lo haría jamás. ¿Acaso no soy tu alumna? Una manipuladora, eso eres, una manipuladora, te voy a arrancar el abrigo. Aquí no, ya te lo he dicho, tendrás que buscar algún sitio bonito para hacerlo.

Y la verdad es que es bonito el hotel, incluso por fuera, con esas piedras talladas con sencillez que contrastan con lo que albergan: el pequeño salón verde de la entrada repleto de piezas de anticuario que van rotando según el capricho del dueño y la cuenta de resultados, el perenne olor a café y el diminuto patio plagado de flores.

El taxi se ha marchado y la callejuela está vacía de ruidos, excepto el de los pajarillos colgados en las ramas de un cornejo cuyas varas, de un rojo vivo intenso, invaden la acera. Le gusta ese barrio, le recuerda al Borne, ahora que conoce el Borne. No esperaba encontrar en esa zona de mala muerte un pequeño y divertido *backyard* de la ciudad. Nada que ver con el Paseo de Gracia donde estaba su antiguo piso de recién casados. ¡Las horas que había caminado entonces por las calles de Barcelona que parecía una sonda de esas que sueltan en mitad de Marte! Con su Canon, de picos pardos, como le decía Cayo, que hay que ver, aprovecha tú mi vida, y diviértete por los dos, porque él estaba encerrado todo el día en ese mohoso despacho del socio de su

padre, con cara de papel y de temarios. Aprueba pronto o no aguantaré todo el día sola, sin ti, le decía ella. ¿Y cuándo convocaban? No se sabía. ¡Nunca se sabía! Esos odiosos libros, Cayo... los odio. Pero los domingos eran otra cosa, los domingos iban a tomar parrilladas a la playa, solos, siempre solos, porque la vida entera cabía entonces en unos centrímetros de arena de playa, en el objetivo de la Canon y en esos domingos.

Ahora el Paseo de Gracia se le antoja aburrido, monótono, predecible. Prefiere el Borne, moderno, enigmático, fresco.

Arrastra la vista por las ventanas, preguntándose cuál será la que corresponde a su guarida. Leandro debe llevar un rato ahí arriba. Pues que espere. Se desvía hacia el escaparate de la tienda que linda con el hotel: una especie de bazar muy curioso en el que igual le venden a una cajas de cerillas con un cuadro de Klimt, un colador de acero o un reloj de arena. Cinco minutos, puede perderse cinco minutos con esa china que siempre acaba por colocarle alguna tontería para ella o para los niños.

Entra y los ojos rasgados la reciben con la habitual reverencia a la que ella contesta con un suave declinar de la cabeza. No se decide entre un jarrón de cristal estilo años veinte, que para ser de ese sitio da el pego, o una cesta para Carlitos donde podría guardar los juegos de su maquinita infernal, siempre los deja por ahí desperdigados, qué pesado. Emma gira el jarrón, la vida se ve distinta a través del cristal acuoso. Aquello de para toda la vida… en la salud y en la enfermedad… ¡Patrañas! No se hacen pactos indefinidos, además Cayo lo sabe mejor que nadie, hay que revisar, enmendar, pulir las aristas, como la que acaba de descubrir en el borde superior del jarrón que vuelve a dejar en su sitio. Con Leandro ni en la salud, ni en la enfermedad, sólo mientras ella lo desee. Emma paga la cestita. Rehúsa la bolsa de plástico fino que le ofrece la china. Luego sale a la calle.

Mete en el bolso su compra y extrae de él la polvera de oro de su abuela que lleva a todas partes. Verifica sus mejillas. Están muy blancas, sólo la prominencia de sus excesivos pómulos matiza la forma y el tono de luna de su rostro; un rápido brochazo de terracota sobre ellos y de inmediato su mirada dulce se afila. Devuelve la polvera al bolso ¡Ay! ¿Será posible? El compás de los niños, ¿qué hace el maldito compás ahí? Se chupa la yema del índice. A un efecto siempre le precede una causa, repetía su abuelo sobándose la calva. Y luego su padre decía lo mismo y ella, claro, los creía. Pero no hay que creer lo que a una le cuentan de chica, al menos no todo. Los efectos no son proporcionales a las causas, *sorry* abuelito, pero es así. Duele, la yema

del dedo es una zona muy sensible pero no deja de ser una molestia que pasa muy rápido. Se lo lleva a la boca, la saliva es una buena anestesia. Leandro debe llevar un buen rato en la habitación, esperándola. ¿Se enfadará?

Camina con cuidado por el suelo de adoquines de la entrada del hotel, no querría torcerse un tobillo o romper el tacón de sus preciosos zapatos de charol. Se detiene para mirar esas vidrieras de Maumejean que han tenido el buen gusto de mantener. Ahí está esa pastorcita que el dedo de Emma acaricia ahora, esa mujerzuela que parece saludarla cada vez que entra allí. Es graciosa, la tiene cautivada con su cara de tontuela. Avanza despreocupada, hasta que ve a Antonio que no le quita ojo, ¡qué tipo tan desagradable! Espera antes de quitarse sus grandes gafas oscuras, tampoco retira de su cabeza el pañuelo con el que ha ocultado su melena.

—¡Buenos días, señora! Creo que la están esperando.

Y mientras el conserje le dice el número de habitación que ella ya conoce de sobra y que en cualquier caso jamás le preguntaría a ese viejo verde, el otro se palpa el bolsillo para certificar que sigue allí, caliente, el billete que Leandro le dio hace tan solo unos minutos.

La habitación número doce. Ya llevan varias semanas en ella. Tendrá que decirle a Leandro que la cambie. Se está empezando a aburrir de sus cortinas y de su moqueta. ¿De qué color eran…? No se acuerda, pero se está aburriendo. No, no se hace el amor siempre en el mismo lugar, le decía mientras se paseaban la primera vez por las habitaciones para que ella eligiera la que más le gustaba; nunca se lo perdonaría, que convirtiera lo suyo en rutina. Se atusa las puntas del pelo que se deslizan por el cuello de su gabardina.

Se detiene ante la puerta de la habitación para ponerse una gota de perfume en las muñecas, luego la roza con los nudillos. Leandro abre. No la saluda. Vuelve a sentarse frente al escritorio. Ella se desliza hacia el interior de la habitación. Con un pie descalzo, empuja con suavidad la puerta que se cierra sin hacer ruido.

—Has llegado media hora tarde —dice él, sin levantar los ojos de su tarea—. Hoy he traído exámenes, pero como sigas así voy a traerme a otra para aguantar tus retrasos.

Emma se acerca con andar silencioso. Le sigue pareciendo guapo, aunque aún no tiene claro si es porque es mucho más joven que ella o porque es guapo de verdad. Lo abraza por detrás, se arrastra por su lomo y mira por encima de su hombro la pila de papeles en los que parece absorto. ¡Qué flacucho está! Él le ha dicho que es por su constitución, que ya desde chico era el puñetero enano de la clase,

hasta que de repente creció ¿cuántos centímetros un verano? Emma recorre su ancha espalda de un lado a otro, la besa. Su esqueleto es como una percha de las que tienen refuerzo en los hombros, las que se usan para los abrigos. Estás flaco, es por la vida esa que llevas, de aquí para allá, sin parar entre las clases, las conferencias, los compromisos, le dice con voz melosa. Bueno, y por no tener a una mujer a mi lado, dice él. Eso, eso, que todos se ponen más fondones con una mujercita a su lado, añade ella encoquetando la voz cuanto puede.

—No tengo mujer porque no... ¿Pero qué hago dándote explicaciones? Además, es cierto que estoy agotado, con los exámenes, las dos tesis… Pero al menos no llego tarde… Y ¿de qué te ríes? He hecho pesas estos días. No me dirás que no voy sacando bola. ¡Mira! —Y levanta ambos brazos.

¡Caray!, sí, se ríe Emma, igualito que Sansón, se mofa. Baja tonto, baja los brazos, le dice revolviéndole el pelo, que a ella le gusta así, su larguirucho con esa complexión de corredor y sus clavículas puntiagudas, aunque parezcas un jovenzuelo en plena adolescencia. ¿Y qué parezco yo?

Leandro no contesta, como para alargar esos minutos de cortejo a los que se siente con derecho.

—¿No serás muy duro con ellos? —Ronronea Emma, mirando por encima de su cabeza el montón de hojas.

—Pues sólo me falta dar un aprobado general porque tú me lo pidas. Aunque bien visto, me quitaría mucho trabajo de encima.

—Y la fama de hueso —le dice, mientras le mordisquea la oreja suavemente.

—¿Y tú qué sabrás…?

Lo sabe porque es lo primero que le dijeron cuando preguntó por él en aquel salón de actos abarrotado; ni siquiera se acuerda de la conferencia porque ella de lo que estuvo realmente pendiente fue de las manos y de la potente voz del doctor Moreno, y luego, en el cóctel que siguió al acto (ven Emma, te presentaré al doctor Moreno, su exposición ha sido brillante ¿no crees? Sí, Cayo, brillante.), en aquel cóctel en lo que se fijó fue en la sonrisa que colmaba su rostro, y en la capacidad que tendría ese hombre, el profesor Moreno, para hacer reír a una mujer a pesar de su famosa severidad.

—No le preguntes nunca a una mujer por qué sabe las cosas.

—Está bien… —Leandro deja caer la pluma que aún tenía prendida a los dedos—. Dejaré los exámenes. Ven aquí. Ven aquí Emma.

Emma sonríe. Levanta su falda y se coloca sobre las piernas de

Leandro. ¡Arre! ¿Como locos, Emma? Sí larguirucho, juguemos, juguemos. ¿Quién soy? La tontuela pastorcita, Diana la niña. ¿Tu niña? Mi niña. ¡Arre Leandro!

5

Aporrea la carrocería. Que le abran. Ya está bien. Vale ya de bromas… ¿Qué es todo eso? ¿Qué está ocurriendo? Siente tan cerca el asfalto que es como si fuera a rasparle la piel. Es una broma. Seguro. Han sido esos: Gorka y el Zubi, claro… Por lo de la otra noche.

—¿Tú qué prefieres que te torturen o que te maten? —Había insistido el Zubi.

Con ese partidazo y ellos ahí, dando vueltas a esas tonterías de los rehenes y el francés.

—Pues mejor un tiro a tiempo porque eso es una putada. Mira la cara del franchute. Ese tío no vuelve a vivir.

—¡Qué bruto eres Zubi! Cualquier cosa con tal de no palmarla —dijo él.

—¿Y tú qué sabrás?

—Pues anda que tú.

¿Y esas caras de funeral?, les preguntó Pili al volver de casa de Fernanda, ¿perdéis o qué? ¡Oye, sin insultar! respondió Xavi, que quedaban muchos minutos de juego y además ¿no somos los mejores? ¡Los best, Pili, los best de lo best!, dijo Gorka. Pili se iba a reír, pero entonces se quedó mirando las pipas fuera del cenicero, los botellines de Mahou y las cajas de pizza por ahí tiradas. Luego lo iban a recoger todo, que a ella no le dejaban eso así, hecho un basurero o más bien una pocilga, ¡Jesús! sois todos unos cerdos. Calla mujer, que empieza la segunda parte, le dijo él. Pili torció el gesto pero obedeció. Y quita de ahí anda, que no vemos. Eso fue demasiado. Los otros se miraron de reojo. Y sonrieron. Como chavales de primaria. Je. A éste se le cae el pelo, esta noche. Se te cae el pelo Jero, te has pasado, jeje. Pili dio un portazo. A las doce dijeron ¡hala chaval! Y sonrisillas. Hala, a la guarida que te espera la fiera. Y la fiera dijo o dejas el salón como los chorros del oro o se te va a caer el pelo, tus amigos son unos salvajes, y unos cerdos, y tú un chulo, y a mí no me vuelves a hablar así delante de nadie.

Pobre Pili. Fue un capullo. Pero lo arreglará. Aporrea de nuevo la carrocería. Qué hijos de puta. Les va partir la crisma ¡eh, ya vale! El coche no se detiene. Les voy a cortar las pelotas, se están pasando. Trata de darse la vuelta sin éxito, pero en ese momento se siente como

una cucaracha panza arriba. Está sudando. ¡Mamones…! ¡Venga Zubi, basta ya!

El coche debe ir a toda velocidad, por los frenazos, por los meneos con que es proyectado contra los laterales.

—No pares —dice la chica.

—Pero Bego… está el semáforo en rojo y… joder mira todos esos coches por delante. Si viene alguien de frente nos…

—He dicho que no pares, Zabala —contesta ella sin mirar al tal Zabala, la vista al frente, con la izquierda apoyada en el asiento y la otra mano afuera, agarrada al capó del coche.

Las manos del tal Zabala se adhieren al volante. ¡Joder!, adelantar con cinco coches por delante… No parece que venga nadie de frente, pero… la raya continua y el semáforo en rojo… ¡Adelanta! Las perlas de sudor asoman por su frente. Vamos Zabala, ahora, cuanto antes, ahora. Se coloca en el carril izquierdo y… ya está, no viene nadie de frente, lo vamos a lograr. Acelera. Entonces lo ve: un coche asomando el morro. Y va directo hacia ellos.

—Vamos Zabala, vamos… —dice ella, apretando los dientes, mientras presiona el suelo bajo su pie derecho, como si con ese gesto fueran a ganar velocidad—, no te muevas, no vamos a frenar ahora. Pégate hacia aquí… a los coches de la derecha. Que se aparte él.

Zabala obedece. Acelera. Su corazón y el marcador de revoluciones parecen querer tomarse el pulso. Aprieta el volante como si tuviera garras, y el acelerador que ya no cede más, impedido por el freno natural de la pared contra el que apoya. Las aletas de la nariz se abren, expulsando un hálito espeso que no debería encontrar por ahí la salida. Los bocinazos son cada vez más fuertes. ¡Joder! Le está pidiendo que embista contra un coche con Dios sabe qué personas dentro. Un puto kamikaze… Zabala respira por la boca. El motor zumba con rabia, quemando el aire o la correa, o cualquier pieza de ese turismo de tres al cuarto que no tiene potencia suficiente. Si esa chatarra tirara más podrían haber adelantado ya la columna de coches de la derecha, pero no lo han hecho y el coche de frente ya se ha adentrado en el único carril que queda para circular. Vengaaa, muévete a la izquierda, muéveteee… Por la rendija de la ventanilla se cuela un zumbido de reactor que se mezcla con el de su respiración. La lluvia marcha por los costados, hilillos que la emprenden contra el parabrisas. El coche pega un brinco, han pasado por un socavón y un torrente de agua echa a volar hacia los costados, hacia la barrera de coches que esperan a que el semáforo les dé paso. El agua turbia salpica con gran estruendo a un Audi oscuro al que no le han

rebanado la pintura por escasos milímetros.

Anselmo se lanza sobre Ricardo. Un placaje perfecto. ¿Estás bien Ricardo? ¡Qué susto! ¿Están bien? Julio se ha girado, ¿quiénes eran? Unos locos. Ahora llamo a Ana. Unos jóvenes descerebrados seguramente. Pero vamos a avisar. Estoy bien, no te preocupes Anselmo. Gracias. Sí avisa, por si acaso. ¡Qué bestias!

—¡UUhh! ¡Bien hecho Zabala! —la tal Bego se ha dado la vuelta mientras lanzaba ese grito victorioso—. ¡Mierda!, tenemos que salir de aquí. Mira esos —dice señalando el Audi. Le indica una callejuela estrecha—. ¡Vamos! ¡Por ahí! Esto estará plagado de *cipayos*—. Vuelve a mirar por encima de su hombro—. Teníamos que haber previsto cambiar de coche una vez más. Se lo dije.

Un dos… Un dos… el corazón de Zabala que abandona la garganta para volver a su sitio y la lluvia fina, que vuelve a ser lluvia y no charcos con alas.

Jerónimo se ha golpeado con un gato en la cabeza. Cierra los ojos, los abre, los vuelve a cerrar. Se revuelve como un hurón en una madriguera demasiado estrecha. Les voy a partir la cara a esos cabrones…

El coche ralentiza la marcha. Ahora adivina palabras entrecortadas que se cuelan por las rendijas de la carrocería: …llamar en cuanto lleguemos… sí, el objetivo… esta tarde, del zulo a… Las gotas de sudor resbalan por su cuello, se las retira con la mano que ha conseguido llevar hacia lo alto de su cabeza, a pesar de lo estrecho de ese espacio. Joder, tienen que ser los colegas… O ellos, o unos que se han equivocado. Seguro. Porque él es buen tío. Está lo de Ramón, pero… no, no puede ser. El único que se quejó de eso fue el *aitá*: ¿y tú qué haces juntándote con esos *maketos* de mierda?, ¿con un concejal de los hijos de la gran puta? Exconcejal, *aitá*, que el padre de Pili es exconcejal, que hace años que lo dejó. ¡Un jodido fascista, y ahora vas y lo conviertes en tu suegro! Abre los ojos. Tiene frío pero está sudando. No, por eso no puede ser, que esas son cosas del *aitá*, y además, hace tiempo que nadie comenta; sólo de vez en cuando la palmadita y lo de ¿cómo va tu pandilla de forasteros? Pero no, por eso no puede ser. Se esfuerza por acompasar la respiración a una cadencia un poco más ordenada, no le sobra el oxígeno ahí dentro. Está sudando. Mucho. Aprieta los ojos con fuerza. Será un error. Seguro. A veces ocurre. Que se equivocan de tío. Sube y baja la barbilla para animarse. Se retuerce entre penosas acrobacias dentro de ese espacio demasiado estrecho. Tranquilo Jero. Es un error. Consigue quitarse un zapato y luego un calcetín que logra atarse a la frente. No los verá. Y

le dejarán marchar.

El coche se ha detenido. Se toca el calcetín, lo ata más fuerte, por si acaso… Las voces aún difusas se aproximan, los pasos se vuelven más nítidos. Un ruido. La claridad penetra hasta donde está, hecho un ovillo, con las manos enroscadas en torno a la cabeza; tan sólo alcanza a percibir pequeños puntos de luz que se cuelan a través de la trama tupida del calcetín.

—Llévalo adentro.

Es ella. Tiene una voz masculina.

Lo levantan y lo tiran al suelo adonde cae como un saco de arena.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Me he tapado los ojos! —Comienza a dar vueltas sobre sí mismo, avanzando a ninguna parte, a trompicones—. No diré nada, lo juro. No os puedo ver, ¿lo veis?

—¿Qué, jugamos a la gallinita ciega? Qué mamón… —un resoplido, como de hiena afónica, acompaña las palabras de ella.

—No diré nada, lo juro, lo juro…

Lo calla con una patada en las rodillas. Jerónimo cae sobre la tierra mojada. Tiene el pelo lleno de barro por uno de los costados.

—Encerrad a este cabrón antes de que acabe con mi paciencia. Te veo ahí dentro, Zabala. Buen trabajo —le posa una mano aprobatoria y chata sobre el hombro—. Avisaré a Antxo y a Martín.

Zabala sonríe para sí. La ve marchar de espaldas, con ese porte de chiquilla arrogante; eso de la mujer y la sardina que decía su padre no siempre es cierto. Lo ha visto, el brillo del que se han llenado sus enormes ojos grises cuando el hombre suplicaba, esa mirada con la que podría taladrar muros de hormigón. Lo que le dijeron Ekaitz y Martín sobre Bego es verdad. Sí, ha tenido suerte de que Bego contara con él. Y encima lo ha felicitado…

—Me habéis hecho daño.

Zabala se gira hacia el reo, sacude la cabeza y le ata las manos. Le pone su zapato en la mano y lo empuja.

—¡Avanza!

Jerónimo camina torpemente.

—No me habéis entendido —lloriquea—. Os habéis equivocado. No soy nadie.

—Avanza y cierra esa boca, joder.

Zabala le propina un manotazo en la nuca. Gestos, ¿cuántas veces se lo ha repetido Bego?, que los gestos son importantes, compañeros. Le clava las uñas en el antebrazo.

Luego bajan por una escalera angosta, se ha golpeado los hombros y las caderas. Por favor, por favor, ruega Jerónimo. Sus lamentaciones

van parar contra un muro frío. Cierran una puerta.

Y silencio. Un absoluto silencio.

6

Se frota los ojos, le pesan desde dentro. Luego mira de nuevo por la ventanilla. Puede que deje de llover un rato, las nubes ahora son más espesas, más blancas, y algunas parecen querer abrirse al cielo.

Se detuvieron en Vitoria. Media hora escasa con los ganaderos: las cuotas de leche, el futuro del sector, lo de siempre… Luego los llevaron casi en volandas al parque de Gamarra donde plantaron un árbol junto a algunos residentes y no menos representantes del gobierno foral.

Ahora quisiera descansar, sólo un poco de silencio, pero la voz seca de Anselmo no le da tregua:

—Bueno, ya has oído al concejal ese ¿no? Vamos que está la cosa para hablar de acercamientos… Nosotros movemos ficha y ellos pueden seguir como si nada con su *kale borroka*…

—Si tienes razón, Anselmo. Pero sólo digo que no hemos dejado a Iturri explicarse. Hay matices.

—No los hay. Hablas como ellos.

—No acepto que digas eso.

—Ya te he dicho que Iturri ha entrado en razón, Ricardo. Aunque sea para dar por saco a Jiménez. Además Orduña y bueno, las asociaciones de víctimas, sobre todo ellas ¿qué dirían? Créeme que eso sí lo entiende bien Iturri. Dejemos que tantee el terreno Jiménez. Y ya me dirás. Porque ¿qué piensa ganar Jiménez con su estrategia? Ya te lo digo yo: a corto plazo el apoyo de los nacionalistas y de los radicales, pero perderá el del resto, créeme Ricardo. Y *ahí* es donde está ahora nuestro voto. Vamos, que Jiménez se está equivocando, y a lo grande. Pero no nos fiemos, recuerda que al gobierno le han venido de perlas estos meses de inactividad de la banda, y que el tanto se lo han marcado ellos.

—Sí, es cierto, pero sin un muerto en todo este tiempo. Te diré que por una vez no me importa un triunfo ajeno.

—Triunfo… Pregúntale a esos empresarios, a ver si a ellos les han dado una tregua. A ver qué piensan del triunfo.

Ricardo no contesta, tumba la cabeza sobre el colchón mullido que le proporciona la vista de esas nubes espesas y abullonadas. Se estira la raya del pantalón. Empuña la abrazadera situada sobre su cabeza y

vuelve de nuevo la vista hacia las extensas hileras de eucaliptos bien ordenados que surcan los lados de la carretera y cuyo olor, dulcemente mentolado, se cuela por la rendija de la ventanilla que ha abierto, sólo un par de dedos, por seguridad, para que penetre el aire que le resulta tan indispensable. Ensancha las aletas de la nariz para aspirar mejor ese aroma fresco que lo retrae a su niñez, a las sábanas de lino limpio y almidonado, a la ropa ordenada con esmero entre las baldas de castaño y de cerezo, allá en el caserío de la abuela Nena.

—Abre un poco tu ventana, por favor —le pide a Anselmo—, que circule el aire.

Inhala y exhala con suavidad, tratando de vaciar el contenido de sus pulmones con ayuda del estómago, como le enseñaron a hacer en las clases de yoga.

—¿Sabes lo que realmente me preocupa Anselmo? Que peguen un petardazo por nuestra culpa.

—¿Nuestra culpa…?

—Entiéndeme. Me refiero a nosotros, a Jiménez, a… a los buenos. Ahora que parece que ellos han dado un paso, más que nunca deberíamos estar todos a una y ni eso somos capaces de hacer. Puede que sea esa nuestra debilidad.

—Un paso que no es suficiente. Te vuelvo a repetir: ¿qué fue lo del otro día en Barakaldo…? ¿Y la concentración esa de salvajes en Pamplona...? ¿Le preguntamos a ese ertzaina? ¿O a su mujer que lo va a tener en casa durante un mes mientras se recupera?

—¿De verdad crees que no tengo en cuenta todo eso, Anselmo…? Precisamente lo que demuestra eso es que esto no va a desaparecer así… —Ricardo chasquea los dedos—. No podemos pecar de ingenuos ¿sabes? Por eso digo que a lo mejor ha llegado el momento de activar un poco la cosa por nuestro lado. Iturri sabrá por qué conviene dar un pequeño, sólo un pequeño giro a la situación. Y antes de que lo cabrearais contra Jiménez, no lo veía tan mal, lo de cambiar la vía. Esa vía nos tiene atados de pies y manos. Supeditar el abandono de las armas a que hagan lo que no van a hacer nunca. Así estamos. Pero lo importante es ponerle fin a esto. ¿Vamos a esperar siempre a que ellos muevan ficha…? Sólo lo han hecho para matar, extorsionar y amenazar. Podemos arriesgar, ver qué pasa. Siempre podremos volver para atrás. Total, es lo que llevamos haciendo años.

—¡Claro! Y hacer lo que ellos quieren es mover ficha… Eso es más bien lo que yo llamo ceder al chantaje. Además, deja que lo hagan desde el gobierno, que metan ellos la pata, porque la van a meter. Y te repito, no se te ocurra ensalzar los tejemanejes de Jiménez, ni de

Moncloa, sobre todo ahora.

—¿Qué dices? No hablo de eso. Es más, creo que conviene recordar a todo el mundo que la cosa puede estallar en cualquier momento, que lo de la tregua es para ganar tiempo, como siempre. Pero claro, a ver cómo se cuenta eso a quienes no lo quieren oír.

—¿Por ejemplo a toda esa gente que ha renunciado a la escolta?

—Por ejemplo. Me temo que estamos bloqueados, unos y otros. Alguien tiene que hacer algo, y en eso le doy la razón a Iturri.

—Bien, pues cuéntanos tus planes la semana que viene. Cuando estemos nosotros ahí arriba —dice Anselmo con el índice levantado.

—Ya, supongo que tienes razón.

—Y Ozores, y Ana y los demás. O a ver qué crees que opinan ellos… Así que de momento nos vas a hacer caso y punto.

—Lo haré. Lo haré Anselmo, pero siempre y cuando no olvidéis que el candidato soy yo.

Ambos se vuelven la espalda. Anselmo aprieta la mandíbula. Unas miserables y casi imperceptibles gotitas de sudor se asoman entre los rizos canosos. Empuja el alambre plateado sobre su nariz y lo pega aún más al entrecejo.

—No te preocupes —dice fingiendo indiferencia, como si de veras el comentario no le hubiera afectado—, no lo olvido. Pero tú tampoco olvides para qué estás aquí. Aunque sea, hazlo por Pablo.

Ricardo suspira, se muerde el interior del labio:

—No lo metas aquí ¿vale?

—¿Por qué? ¿Porque lo asesinaron cuando intentaba *hablar* con ellos para buscar una vía de negociación? ¿Porque se lo cargaron después de que negociara lo de los acercamientos? Y te recuerdo que aunque tuviéramos nuestros más y nuestros menos, Pablo me parecía un gran tipo. Ocurrió lo que tenía que ocurrir, todos se lo avisaron ¿no? Le dieron cientos de toques de Interior, pero él ni caso. Fue una pena, pero que nos sirva de ejemplo.

Ricardo sacude ligeramente la cabeza, se pasa la mano por la boca y murmulla:

—No sé, a veces pienso que nunca se solucionará.

—Son ellos los que lo tiene que solucionar ¿no? —Replica Anselmo —. Tú ocúpate de defender a los nuestros y a las víctimas, son las únicas que han dado la cara aquí, y sin tener culpa de nada. Y el resto, que se apañe. La gente tiene razón, tienen lo que se merecen.

—¡Qué bruto eres!

—No, yo también soy realista.

La densa lluvia cae en largas varas oblicuas sobre el coche.

Anselmo se revuelve en el sillón, se soba la papada lacia, un pedazo de carne absurdo que no le corresponde a un tipo fibroso como él, no se la suele tocar, no le gusta hacerlo.

—Mira jefe, si te parece vamos a tranquilizarnos un poco. No sé si te pasa algo, pero la verdad es que no estoy acostumbrado a verte así.

—Ah, ¿y cómo me ves?

Anselmo lo mira como si fuera a decir algo. Ricardo levanta las cejas, dos aristas, y dice:

—Déjalo, anda.

Levanta los hombros y se gira otra vez hacia la ventanilla. Los árboles le recuerdan que últimamente ve a gente y más gente, a la misma velocidad a la que pasan esos árboles ante sus narices. Personas y más personas, objetos de colores y alturas, eso es todo lo que llega a distinguir, bultos a la sazón. Es como si alguien le proyectara una película ante cuyas escenas no pudiera detenerse. Está agotado. Las últimas nubes grises logran apartarse con ayuda del viento y una luz clara y lechosa, inesperada, se filtra durante unos instantes por las madrigueras dibujadas en el cielo. Le molesta esa reverberación. Más tarde, durante el mitin, la necesitará; esos miles de vatios proyectados sobre el escenario son como chutes de energía. Pero ahora necesita otro tipo de energía. La que le da su Flaca. ¿Cuántos días sin verla? Con ella a su lado puede con todo. O al menos cree poder con todo.

El coche se ha detenido, la carretera se ha estrechado y sólo consta de dos carriles. Abre los ojos. Están llegando a Bilbao, ahora se ven bloques de pisos, edificios oxidados por el humo del progreso y por el salitre inclemente que transporta el aire y que ha dejado en las fachadas unas manchas como las de la piel de los tubérculos.

—Estamos a punto de llegar. ¿Alguna duda?

Ricardo le hace no con la mano.

Anselmo cierra por fin su maletín que posa bajo sus piernas chatas. ¡Ay! Se lleva las manos a los riñones.

—¿Qué? —Pregunta Ricardo.

—Nada, un tirón. Aquí.

—Deberías hacer yoga, o al menos probar, te lo he dicho mil veces.

—Ya. Pero es que no me veo haciendo posturitas raras y llamando desesperadamente a mi karma con cancioncitas de neuróticos.

—Tus líos mentales…

—De eso nada. Son cosas para tipos como tú —le dice Anselmo, señalándolo con guasa— . Bueno, de tipos como tú o de tías, y sin ofender…

—Allá tú. Pero dime, ¿y el masaje que te diste esta mañana? ¿En

qué catálogo metes a los que se dan masajes?

—El masaje es otra cosa —lo dice sin vacilar—. Relaja de verdad, y además es medicinal. Y que sepas que no había llegado la fisio.

—Me temo que no todos gastan nuestros horarios —suspira Ricardo.

Anselmo se aprieta el cuello, y desciende con la mano hacia las clavículas:

—Bueno, la verdad es que me dijeron que me lo podía dar un hombre, pero a mí un hombre no me toca más que para darme un apretón de manos o para partirme la cara.

—Tú y tus enredos mentales, Anselmo. ¿Acaso te importa que te ausculte un médico?

—¡Hombre, Ricardo! Que no es lo mismo, no compares…

—¿Cómo que no es lo mismo? ¿No acabas de decir que el masaje es medicinal? Claro que a lo mejor piensas que a los fisioterapeutas y a los masajistas les encanta manosear tu maravillosa espalda.

—Qué gracioso eres Ricardo…

—No, no lo soy pero al menos lo intento.

—Bueno mira, puede que tengas razón con lo del masaje, pero es una cuestión de principios.

—¿De principios…?

—Sí, de principios —repite Anselmo.

—Bueno, al menos tienes alguno que otro. Verás, si quieres te masajeo un poco por aquí… —Ricardo le pasa una mano por el cuello, con la otra lo agarra por el codo—. O por aquí…

—¡Venga hombre! ¡Vale ya Ricardo!

Julio levanta con cautela los ojos para echar un vistazo por el retrovisor. Sonríe.

Terminada la broma, Ricardo se atusa el pelo. ¡Lo que les faltaba! ¡Darse masajes! Esboza una leve sonrisa. Ella sí que es una experta en masajes. Desliza la barbilla con cuidado de derecha a izquierda, como si quisiera por medio del estiramiento alcanzar los hombros. Flaca, Flaca… Ni siquiera la llamas ya así. ¿Por qué? Respira hondo, para estirar mejor las vértebras. ¿En qué ropero dejamos colgada la ilusión, Flaca? Quizás fue en aquella tasca, ¿cuál es su nombre? Su tasca favorita, donde fueron aquella noche, cuando aceptó el nombramiento de Orduña, y ella lo miró de aquella manera mientras decía: bueeeno, pero no te olvides de mí. Se pasa la mano por la mejilla, como para recuperar el recuerdo de ese beso frío y rutinario que se dieron hace cinco días. Nada, no recuerda el nombre de la tasca.

El coche se ha detenido.

—Bueno, pues vamos para allá —dice Anselmo.

—Adelante mis valientes —dice Ricardo resoplando.

Les abren la puerta, Ricardo sale, sonriente, coloca y estira su chaqueta para dirigirse hacia el grupo de empresarios que lo esperan a la puerta de la Cámara de Comercio.

Domínguez: aceros. Arrieta: astilleros…

7

Carmela entra en la habitación con un sigilo que parece reservarse para los momentos en los que está con su hija.

—Vamos a abrir estas cortinas de par en par, hija, que no me gusta el cuarto tan oscuro.

Tira con energía de las dos cortinas, despejando esa embocadura pintada con flores amarillas, unas especies de margaritas acampanadas que son un pequeño pastiche, ñoño pero que aporta alegría a la habitación. No me gusta esta casa y no me gusta este cuarto, pero da igual, ya nada me gusta, dijo Anabel cuando le enseñaron la habitación. Nadie quería mudarse a Barakaldo, Anabel, mi niña, ellos tampoco, pero había que intertarlo al menos, estar cerca del hospital y de esos doctores que a lo mejor… Y les vendría bien cambiar de aires. Marta había encontrado trabajo en Bilbao, ¿no era eso una suerte? La vendría a ver casi todos los días.

Carmela se ha puesto de puntillas para tirar de los visillos:

—Así mejor —dice.

No es que penetre mucha más luz, pero al menos el cuarto parece que se asoma más a la calle, a la vida que bulle fuera de esa habitación. Anabel mira a su madre y arruga la frente. Gira con suavidad el cuello, al menos ya no parece un robot, como al principio. Su madre va y viene, es un torrente de vida que hace que todo centellee, como si fuera desprendiendo un manto de chispas, igualito que en esos anuncios de limpia-suelos milagrosos en los que las baldosas, las paredes y los techos relucen como espejos, sólo que Carmela no tiene más líquido en el bote que su inagotable y amorosa devoción.

Pero hasta de eso se ha cansado Anabel.

Carmela se acerca a la cama y comienza a estirar las sábanas, a moverlas, arriba y abajo, parecen olas, dice imitando el sonido del mar. Este verano podemos ir a Zarautz, una semanita, ¿qué te parece?

—¿A la playa…? —dice Anabel—. ¿Y qué quieres que haga yo en una playa? Bueno, me podéis rebozar en la arena. Como a un fiambre. Ni lo sueñes, no pienso ir a la playa.

—A ver mi niña, cuidado —contesta Carmela, como si no la hubiera oído, mientras pega el cuerpo de Anabel contra su pecho

caliente. Con un brazo la agarra bien fuerte, mientras con el otro estira y alisa la bajera—. Y mañana cambiaremos la ropa. Aprovecharemos que viene Marga y te lo pondremos todo limpito, ¿verdad cariño?

Anabel tensa la piel del cuello, eso sí puede hacerlo, le ayuda a no notar el peso insoportable de su cerebro. Igual un día los sesos también se le pudren, como su cuerpo.

—Pero hija, tesoro ¿qué te ocurre? ¿Has estado llorando? Vamos, vamos… Es la pesadilla ¿verdad?

Carmela le acaricia el pelo lacio y negro como de náilon, le retira el flequillo de la cara, le pasa su pulgar por las mejillas.

—Hala, hala, no pienses más en ello, hija, que no sirve para nada.

Carmela la recoge entre sus brazos, esa cuna de huesos acolchados por las generosas carnes. Así, su niña, tranquila, que las cosas irán mejor, poquito a poquito. Hala, hala, su niña, miniñayaestá… Hace un día precioso y ellas lo van a disfrutar. Le planta un sonoro beso en la mejilla. Además, ha cocinado unas ricas pochas, las de Maritxu, y de postre la tarta de hojaldre ¡un festín! Y el pelo alisado y vuelto a alisar por mil amores. Y luego vendrá Marta para estar con ella y esa noche ¡peliculón!: *Novia a la fuga,* con su actriz favorita.

Y mientras Carmela entrega a su hija esas frases reconfortantes de las que una madre guarda un repertorio inagotable en no se sabe qué lugar, Anabel gime sin darle demasiada importancia al susurro que se le escapa, sin saber que a Carmela ese lamento la envuelve como el cierzo endemoniado que aparece siempre inesperado y helador, y para el que nunca hay suficiente abrigo. Anabel aprieta los dientes, respira con fuerza, aunque ella lo que querría es coger los libros de la estantería y tirarlos todos de un manotazo, o lanzar por los aires la bandeja que le suben cada mañana. Se muerde los labios. No hacer escarnio de su desgracia, no llorar delante de los demás, es su raquítico propósito, el único propósito, y ni siquiera logra cumplirlo.

—Ea, ea, mi niña.

Once meses así…

—Déjame ya madre, no me pasa nada por llorar, es mejor, me ayuda… Ahora se me pasará.

Pero no es verdad. No se le pasará, y ella lo sabe. La vida se le ha reducido a una brizna de imágenes que se repiten y que su memoria no expulsa, quizás para poder seguir viviendo. Y lo otro… Pues lo otro le importa un bledo o le pone a cien, como las visitas de Marta con la tropa… Eso es lo peor. Todas tan monas, tan estupendas… con esas caras de pobrecilla y de vaya marrón, aunque traten de disimular.

¿Por qué tiene ella que aguantar esas miraditas compinchadas? ¿Que le cojan de la mano, y le atusen el pelo como a un bicho de compañía? Es repugnante, asqueroso, pero no puede decir nada, porque encima es por su bien.

Carmela sigue grapada a su cuerpo.

—Te vas a herniar *amatxo,* déjame ya anda.

¡Herniarse! Pues no había pasado noches en vela, igual que ahora, con esos ataques de cólico que tenía y con lo tragona que era. Ea, ea, que no se cansará nunca de su pequeña, le dice casi con satisfacción, eso es lo peor.

—Vamos madre, suéltame ya, y no seas pesada. No soy una cría. Que me agobiáis. En serio, estoy bien… —pronuncia estas últimas palabras como una coletilla desgastada—. Límpiame la cara y las manos, que he pasado calor esta noche. Y tráeme agua, anda.

Carmela se levanta y termina de estirar una colcha escocesa, bien fea, que cubre la parte baja de la cama, el último regalo de la tía Maruca que no entiende de decoraciones. Pero a Anabel no le pareció mal el regalo, y ese es el problema, que nada le parece mal, pero tampoco bien.

Carmela se remanga la chaqueta y se dirige al cuarto de baño a por la palangana. Desde ahí le grita:

—¿No quieres que te peine un poco, guapa?

—¿Para qué? —Contesta Anabel—. Total, no voy a ver a nadie, como siempre.

—A Marta

—Pues eso.

Se oye el ruido del grifo, el agua cayendo en la palangana como un manantial vaciándose en la roca.

—Yo voy a salir con Charito y con Elena. Hemos quedado a tomar un café. Vamos, si no te importa…

Anabel resopla con indiferencia. ¿Importarle? ¿Por qué se empeñará en seguir preguntándole si le importa lo que haga con su vida? Aunque bien pensado, se levantará y bajará para ver qué hacen ella y el *aitá*. Buena idea ¿no? ¿Qué le parece? ¿Eh madre? ¿Qué te parece?

Carmela no contesta. La pequeña ya no tiene cólicos, pero muerde.

Anabel se muerde la lengua. Mira hacia la ventana. La luz forma sobre su rostro sombras donde no debiera haberlas.

—¿Luego querrás que sigamos leyendo la novela, cariño? —Carmela ha vuelto a entrar en la habitación. La palangana se escora en su mano, avanza como a trompicones, al ritmo de las diminutas olas

del agua. La posa sobre la mesita, con sus manos envuelve la cara de Anabel y en un impulso cariñoso besa su frente. Le pasa la toalla húmeda por el cuello, levantando el pelo, te lo voy a atar con una goma para que no se moje. Frota con suavidad la piel salpicada por cantidad de diminutos lunares.

—Ya está. Y ahora te pondré un poco de colonia. Así, así, está mucho mejor…

Cuando ha terminado deja la palangana en el cuarto de baño. ¡Vaya por Dios!, el grifo vuelve a estar duro como una piedra, se debe de haber pasado de rosca. Tendrá que decirle a Adrián que le eche un vistazo. Coloca la esponja y el jabón en el borde de la bañera y cierra la puerta tras de sí. Va hacia la estantería.

—¿Dónde dejé el libro…? —se detiene un instante, como para pensar—. ¡Ah! aquí.

Se acerca a la ventana, coloca debajo de ella la butaca, tirando, como si fuera un fardo de troncos, buscando la luz, pero sin alejarse demasiado de la cabecera de la cama donde reposa Anabel. De sobra sabe que su hija escuchará a medias, pero eso no le impide leerle algo, todos los días. Suerte que acabó esa novela absurda de piratas cibernéticos y de vampiros, que no era ni ciencia ficción ni nada, hay que ver qué cosas les gustan a los jóvenes ¡Jesús! ¿Ana María Matute? dijo Adrián, le parecerá aburrido a la niña. Da igual Adrián, al menos a mí no me resultará tan pesada la lectura. Y total, piensa quitando el marcapáginas, todos saben que sus ratos de lectura son sólo parches, pero a veces las coderas o los remiendos son mejores que llevar la piel al aire.

Resplandecía el cielo entre los arcos, y había en la oscuridad del artesonado misteriosos y fugaces destellos. «No me podía dormir». «Yo tampoco». Echado de bruces en el suelo…

Anabel suspira, cansada, otra vez cansada. Su madre la ha meneado un poco, la ha aseado, eso es todo, y ahora siente como si le hubiera pasado por encima un convoy. Cierra los ojos, los abre. No quiere volver a pensar en todo aquello: Asier, Piru, el Ulises, el volantazo…, al menos no de momento. Así que hace un esfuerzo por escuchar la historia que su madre le lee con su voz melosa y fina y que en el fondo le gusta aunque no le corresponda a esa mujer de plomo y algo entrada en carnes. Y el *aitá* que la sigue llamando su bailarina de cristal… La mira un rato para ver si de ese modo se reconcilia con algo.

De vez en cuando Carmela orna el relato con alguna expresión o una salida de tono que no vienen a cuenta, lo hace para mantener la

atención de Anabel, o para evitar ella misma caer en la inevitable somnolencia que produce la lectura en voz alta.

Anabel cierra los ojos mientras escucha la voz de su madre, cada vez más lejana: *Contra todo, al regresar en la Leontina –desterrada por ser muchacha (ni siquiera una mujer, ni siquiera) de la excursión al naranjal, subía a mi habitación, sacaba de bajo los pañuelos y los calcetines a mi pequeño Negro, miraba su carita y me preguntaba por qué ya no le podía amar.*

Anabel abre los ojos:

—Madre ¿puedes volver a leer la última frase?

… subía a mi habitación, sacaba de bajo los pañuelos y los calcetines a mi pequeño Negro, miraba su carita y me preguntaba por qué ya no le podía amar.

Anabel mira hacia el techo y luego hacia la ventana, en busca de la luz, o de lo que sea. Carmela continúa con la lectura, pero el compás se ha quebrado, por culpa de ese tono agudo con que su hija le ha pedido que repita la frase; levanta de vez en cuando su mirada por encima de las pequeñas gafas azules de aluminio que no ha desplegado del todo y la observa, alertada por ese gesto que está viendo, desconocido y que no entra en el repertorio de los que su niña ha venido usando en los últimos once meses.

Ya no le podía amar…, repite Anabel, un murmullo muy suave, apenas perceptible. No respira, no hace nada, sólo permanece atenta. ¿A qué? A lo que sea. Respira hondo, muy hondo. Desde aquel día, el día que echó de su lado a Asier, les pidió a todos que no le contaran nada sobre él. Nada. Ni Marta. ¿Para qué iba a querer saber lo que ese desgraciado hacía con su vida? Ya no me importa, dijo, y Marta la miró así, con los ojos de: yo también te conozco y tú aún sigues coladita por Asier, y deja de hacerte tanto daño, tía. Pero a tercas no la ganan y nadie volvió a nombrarlo.

—¿Has dicho algo, cariño? —Pregunta Carmela, segura de que su hija ha murmurado el nombre de Asier.

—¿Eh…? No, nada madre. Nada. Sigue.

Anabel cierra los ojos, y repite, ahora ya para sus adentros, el final de esa frase que ha leído su madre. Y entonces, sin saber muy bien por qué, se pone a recordar aquel sueño de niña: la puerta en el fondo, la luz por la rendija, ella caminando con lentitud, hasta llegar a la inquietante ranura, pasaba sus dedos por ella, tiraba de algún mecanismo secreto, abría, y entonces aparecía un mundo que… Nunca ha sabido qué hay tras la puerta, porque siempre se ha despertado antes. Mira a su madre que sigue leyendo, ¡ay que la mamá no note

nada! Se le revuelven las tripas que no siente, el corazón que imagina en su lugar, funcionando a pesar de todas las órdenes que le ha mandado desde hace meses para que deje de hacerlo. Quizás aún quede algo de esperanza, una segunda oportunidad, un renacer… ¡Qué cursi eres, tía! Pero sonríe, nerviosa. Y de nuevo la misma sensación que en su sueño, ese calambre en el estómago, lo recuerda, puede hacerlo aún.

Carmela aminora el ritmo de la lectura. ¿Será…, será posible que la niña esté sonriendo? Lee despacio y finge no haber visto, porque por nada quisiera estropear ese momento. ¡Santa María! ¿la niña estará contenta? Pero cuidado Carmela, cuidado, que luego te haces ilusiones y… Carraspea. Además, ¿por qué ha tenido que sonreír ahora? ¿Justo cuando Adrián y ella iban a contarle la verdad? Que esos médicos no podrán… ¡Ay!, pero mira, Carmela, no seas tonta y deja de preocuparte, lo importante es que la niña sonría ¿no? ¡Qué más dará el momento! Y además no tiene por qué contarle nada. Al menos de momento. ¿Por dónde iba?

Anabel ha vuelto a cerrar los ojos. Asier. ¿Dónde estará? Ahora quisiera saberlo y siente que tiene prisa por que alguien le cuente. Marta, ella lo hará. Luego. Pero ¿cómo va a preguntarle a Marta por él, después de…? Bueno, pues encontrará el momento. No seas tan orgullosa, tía. Se ríe.

Y Carmela también lo hace.

—¿De qué te ríes madre?

—De nada hija, de que, estoy contenta y ya está. A ver ¿por dónde íbamos? ¡Ah!, por aquí.

Carmela lee. Y lee. Hasta que se detiene por puro hastío, el que le produce oír su propia voz perdida en el silencio.

La niña se ha dormido. Mejor. Oye a Adrián abajo, en el salón, está escuchando música. Mira hacia las estanterías de Anabel, con los discos apoyados en orden alfabético. Los dejaron así la Sara y ella durante la última limpieza. Pasea sus ojos por la estancia muda: sí, todo está impecable, ya no queda un centímetro que ordenar. El rostro de Anabel está distendido. Más que de costumbre. ¡Ay que la niña se ha reído! Besa su frente.

Consulta la hora en su pequeño reloj, regalo de sus suegro cuando se casaron. Adrián estará a punto de llegar. Tiene que ir a hacer la comida. ¡Y contárselo! Cierra el libro y lo deja en la estantería, fuera de la hilera perfecta que forman los demás, ordenados por colores y tamaños.

8

Se detiene sobre los lomos de cuero marrón, azul o rojizo, ribeteados por filamentos de oro que enmarcan los títulos de esa paupérrima colección de libros compuesta por tres tomos: *El buscón* de Quevedo, *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam y *Robinson Crusoe* de Defoe. En la hilera de debajo *La vie de Mahomé* en una edición francesa de Plon junto al primer tomo de una Historia del Arte sin autor, ¿y dónde estarán los otros tomos?

Leandro la acaricia, qué bonito es tu pelo Emma. Juega con esas pequeñas serpentinas rubias que se esparcen y resbalan entre sus dedos, a veces se entremezclan con la mata de pelo de su pecho algo escuálido.

—¿A qué hora tienes que marcharte? ¿No salen hoy pronto los niños?

—Me pincho con tus costillas —contesta ella.

Emma pasea se rostro por su pecho de pajarillo, como lo bautizó una de las veces que le quitaba la camisa. Una luz plomiza y anodina se filtra a través de los visillos. La lluvia lamiendo con suavidad las ventanas y el silbido del viento que logra colarse por los junquillos de los cristales recrean el sonido de un día que invita al refugio de un tórax en una habitación de hotel decorada con una selección absurda de libros. Ahora recorre el torso de Leandro con los dedos, tira con suavidad de la cruz de hilo que cuelga de su cuello, no le gusta, no le gusta nada esa roña. Leandro le retira con suavidad la mano, no la toques, le dice.

Emma lo mira fijamente, con la punta de sus pechos acaricia sus costillas mientras él pasea sus dedos por su espalda arqueada:

—Y tú no me hagas eso… —se queja, remolona—, me pones la piel de gallina.

Leandro sonríe. Emma se deja caer a un lado. Él se arrastra por el colchón hasta agarrar los visillos que levanta con un dedo en un complicado equilibrio.

—¡Y sigue lloviendo! Una semana así, casi sin parar, ¡qué depresión!

—Ah, ¿y qué hacías entonces en Bilbao?, ¿deprimirte todo el día?

—Aprovechar el doble cada rayo de sol, supongo. Y ahí no siempre

llueve, para tu información.

—¿Qué tal está Patricia?

—Mal. Sigue sin dar clase, pero es cuestión de tiempo, supongo. La facultad es lo que más le gusta —suspira—. De todos modos hace mucho que no nos vemos. Nos escribimos, pero ya no es igual. Creo que en el fondo no soporta que me largara. Y tiene razón.

—Oye, no tiene razón. Además no te largaste, fuiste a Bilbao por Gregorio y ni ella ni nadie puede pretender que tengas que vivir tan cerca de todo eso.

—Si no es por los recuerdos, es por… no sé, no sé por qué es. Pero da igual. No deberíamos hablar ahora de esto.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

—Porque no quieres. Igual que no quieres ir a El Salvador y deberías ir si fue lo mejor que has hecho en tu vida, como me dijiste. Y ya de paso te quitarías del cuello esta cruz.

—Te he dicho que dejes en paz mi cruz.

Leandro se separa de Emma. Se queda mirando fijamente al techo. ¿Cómo estarán Chemita y esos? Ojalá hayan terminado de construir la escuela, se la imagina perfectamente: la fachada que Gregorio y él dejaron a medio pintar ahora reluciente. Y el gran cartel sobre a la entrada: Escuelas Gregorio Peñaranda; así le dijo Chemita al teléfono entre lágrimas que la bautizarían, pero tú mijo, tú Leandro debes venir a bautizarla, en honor a él, a nuestro amigo, le rogó. Escuelas Gregorio Peñaranda… Aprieta la cruz, la envuelve en su puño, cierra los ojos. ¡Si supieras cómo te echo de menos Gregorio! También su risa espontánea e inconfundible, esa que en un segundo echaba por tierra su pinta de tío serio: «el profe Peñaranda se va de parranda, ¿quién se apunta?». Sonríe y tiende el oído, como para escuchar mejor el eco intruso de la risa de su amigo arrastrado hasta ahí por la memoria.

—¿Me oyes Leandro? No puedes amargarte la vida por culpa de lo que pasó. Y por lo que me has contado de Gregorio, creo que a él tampoco le gustaría verte así. Le gustaría que fueras a inaugurar la escuela.

—Lo que pasó…

El eco de la risa de Gregorio se esfuma de golpe con las palabras de Emma.

Lo que pasó en ese despacho… ¿Qué ha pasado? dijeron los alumnos, puestos de repente en pie. ¿Qué han sido esos ruidos…? Los ruidos y los gritos, muy cerca del aula en donde él estaba dando clase.

Luego las carreras hacia el despacho de Gregorio. Y aquella chica histérica. La puerta a medio cerrar y Gregorio… Gregorio ahí, encorvado sobre la mesa, sus hojas, su trabajo, todo esparcido, como si se hubiera quedado dormido en medio de la tarea. ¡Joder Gregorio! ¿¡qué ha pasado…!? Las manos de Gregorio pringadas por… ¡Gregorio, di algo! ¿Qué ha pasado? Las manos y la frente de Gregorio en un charco de sangre. ¡Rápido, que venga alguien! ¡¡Joder Gregorio!!

Mira sus manos. Resopla. Se incorpora y apoya la espalda contra el cabecero.

Emma lo acaricia:

—Y además Patricia no te está juzgando, ¿de acuerdo? Está cabreada con el mundo, es normal y se le pasará. Tienes que ir a verla, para hablar de todo, para cerrar el tema. Y tienes que ir a inaugurar las escuelas como te pidió ese cura medio majara que os colgó esta roña al cuello a Gregorio y a ti. Ir a El Salvador con Gregorio fue lo mejor que he hecho en la vida, me dijiste, ¿no te acuerdas? Pues ve este verano, aprovecha que no tienes compromisos, que nadie te ata aquí. Y pasa página.

Leandro se gira hacia ella con tristeza. La mira.

—No se puede pasar página, Emma —le dice, moviendo el cuello con pesadumbre, colocándole con delicadeza a su amante un mechón de pelo detrás de la oreja— . Y además ni siquiera es el recuerdo, ya te lo he dicho. Es difícil de explicar… —se calla unos segundos—. Él era de allí y yo no, y no puedo dejar de pensar que…

—¿De pensar qué Leandro?

—No puedo dejar de pensar que se equivocaron, que tenía que haber sido yo. Yo: el *maketo*, el intruso. ¿Entiendes?

—No, no lo entiendo.

—Mira, se lo cargaron a él que tenía a Patricia y a los niños.

—¿Y eso te hace culpable? ¿Es eso? Pues no tienes razón Leandro.

La mira y suspira.

—No lo sé, pero pienso que hubiera sido mejor… Yo al menos no tengo a nadie que me ate, ¿no es cierto?

Emma no se atreve a mirarlo. Disimula mirando con fingido interés sus uñas. Leandro se deja caer sobre la almohada, y mirando al techo dice:

—Por eso me largué. No soportaba mirar a mis compañeros a la cara. Me estaba volviendo loco. Pero basta ya. No quiero hablar más de ello, ya te lo he dicho.

Emma lo besa:

—De acuerdo, pero entonces no digas esas cosas, son tonterías, don cabeza cuadrada, las cosas fueron así y punto, y tú no podrías haberlas cambiado. Tú no tienes la culpa.

Él toma un rizo que empieza a retorcer en torno al índice, enroscándolo sin fin.

—¿Cabeza cuadrada yo? —Le dice intentando sonreír—, si ni siquiera soy capaz de ordenar mi vida. Un patético romántico que está loco por este pedazo de rizo, eso es lo que soy Emma.

—No deberías contarme tus secretos, Leandro.

—Pues ya que lo he hecho, aprovéchate de ellos.

Y diciendo esto toma la cabeza de Emma entre sus manos delgadas y la mira. Ya no quiere hablar más de todo eso, ahora no, ahora sólo quiere que la vida se detenga en ese momento, entre arrullos y el suave chisporroteo del cielo que lo está empapando todo ahí afuera, todo salvo a ellos dos, mientras ella lo llama cabeza cuadrada. Pequeña niña caprichosa, le dice, te compraré un helado de frambuesa para teñirte los labios y comerlos y utilizaré tus rizos escandalosos para marcar las páginas de mis libros, para llenar los medallones de todos los enamorados de la tierra. Ella ríe, no puede parar de reír, o no quiere hacerlo porque es esa risa la que le hace a él decir cosas que ya no existen en su vida. Él se queda un rato así, apoyado sobre un codo, a escasos centímetros del rostro de Emma. Mirándola. Besándola. Hasta que ella se cansa.

—Hoy no tengo prisa —dice con los ojos entrecerrados, henchidos de pereza, mientras arquea su espalda con un largo bostezo.

Leandro se estremece y sonríe, y piensa, y cree, y desea, que esas palabras de Emma abriguen algo más que la pereza que rezuman.

—He mandado a alguien de casa a recoger a los niños —habla como atrapada en el ritmo lento de sus contorsiones—. No me apetecía esperar en la puerta del cole, no hay donde refugiarse y acabo apelotonada con todas esas madres pesadas y aburridas que me cuentan siempre las mismas historias y chismes sobre los profesores o sus hijos. Tienes suerte, me quedaré más tiempo contigo.

—Eso está bien —Leandro suelta el rostro de Emma.

Las madres del cole… Es por ellas. Las madres del cole… Pajaritas de papel, papel mojado. A eso se reducen sus ilusiones. No pasa nada, no pasará nada, siempre es así. Con ella está acostumbrado a ese eterno desconcierto, a sus caprichos, a su indiferencia. Pedirán algo de comer. Leandro se levanta de la cama como esos acróbatas o futbolistas que con un tirón de hombros hacia el cielo se enderezan enteritos. Emma lo mira y se regocija de ese cuerpo joven y elástico.

—No he tomado nada desde esta mañana, tenía prisa por corregir los exámenes y por verte.

—Pues debes comer —le dice ella, mirándolo del revés—, sí que te vendrían mejor unos kilitos, pero no muchos ¿eh?

Leandro trata de sacar la panza hacia fuera, pero apenas le sale un diminuto y duro montículo que provoca en Emma más ganas de reír. Luego se gira, levantando los hombros y las cejas se dirige hacia la mesilla y atrapa la carta con el menú.

—Te lo sabes de memoria —le dice Emma.

—Y las coplas de Manrique, y aún las leo.

Emma se gira hacia el techo y estira los brazos por detrás de su cabeza, deja que le sobresalga por el borde del colchón y que se caiga. ¡Qué bueno! Nota las cervicales despegarse, la sangre apelmazada en sus sienes y las venas que rebotan en su piel. Leandro, Leandro… el intelectual. Pero tiene sentido del humor, no lo puede negar. ¿Cómo será sentirse querida por un hombre así? Pero ¿qué estás diciendo Emma? Estira los pies, mucho, para inmediatamente dejarse vencer por un relajo gozoso. Leandro no la compromete, eso es lo bueno que tiene, sólo lo intentó aquella vez, cuando lo del nombramiento… Se estira, un poco más, como si estuviera enganchada por las extremidades a uno de esos aparatos de tortura ¡qué bueno! Coloca sus manos sobre los omoplatos, las cruza, como las momias. Compromisos, obligaciones… Ya tiene suficientes: Cayo, los niños, esas reuniones de colegio, las visitas al pediatra, la función de Anita del sábado, ¡qué preciosa estaba con el tutú amarillo!

Leandro sigue paseando los ojos por el menú, de vez en cuando se le escapan hacia el balcón. Ha retirado los visillos, que ahora son dos especies de bolas arremolinadas en los cortinones. Las hojas brillan y escupen destellos líquidos que iluminan con timidez de novicia el cielo triste y lejano. Una semana así, sin parar, es como para deprimir a cualquiera, lo dice con la mano colocada bajo la barbilla, las uñas corretean por sus labios.

—Seguro que Claudia estará ahí, calada hasta los huesos, desde hace un buen rato.

—¿Claudia…?

¿No le había hablado de ella...? ¡Si hombre, Claudia! Se la encontraron una vez, justo al principio, ¿no te acuerdas Leandro? Salían de La Central, menos mal que aún había coartada. Emma se mordisquea la uña, sacude su pequeña cabeza y sus ojos se repliegan sobre las casi inexistentes arruguitas.

—En fin, una amiga, no tiene importancia.

Claudia… tan diferentes las dos al fin y al cabo… Pero ¿a qué hombre le interesa una conversación eterna sobre potitos y colegios? ¿Seré igual yo, cuando tenga un hijo?¿eh Cayo? ¿seré así, como Claudia, medio tontuela? Que no, que no mi amor, tú nunca serás así porque yo no lo voy a permitir, además tú eres mía, sólo mía. Ay Cayo… Se retira los bucles de la cara y deja las manos pegadas al cráneo, tirando de la cabellera hacia atrás, su frente se alisa y los ojos se escapan, largos, hacia la pared. Pero hace tiempo que ya no es la dama de compañía de Cayo. Ha recuperado parcelas de tiempo, eso es todo, ha puesto una pica en su soledad y su nueva conquista es sólo un tiempo vacío que se dedica a rellenar con lo que sea, en un derroche digno de esas estúpidas revistas que lee sin perdonar ni un número y según las cuales cumple con las condiciones fetén para vivir con plenitud los dorados años de la mujer. ¡Ja!

—¿Ja? ¿Qué significa eso? —Pregunta Leandro.

—Nada, estoy cansada, creo.

—Te regalo testosterona, que me sobra.

Ella se ríe. Vuelve a estirar el cuello hacia el suelo, para mirar ese mundo puesto del revés. Cierra los ojos. Se estira y curva todo su precioso cuerpo. Saca una pierna como de gacela al galope de entre el remolino de sábanas y la exhibe impúdicamente, haciéndola girar; la piel traslúcida, aceitosa, refleja una luz de ámbar. ¡Lo que le gustaban a Cayo sus piernas de modelo!

—¿Quieres algo de comer, mi adorada sirena?

Levanta su cola envuelta entre las sábanas y se coloca los rizos sobre los pequeños pechos desnudos. Buena idea, le dice con una sonrisa boba. Tiene hambre. Ella tampoco desayunó. Tuvo una reunión en el colegio, por lo de Carlos, sus problemas con los demás niños y por las notas que había traído. Una calamidad.

—¡No sé qué voy a hacer! Todo este asunto me desespera, la verdad. Ya no sé qué decirles a los profesores. Me piden una reunión con su padre. Lo normal. Pero, claro, ahora es mal momento para él. Pero ¿qué ocurre? Pues que siempre es mal momento. ¡Se lo he explicado tantas veces! Que tiene que pasar más horas con los niños. No sé, a veces creo que ya ni siquiera me escucha.

—No es un buen marido.

—Y ¿tú qué sabrás de eso?

La cola de sirena rebota sobre el colchón al caer. ¿Qué sabrá Leandro de eso? Levanta la espalda con un tirón que le marca sus abdominales de niña, se sienta, sujeta la sábana con la mano derecha sobre el pecho. Leandro está junto a ella, empuñando el menú, y le

acaricia la espalda con suavidad, como si todo la existencia se concentrara sobre esa piel.

—A lo mejor más de lo que crees…

Emma se gira:

—Mira Leandro, mejor no hables de eso porque no tienes ni idea, y como decía mi padre: si de algo no puedes hablar, hija, pues a callar la boca.

—Eso lo decía Wittgenstein.

—Pues eso, que te lo prohíbe mi padre, te lo prohíbe Wittgenstein y te lo prohibo yo. Son asuntos que no te incumben. Y no te burles.

Se levanta de la cama, enrollada en la sábana. Coge el bolso.

—¿Entonces para qué me cuentas todo eso? No me digas nada y yo no opinaré. Y no me cansaré de decirte que no te mereces a ese señor.

Emma deja escapar una risa extraña, como si saliera por su nariz. Abre el bolso y rebusca en su interior.

—¡Mierda! ¿dónde he dejado el tabaco?

Leandro retuerce el menú entre sus manos mientras observa el gesto tirante de Emma. Tiene razón, ¿por qué habrá dicho él nada? ¿No puede quedarse callado? Ella no lo ha provocado, esta vez no. Le podía haber dicho: pobre Carlitos y esas cosas que ella desea oír porque la mantienen en la superficie, o: Emma, pobre Emma mía, ven que él la cuidará, porque todos son tontos, el mundo entero no entiende nada, ni sabe nada Emma, excepto tú…

—Te mereces mucho más. Y esta habitación no es de fumadores. Deberías apagar ese pitillo.

—¿Ves? Es una de las razones por las que tú y yo no tenemos futuro: no soportas que fume y yo no soporto que a ti no te guste. ¿No ibas a pedir algo para comer?

—Sí.

Se levanta de la cama mientras ella se dirige hacia el balconcillo que entreabre ligeramente, lo justo para que le quepa la mano y para que no salten los detectores de humo. Leandro vuelve hacia la pequeña mesa colocada junto a la televisión que aprovecha para encender. Levanta el auricular. Pide dos ensaladas y un sándwich club.

—¿Vas a querer vino?

—No. Tomaré agua nada más.

—Dos botellas de agua, por favor. Con gas.

Emma enciende el pitillo con un ligero temblor en el pulso que siempre está ahí y sólo se percibe en los pequeños gestos. ¿Cuanto tiempo más para que también le pida la bebida sin preguntar?

Leandro cuelga y se levanta para ponerse el albornoz. Sin mirarla, se tumba sobre la cama, coge el mando y comienza a cambiar los canales de la televisión. Emma aplasta el pitillo en un cenicero chiquitín que llevaba en el bolso, aprieta sin piedad sobre esa colilla unida aún a la mitad del cigarro que se dobla como un acordeón.

—Últimamente ni los pitillos me gustan…

—Mejor, a sí no se arrugará tanto esa boca de frambuesa.

Emma sonríe. Se levanta. La sábana se escurre. Se coloca junto a él, como para buscar en ese gesto la complicidad que se ha quebrado de golpe, como siempre ocurre cuando han terminado de hacer el amor. Coge su mano y le acaricia el pelo, su densa mata de pelo brillante y algo ondulado. Leandro no mueve la vista, fija en la televisión en donde los canales se suceden sin orden. Ella detesta que haga aquello, que encienda la televisión durante sus encuentros. Pero nunca se lo ha dicho. Un viaje estático, lo llamó él. Caos encerrado en una caja metálica fea, le contestó ella.

—¿Te dijeron cuánto tardarán en traer la comida?

—Unos veinte minutos —contesta sin mirarla.

Entonces Emma le desabrocha el albornoz y se coloca sobre él, una pierna a cada lado de sus caderas, sus hermosas piernas de gacela, y se yergue. Leandro, no puedes ver más allá de mi vientre y de mi piel arrogantemente pálida. Leandro, estás perdido. Sí, Emma, lo estoy. ¡Oh! Emma, enséñame a reventar tus secretos, Emma. Eso nunca Leandro. Sus manos enormes recorren su cuerpo, mientras ella besa su cuello, su pelo, sus hombros. Tus dedos, Leandro, estás temblando. Tiemblo por culpa del deseo Emma. ¿El deseo? Tiemblo por ti, Emma. ¿Por mí Leandro? Sí. Repítelo. Por ti.

Y hasta el horrible sonido de la televisión parece esfumarse.

9

¡Piensa, piensa, piensa, Jero! Se retiró la venda de los ojos y se calzó. Tenía frío. Piensa, piensa, piensa… El móvil. ¡Claro! Se palpó el bolsillo y entonces recordó algo sobándole la ropa, justo antes de entrar en el maletero. Pero ¡qué idiota! ¿Cómo me van a dejar el móvil?

Se levantó y se dirigió hacia las cuatro rayas de luz de la pared que tenía justo en frente. Golpeó la puerta. Insistió. ¡Que no soy yo, que os habéis equivocado! Silencio. Empezó a pasearse sobre sí mismo. Es un error, un error, repitió. Si él es un buen tío… No, no puede ser por lo de Pili, por lo de sus padres, que Ramón y Mari Carmen son buena gente, todos lo saben, y el *aitá* tiene sus cosas y desde la boda no tienen casi relación, pero… pero es el *aitá,* ¡joe! Nunca le haría algo así. No, por eso no puede ser. ¿Y si es por lo de la Dolores? No, imposible, la gente no puede ser tan… Además, Pili sólo trató de ayudarla, que es la madre de Rafa, joe, que todos saben que él y el Iker son íntimos. Y son niños… ¿qué van a saber los niños?

Se aprieta la cuenca de los ojos y se le aparecen los ojitos punzantes de Iker, como los de Pili. Es para solidarizarme con Rafa…

Se apoya contra la pared, su cuerpo se escurre, hasta el suelo. Cierra los ojos. Se mira la yema de los dedos. Se los quemó esa mañana con un trozo de pan adherido a los hierros calientes de la tostadora. Pasó el dedo bajo el chorro de agua fría, se chupó las yemas y luego abrió el cubo de la basura; lanzó dentro una especie de brasa negruzca que dejó por toda la cocina un olor rancio y chamuscado.

—¡Canasta *aitá*! —Gritó Iker con voz de reportero deportivo mientras entraba en la cocina.

—Anda siéntate. Y hablando de canastas. No sabes qué golazo metió ayer Xabi. Y por cierto, ¿cuándo es vuestra final?

—Dentro de dos semanas, pero no sé si voy a jugar… ¿Xabi?, claro, es que es el mejor.

—¿Cómo que no vas a jugar? ¿Y eso? ¡Con la temporada que habéis hecho! ¿Y no decías que si sigues así te llevas el *pichichi?* Anda, tómate una tostada.

—Ya—. Ahí estaban los ojillos como los de Pili, negros, como dos punzones—. Pero lo estoy pensando.

—¿Que lo estás pensando…? A ver, a ver, explícame eso.

Iker puso el codo en la mesa. Bajó la vista:

—Pues por lo de Rafa, *aitá*. Que Joseba no le hace ni caso —paseaba sus dedos por la caja de margarina—. Pero ni caso ¿eh?, lo deja de suplente siempre, y no es justo. Voy a solidarizarme con él. Y ya está.

Le propinó un manotazo y dijo: deja eso, que de ahí comemos todos. El niño retiró el dedo de la margarina y lo posó sobre el mantel, decorándolo con una mancha aceitosa.

—¿Y me puedes explicar qué tiene que ver que a Rafa no lo saquen para que tú no juegues? Vamos, a parte de lo de *solidarizarte* con él, que no tengo nada contra ello.

—Pues que es mi mejor amigo —dijo Iker, haciendo girar la taza entre sus manos—. Y no es justo y punto.

—Ya, pues alguna razón habrá para que Joseba no lo saque, joe.

—Que no *aitá*, y además, nadie toca el balón como él, podríamos ganar por goleada triple si lo dejaran despegarse del banquillo de una vez, que hasta lo llaman todos el Lapa.

—¿Entonces…?

El niño se quedó mirándolo pero guardó silencio.

—¿Entonces…? —Repitió él, subiendo el tono de voz, estirando el cuello, abriendo más los ojos.

—Que yo que sé *aitá*. Rafa dice que es por culpa de eso, ya sabes, de lo de su padre —Iker lo miró, levantó los hombros, luego las manos —: Pero ¿a que es injusto *aitá*? Porque no tiene gracia ¿sabes? quedarse sin tu padre así… Y el entrenador de mierda que…

—¡Eh!

—¡Pero es verdad *aitá!* — Protestó el chico—, que Joseba lo tiene humillado, ahí, el poco rato que deja sola a su *amatxo*. Pobrecillos ¿no aitá? Como si Dolores y Rafa tuvieran la culpa. Porque no tiene gracia que se carguen a tu padre así, ¿no *aitá*?

Y los ojillos negros, como dos punzones.

—Sí, sí, pobre Dolores…

Iker se relamió un dedo.

—Pues eso, que no pienso jugar. Y que se fastidie Joseba.

—Ya, bueno. Verás hijo… en fin, entiendo que estés enfadado, claro, pero las cosas no van a cambiar porque tú no juegues. Y vale que Joseba está siendo un poco injusto, y si quieres ya hablaremos con los demás padres cuando acabe la temporada, pero hombre, ¡que quedan dos semanas…! —Se acercó a su hijo, le apretó el hombro y mandó a la niña a lavarse los dientes—. Dos semanas y se acaba la

liga —le repitió frotando su pelo—. No vamos a montar un lío de narices ahora, ¿no crees? ¡Que nos van a quitar la copa de las manos!

Jerónimo sacude la cabeza, como si con ese gesto fuera a espantar el asco que comienza a sentir.

Iker se levantó y llevó el plato sucio al fregadero, cabizbajo:

—Pero es que...

—¡Anda, anda!, ya verás que todo se arregla. Además, ¿no irás a dejar tirados a los demás que no tienen nada que ver? El equipo te necesita, campeón, y más ahora si me dices que Rafa es tan bueno y es baja. ¡Solidaridad con el equipo!

Se refugia en una esquina del zulo, como las cucarachas asustadas. Tiene frío. Se levanta y golpea la pared. Los ojos le abrasan. Joder deja ya de llorar como un niño, no sirve de nada. Quizás logre tirar abajo la puerta. Le da una patada. ¿Pero y luego…? Igual luego será peor. Entonces cae de rodillas sobre el suelo de barro seco y ajado. Ya decidirá más tarde. Cierra los ojos. Sólo quiero descansar. Dormir.

Lo hace hasta que una voz lo despierta.

—¿Pili?

Una mano lo menea:

—¿Pili? repite.

—Que no soy Pili, joder.

Se frota los ojos. Se sienta contra la pared. Levanta la cabeza. No, claro que no es Pili. Se frota la boca.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué queréis de mí? —Pregunta con voz de chiquillo asustado.

El tal Zabala le deja sobre el suelo una ración de algo que huele a comida.

—Contéstame al menos. Os he dicho que os habéis equivocado.

—Deberías encender la luz.

El tal Zabala le da a un interruptor situado junto a la puerta; una luz anaranjada, que apenas llega hasta la altura de sus cabezas, comienza a parpadear. Entonces Jerónimo puede ver su cara: un tipo igual de joven que la voz, debe tener veintipico y… No hay tiempo para más detalles, ya ha cerrado la puerta. Lo ha dejado solo con un plato de comida que aún humea. Se contenta con tomarse la sopa que sólo está tibia, a pesar del humo que despide.

Posa el tazón en el suelo y se sienta en otra esquina de la celda. Se apelotona sobre sí mismo, se frota los antebrazos con ambas manos. Necesita ir al cuarto de baño. Aporrea la puerta.

—¡Eh! ¡Necesito ir al baño! ¡Eh!

Silencio.

Pensar en otra cosa, en lo que sea, para no hacérselo todo encima. Comienza a dar saltitos rítmicos. Alguien se dará cuenta pronto. En el curro, cuando vean que no llega en hora. Aunque hoy es viernes y su turno comienza a las seis... ¿Qué hora será? Se levanta el cuello de la chaqueta hasta cubrirse las orejas. ¿Y Pili…? Recogerá a los niños en el colegio, tienen baloncesto, llegan tarde a casa, además, si me ha llamado pensará que estaba con los colegas en el *Txoco*, allí la cobertura es pésima. Nadie. Se estremece. No hay nadie que se vaya a dar cuenta de que está en ese agujero de mala muerte, por lo menos hasta las seis. Y ni siquiera sabe qué hora es... Se mira la muñeca, la piel más blanca en donde estaba su reloj, su Casio de primera comunión. Ahora sí que tendrás que cambiarlo Jero, al menos Pili se alegrará de eso.

Vuelve a pegar puñetazos a la puerta que tiembla al ser embestida.

—¿Es que nadie me oye? ¿No querréis que me lo haga todo aquí? ¡Hostia abridme!

Oye de nuevo los pasos. Alguien abre la puerta, pero ahora la luz ya no le ciega porque ha mantenido encendida la bombilla. Es el tal Zabala…

—Ven por aquí —lo coloca delante de él, de espaldas—. Espera —le dice.

Es como su carcelero, no hay duda. Le tapa los ojos con un pañuelo:

—Y no intentes hacer ninguna cosa rara —con un empujón le obliga a subir las escaleras que sí, son empinadas y estrechas, como esas de caracol que suben a la azotea de la nave y que tanto odia Gorka.

Apenas tardan en llegar a la planta de arriba. Hay un fuego encendido. Jerónimo trata de representárselo: el crujir de las chispas que es el mismo en cualquier parte, y el olor. Hay varias personas hablando, más bien cuchicheando; entre ellas reconoce la voz de la mujer que manda callar a los otros. Él se detiene, como clavado al suelo. Se toca la rodilla, se le ha hinchado.

—Avanza —le ordena Zabala.

Entra en el cuarto de baño, el olor le provoca una arcada, se arranca la venda de los ojos que cae sobre su cuello. El retrete no tiene tapadera. No hay ventana. Se mira al espejo, se queda un rato embebido frente a su rostro desencajado, del mismo color que la pared sucia. Qué absurdo es esto, repite. Pero enseguida se calla, alertado por las voces. Mira a un lado y a otro. Sí, oye bajas pero

perfectamente nítidas las voces de los que están en la sala. Levanta la vista. El respiradero. Las voces llegan por ahí, como amplificadas.

—Pues a ver ahora qué hacemos… —dice uno.

Zabala está apostado frente a la puerta del baño, observa a los otros que ahora escuchan el relato de Antxo: abandonó el coche en una calle muy concurrida, bien aparcado, les dice, para levantar menos sospechas. Y cambió las placas.

Bego aprueba con un movimiento de mentón: un gesto que el otro recibe con orgullo.

Martín ha tirado el cigarrillo al suelo y está machacándolo con tanta ahínco que parece que quisiera desintegrarlo ahí mismo.

—Bueno, pero ¿y ahora qué, joe? —Su puño se estampa contra la mesa—. Que no hacía falta seguir al tío ese porque ni dios cambia el coche de sitio en esa calle, que con saber que era un Citroën blanco y cuál su plaza habitual bastaba... Pues no bastaba, no bastaba y ahora la hemos jodido. ¿Quién es ese payaso?

—Cuidado con ese genio… —dice Bego sin mirarlo.

El reprendido se enfunda las manos en los bolsillos.

—A ver, que no te echo la culpa Bego, joe, que ya sé que hiciste lo que te mandaron —dice como para excusarse—, pero ¿ahora qué hacemos, joder?

Martín hace resonar su lengua en el paladar, como si estuviera haciendo avanzar a una jaca. Los ojos se pierden en una maraña de cejas. Eso es lo que pasa por ordenar las cosas sin pensarlas bien, continúa lamentándose, mientras los ojos oscuros lo son cada vez más, atrapados como están en medio del macizo negro tanto más frondoso y oscuro cuanto más se arruga el ceño. La culpa es de Jone y de esos, que andaban metiendo esa mierda en la Organización, tanta prisa y al final ¡menuda planificación! Martín estira frente a sí sus cortas y regordetas piernas enfundadas en un chándal azul cortado en dos por una raya blanca.

—Había prisa —dice Bego—. Por lo del domingo.

Martín resopla, sí, claro, ya lo sabe, claro que lo sabe, las elecciones y todo eso. Golpea sus botas de montañismo.

—Pero no es eso, no es eso, hostia, y tú lo sabes Bego. Que Jone y esos están liándolo todo con lo de sus negociaciones. Pero a ver ¿nos han consultado? ¿Eh, Bego? O sea, que lo quieren todo a su manera ¿no? Y sin coordinación. ¿Pero desde cuándo se hace lo que ellos dicen?

Retira una mano del bolsillo mientras resopla, se la pasa por la cabeza dividida por una cresta muy recortada que va a morir en la

nuca, donde se descuelga un manojillo de pelos rizados.

—Pues por eso mismo Martín ¡joder! Mikel no baila ¿vale? A él no se la van a colar por ahí. Por eso digo que si habría que pasar a la acción mejor, joe.

—Vale, estamos, pero lo que no podemos hacer es ir por ahí con estas chapuzas joder, ¿no Bego? Estamos ¿no? Pero claro, a Mikel se la suda, él está ahí, tan… tan tranquilo y a lo suyo…

—Oye, sin pasarse, que está en el *mako*.

—Ya. Vale. Pero nosotros no somos sus monos. O sea que Rafita falla con el empresario y ¡hala!, nosotros a por el concejal ése que no nos ha dado tiempo ni a verle la cara. Ni siquiera hemos hecho vigilancias, nada, joe… Pero tú viste la foto Bego ¿no? O sea, tú la viste.

Zabala, inmóvil hasta entonces, se endereza.

—Son iguales —contesta Bego con frialdad, sin apenas desviar la mirada hacia Martín—. Ese tío y el concejal se parecen como dos putas gotas de agua. Y el coche… Ha sido culpa de… ¡Joder!, y yo qué sé de quién ha sido la culpa, del puto azar.

Bego escupe el humo de su pitillo, luego lanza al fuego la colilla que va a parar a las brasas, confundiéndose con una de ellas.

Jerónimo suspira. Lo sabía… No es él. Es un error. El hedor insalubre del baño se filtra hasta sus pulmones y sin embargo ya no le desagrada tanto. Lo sabía, repite, no era él. No era yo.

—Bueno vale, pero ahora la decisión es nuestra —sentencia Bego.

El calor es agobiante pero nadie hace algo por remediarlo. Antxo sigue metiendo leños y cartón en la chimenea para tener algo que hacer, para evitar participar en la conversación.

—¡Y tú, deja ya de cargar la maldita chimenea, joder! Que nos vas a achicharrar. ¡Y siéntate hostia! —Le ordena Bego.

El otro obedece:

—Vale, vale, Bego. Sólo quería… no sé, una buena lumbre, que ahí fuera hace un frío que las pela.

Vuelve a la mesa, con su paso de alacrán.

—¿Y tú qué opinas Antxo…? —Bego mira al improvisado bufón, encorvado como un buitre. Pero no le deja contestar, ella misma ofrece una respuesta:— ¡Ah! es verdad, que éste nunca opina.

Antxo recoge el comentario como un botijo recoge la sidra con que se lo llena, como si no hiciera mas que cumplir con su función. Los otros intercambian sonrisillas.

—Nos lo cargamos —dice entonces Bego.

Silencio.

Jerónimo siente en su estómago un retortijón que da paso a la primera arcada.

—Una *ekintza* ahora subirá la moral de nuestros hermanos presos. Y por cierto, creo que un vecino ha visto algo, habría que enterarse de quién es…

Mira a Antxo, esta vez lo hace sin sorna, con la misma circunspección involuntaria con la que acaba de revestir sus palabras. Antxo la mira con aire grave, devolviéndole el gesto, asintiendo con una ceremoniosa devoción, mientras sube y baja el cuello flaco.

Zabala sigue la escena desde su posición, sin moverse.

Otra arcada y Jerónimo se agarra al retrete.

—Y le enseñamos a Jone cómo siguen funcionando las cosas —continúa Bego—. Por si acaso. No vaya a ser que nos venga ahora con regalitos a esos. Ya oísteis lo que dijo Jiménez el otro día. Os digo que para mí están tramando algo, pero no sueltan prenda. A saber. Un cese total y definitivo… ¡No me jodas! Y a nosotros ¿quién nos ha preguntado? ¿Y a mí? ¿Eh? Veinte años yendo a visitar al *aitá* al cemento, y nunca ¿vale?, nunca se me ha ocurrido ceder a las presiones de nadie, y menos de esos hijos de la grandísima puta.

Bego enciende otro Ducados. Martín hace lo mismo.

—Ya. Pero no sabemos quién es… —dice Martin—. Quiero decir que no sé, y… y en la última asamblea, ya viste que Jone y los suyos… pues que tienen el apoyo de casi todos los *abertzales*.

Bego posa el mechero junto a un platillo de café que hace las veces de cenicero. Que se jodan con sus asambleas, con sus negociaciones, que se jodan todos, dice como para sí misma. Una nube gris se escapa de su boca hacia el brasero en que se está convirtiendo la habitación:

—Además, no tienen el apoyo de la Organización, ¿no? Que Mikel todavía es alguien, no me jodas. Nos lo cargamos ya y nos largamos cuanto antes —gira el cuello, columpiándose sobre su silla a la vez que escupe una bocanada de humo que marcha en dirección opuesta —. Además, así le sirve a ése para demostrarnos si está preparado. En algún momento habrá que ponerte a prueba ¿o no? ¿Qué dices tú Zabala?

Y Zabala, como una estatua, frente a la puerta del baño, no cambia el gesto a modo de aprobación.

—No sé —interviene Martín—. A lo mejor…, o sea que podríamos esperar un poco y esta tarde, durante el mitin… podríamos moverlo entonces. ¿O qué? Seguro que hay por donde largarse. Si no es el tío que buscábamos, al menos que nos den algo por él ya que el trabajo está hecho. Lo podemos intentar ¿no? ¿Qué decís?

—¿Darnos algo…? —Bego se retira de la frente el flequillo hueco que amenaza con desprenderse de la horquilla del que se supone que está prendido—. ¿Por ése…? No vamos a arriesgarnos por un jodido limpiador de carreteras. Nos lo cargamos. Se lo carga Zabala. Les vamos a pegar duro a *sus* conversaciones, y con la campaña doble ración de publicidad.

—¿Y qué dirán los otros? Jone no está solo. Y se supone que… joder, no sé, el comunicado y todo eso.

—A ver, ¿me preguntaron a mí? ¿te preguntaron a ti? —Se gira hacia Zabala y lo señala—. ¿Eh? ¿os preguntaron?

La estancia se sume en el silencio. Zabala mira hacia la puerta del retrete, había olvidado a Jerónimo.

—¡Eh! ¿Es que te has tragado la cisterna o qué? —Le grita mientras aporrea la puerta del baño—. ¡Sal de ahí!

Jerónimo no contesta. Se está mirando de nuevo en el espejo. Se limpia el vomitado que ha salpicado el suelo y la pared y que se desliza todavía por sus labios; la sopa mezclada entre gotas espesas de saliva ha ido a parar a su camiseta. Me van a matar… Se palpa la frente, los ojos, los mofletes, la barbilla. Me van a matar.

—¡Eh!

Jerónimo abre la puerta lentamente, sin saber de dónde saca la fuerza para realizar un gesto tan normal que ahora le resulta agotador.

—¡Joder, qué peste! Y ¿por qué te has quitado esto? —Zabala le coloca de nuevo la venda, apretando mucho el nudo.

Cruzan la estancia, sumida otra vez en el silencio, como cuando llegó. Bajan al zulo. Antes de entrar, Jerónimo se gira y se enfrenta a Zabala:

—No me matéis, que no he hecho nada.

Zabala no contesta, se limita a empujarlo hacia el agujero, gira la llave. La celda se sella con un sonido metálico. El resto de bilis y de vómito han dejado un tufo en el aire que le provoca una náusea. Se apoya un instante contra la puerta, se mantiene ahí, muy quieto; se pasa la mano por la frente. Entonces, como si la puerta le quemara, tira de sus hombros y se despega de ella. Su bautizo definitivo: eso ha dicho Bego. Será un gesto limpio y sencillo, como el que ha estado realizando durante varios meses contra dianas y muñecos de cartón. La pestilencia ácida empieza a disolverse, los perfumes del moho y de la tierra húmeda lo ayudan a recobrarse. Vamos, que te esperan. Sube un peldaño. Otro. Se tambalea. Retrocede. Tiene que apoyarse de nuevo contra la puerta helada. ¿Pero qué te pasa Zabala…? Un escalofrío le recorre el cuerpo. Tiene que subir o los otros se

mosquearán. Vamos. Se mira las manos fuertes, cuadradas, que ahora tiemblan, serán ellas las responsables de cargar el arma y de pegar el tiro que confirmará su adhesión definitiva a la lucha.

Con los puños agarrotados se jura que hará lo que Bego le pida.

10

Ricardo avanza por el salón de la Cámara de Comercio repartiendo palmadas en el costado, apretones de mano. Sigue a la perfección esa partitura programada por su equipo del que cree sentirse orgulloso, aunque a veces no te dejen ni tomarte un miserable café en paz, Ricardo. Sus manos parecen obedecer al guion, como si fueran por libre, mientras que su cabeza sigue remando contra la corriente de dudas. ¿Por qué no ha ido Iturri? Tenía que haberlo convocado para la comida… ¡Qué estúpido he sido! Habría hablado un poco más con él, sin Anselmo cerca, al fin y al cabo Iturri conoce todo aquello mejor que nadie y si esas cosas que propone… Sonrisas y más sonrisas, y ¡ah! ¿cómo no?, claro, claro… ¿Francisco…? Paco, Paco, llámeme Paco, le dice ese hombrecillo simpaticón con aspecto de domador de circo que se le ha acercado con una sonrisa camuflada tras el bigotillo de Errol Flynn, y que lo toma por el brazo porque ya que están ahí los dos, aprovechará para plantearle las cuestiones más relevantes del sector hotelero… Ricardo trata de escucharlo pero enseguida tiene a alguien que también se agarra a su codo, así que se deja arrastrar, como los procesados, porque tienen que pasar a la mesa. Levantando las hombreras le pide disculpas al hombrecillo con aire de domador, a Paco, que las recibe sin rechistar porque el que se lo ha llevado es el presidente de la Cámara y quizás luego puedan continuar con ese asunto de la ocupación hotelera, pero ahora lo reclama su anfitrión —ni se acuerda del nombre porque parece uno de esos trabalenguas vascos imposibles de retener: Manurreta… y más cosas—, un hombre agradable con un rostro escurrido que ha levantado su copa, alzando todas las demás.

Terminado el brindis se sientan. El tal Domínguez, un hombretón apelmazado con cara de perro viejo no ha perdido ojo del cara a cara que Ricardo y su anfitrión mantienen. Cuando la discusión se desvía hacia el polo opuesto de la mesa, Ricardo aprovecha para echar un rápido vistazo a la sala, las mesas, dispuestas en torno a la suya, en un geometría perfecta, son idénticas las unas de las otras, un diámetro humano de un color azul marino interrumpido por aquí y por allá por el gris plomo del príncipe de Gales o de la lana fría. Son un bullir de lentas conversaciones. Los cubiertos chocan sin sonido sobre la loza en

busca de un pimiento asado o de una idea que compartir. Mientras inicia una conversación con el tal Domínguez, ve aparecer del otro lado de la sala a Anselmo que se acerca a su mesa con el paso fresco y revuelto de un potro. Con una bajada de mentón Anselmo se disculpa ante los presentes.

—Ricardo —le susurra éste al oído—, una llamada. Es importante. Mejor hablamos ahí afuera.

—Si me disculpan… —Ricardo se retira la servilleta de las piernas y se seca la comisura de los labios, lo hace muy suavemente.

Se levanta de la mesa y marcha tras su jefe de campaña que lo lleva hacia un pasillo.

—¿Qué ocurre?

Anselmo levanta las cejas:

—Tenemos novedades. Esta mañana, a eso de las diez y media —son sus manos las que dan testimonio de la imprecisión del dato—, un vecino de Basauri vio cómo un hombre se llevaba a otro por la fuerza. Había otra mujer en el coche.

—¡No fastidies!

—Tranquilo que no está confirmado, pero ha creído más prudente avisarte y…

Anselmo carraspea.

—Vaya. Pues estad al tanto, y esperemos que sea otro falso aviso.

La puerta del pasillo se abre y emerge un cuello con pajarita.

—No se preocupe —le dice Ricardo al camarero— ya nos íbamos.

—Espera, espera, Ricardo —Anselmo lo sujeta por el antebrazo, hace un gesto al intruso que con la misma determinación con que pretendía asaltar ese *tête à tête* improvisado, da media vuelta y se escabulle—. No he acabado. Nos ha llegado el soplo por un concejal que está al tanto del asunto y que afirma que las sospechas son bastante altas. Ese coche, el que nos adelantó donde la obras, el susto que nos dio ¿te acuerdas? Investigaron. Lo han encontrado por ahí aparcado. Se lo habían robado al dueño. Alguien reconoció a Begoña Etxerra; Etxerra, ya sabes, la de…

—Sí, claro.

—Interior y la policía ya saben que estamos al corriente. De momento nos han pedido máxima precaución.

—Etxerra… vaya… pues sí que pinta mal.

Anselmo introduce las manos en los bolsillos de su pantalón dejando al descubierto unos gruesos tobillos que él mismo comienza a examinar, como si no fueran suyos:

—Eso creo yo. Y en principio no podemos, o más bien no

deberíamos hacer nada, salvo permanecer callados. Pero no lo tengo tan claro ¿sabes? Porque cuanto más tarde se sepa mejor. Y ¿para quién es mejor? Pues ya sabemos para quién.

—Ya… Oye, tengo que volver ahí. Mantenedme informado ¿de acuerdo?

—Espera, Ricardo, espera.

—No me gusta lo que estás insinuando, Anselmo.

—De momento lo saben unos pocos del equipo: Ana y Ozores. A Mario no sé si… —Anselmo lo mira de reojo— . Vale, a él todavía no. Pero yo creo que deberíamos, no sé dejar caer algo, un rumor… Ya sabes, en el mitin, o puede que ahora…

—Lo sabía…—suspira—. No, no, no. No equivoquemos las cosas ¿de acuerdo? De momento estamos hablando sólo de un rumor, tú lo has dicho.

Ricardo ha reído como el truhán de una película, pero Anselmo sigue como si nada, porque se llama aprovechar la coyuntura, dice. No tienen por qué seguir el juego del Gobierno, un juego que sólo beneficia a los de Moncloa:

—En eso estábamos de acuerdo, ¿no Ricardo?

—Ya estamos otra vez con esas. Vamos a ver Anselmo… —Ricardo levanta la palma de su mano que extiende a media altura de su cara, como si así pudiera frenar las cavilaciones de su ayudante—. Tú y tu facilidad para mezclar churras con merinas.

—Y tú y tus puñeteras moralinas.

—Sabes que tengo razón Anselmo. Estás insinuando que lancemos, así, sin más, una noticia infundada sobre algo tan… ¡joder tan grave! Delante de cientos de personas y sin estar seguros de ello.

—Pues sí. Y tenemos suficiente información para hacerlo, no podrán echarnos en cara nada. Begoña Etxerra ¿te das cuenta? Además, ¿no decías hace un rato que había que contar la verdad?, ¿que lo de la tregua no te lo creías? Pues mira, tenías razón. Así que ahora entra ahí y limítate a dejar caer algo que los deje con la mosca detrás de la oreja. Un poco de marejada de fondo, ¿entiendes?

Ricardo se vira con aire perplejo, apuntando con el dedo hacia el comedor que dejaron hace unos minutos.

—Sí, a esos —le confirma Anselmo con gesto evidente—. Insinuarlo, sólo insinuarlo, después de que ayer Jiménez tuviera el cuajo, o más bien la mala fortuna, de hablar de acercar a los presos… ¡Imagínate! Esto sí que no lo esperábamos ¿eh?

—¿Pero tú te has oído? —Ricardo abre el puño y se restriega la palma entera de la mano por la cara, las arrugas se deshacen por un

instante como para ser recogidas de golpe en el hoyo de su barbilla—. Mira, una cosa es que tengamos que ganar el domingo pero no perdamos el norte.

Anselmo lo sujeta por los hombros, como si fuera un sastre aplicado tomando la medida del traje:

—A ver Ricardo, tenemos suerte de que a Jiménez, a Rubiales y a esos, no les convenga en absoluto que algo así ocurra justo en ese momento, no podemos desaprovechar una oportunidad así, ahora que...

—¿Suerte…?

—¡Joder, déjame terminar!

—Está bien… —Ricardo da un paso hacia atrás como de bailarín experto.

Anselmo extrae una cajetilla de Marlboro.

—¿Vas a fumar…? ¿Aquí?

Anselmo golpea el paquete, agarra la punta de un pitillo que asoma.

—No hay nadie —mira de un lado y otro—. Sólo unas caladas si me da usted permiso…

Ricardo levanta los hombros. Anselmo comienza a caminar de un lado a otro, fuma con ansia, con el apremio de la infracción:

—Mira, lo del alto el fuego… Se han equivocado en algo ¿sabes? En que Jiménez y Rubiales lo han vendido como si sólo fuera mérito de ellos. Y por eso Iturri no soporta a Jiménez, que parece que él es el único que ha hecho algo para llegar donde estamos. Eso me dijo. Pero sin Iturri ya sabríamos todos quien iba a ser aquí el *lehendakari*. Ellos se lo han guisado, que se lo coman, un secuestro en estos momentos, bueno o un *posible secuestro* si prefieres, porque no, aunque no me creas, no deseo que sea cierto, sería mortal para ellos, un mazazo…

Ricardo se ha separado de la zona tomada por el humo.

—Ya, ¿y también habéis pensado en cómo evitar el ridículo…? Me refiero a lanzar algo así y que luego no ocurra nada. ¡Joder! Me oigo y me doy vergüenza.

Una sonrisilla de zorro astuto cruza los ojos de Anselmo. Pues por supuesto, ¿o es que duda de sus capacidades? De nuevo alguien abre la puerta del pasillo. Anselmo deja caer el pitillo que queda sepultado bajo su suela. Ricardo avanza como si fuera a hacer de barrera entre el humo y el resto del aire. Nada más reconocerlos, el que entra agacha la cabeza, al tiempo que esgrime una sonrisilla nerviosa y desaparece raudo tras la puerta marcada con el inconfundible símbolo de un muñeco.

—No me he dado cuenta de que estaban aquí —dice Anselmo con el índice sobre los labios, mirando la puerta que se ha tragado al intruso.

Se alejan cuanto pueden de los lavabos.

—No hablo de tirarte a los lobos, Ricardo. Espero que al menos me concedas el reconocimiento de que velo más que nadie por ti —le susurra Anselmo en voz muy baja.

—Por la cuenta que te trae, entre otras cosas.

Anselmo se muerde los carrillos.

—No estás siendo justo, me parece.

—Vale, lo siento Anselmo, estoy cansado y…

El camarero reaparece, pero esta vez lo hace de espaldas y en cinco zancadas llega hasta la puerta del fondo que lo devuelve al lugar del que no debía haberse movido.

—Mira Ricardo, ahórrate las excusas. Vuelve ahí. Y el resto déjamelo a mí de momento ¿quieres? Ese concejal tiene buenos contactos, estamos en buenas manos, te lo aseguro. No podemos desaprovechar esto. Ahora no. Y te repito: yo también espero que sea una falsa alarma. Es más, creo que lo es, porque al contrario que tú, yo sí creo que este cese va en serio.

Ricardo se ha puesto a girar sobre sí mismo, con pequeños círculos, apoyándose en los talones.

—No me dejáis margen de maniobra, por lo que veo.

—No es una cuestión de dejarte margen de maniobra, Ricardo, además, ya te he dicho que estamos previendo varios escenarios —Anselmo resuella, ya no pretende camuflar su hastío, arrastra los finales de las frases, mientras su índice apunta al otro extremo del pasillo—. Y ahora convendría que vuelvas ahí. Te veo luego.

—Espera Anselmo, una cosa más —dice Ricardo, dubitativo—. Es simple curiosidad: ¿eres consciente de que si hacemos lo que le decís nos cargamos el pacto, *fini?* Y tratándose de otro asunto, bueno, pero con ese tema… ya se ha roto en Euskadi… ¿Crees que podemos permitirnos que…?

—¿Cuándo ha habido realmente pacto Ricardo? No me niegues que no harías cualquier cosa por anunciar el final de todo esto. Vamos, regresa. Yo hablaré con los demás, diré que todo sigue de acuerdo con este nuevo contratiempo. En cuanto tenga más noticias te las contaré. De todos modos nos vemos luego en el coche.

—De acuerdo, pero a esos de ahí no les diré nada. No. Lo siento, pero me niego. Al menos de momento. Hasta que no tengamos algo más claro.

Anselmo hace un gesto desesperado, alza la muñeca izquierda para ver el tiempo que le queda:

—Tú verás. En fin, para cuando acabes ahí dentro, espero tener novedades y los discursos retocados. Te dará tiempo a echarles un vistazo.

Le propina a su jefe una caricia enérgica en la espalda y desaparece.

El lavabo, refrescarse un poco la cara y las manos antes de volver a sentarse en la mesa donde ha dejado a medias una conversación sobre importación o lo que fuera que le estaban contando. Se echa encima más agua, toda la que quepa en el cuenco de tus manos Ricardo, ¡qué bueno! Apoya los codos en el lavabo y se encara con su imagen en el espejo. Cierra los ojos y respira hondo. Se restriega la toalla por la nuca, por la frente. Se mira. Estás viejo. Saca el teléfono. La llamará. Marca su número. Lo hace pulsando cada una de las teclas, quiere estar seguro de que todavía lo conoce de memoria. Los tonos de aviso se suceden sin respuesta ¿Y qué le dirás? Se lleva una uña a la boca, jamás se las muerde, pero lo está haciendo. Cuatro tonos… cinco…

—Vamos, coge el teléfono… ¡Descuelga, Flaca…!

Nada, no hay respuesta. Qué cretino eres Ricardo. Guarda el teléfono en el interior de la chaqueta cuyo cuello se coloca correctamente; verifica que los puños de su camisa sobresalgan lo justo por debajo de las mangas de ésta. Toma aire. Ahora debe dirigirse a esa mesa, presentar de nuevo disculpas y volver a la conversación. Y mientras lo hace, al tiempo que toma asiento y formula cordialidades manidas, siente cómo su alma zozobra, encerrada en su cuerpo que nota frío y rígido.

11

La vida es cruel, se repite mientras trajina de acá para allá por la cocina. ¿No podía estar ella en esa cama? ¿Acaso le hubiera importado? Pero nadie está a salvo del dolor Carmela, ni el mismísimo Jesucristo lo estuvo, así que tendrás que soportar esa cruz, le dijo el otro día el padre Aurelio. Pero… ¿por qué su niña? ¡Ay Carmela!, son los caminos del Señor, que nuestro destino Carmela, está en cierto modo trazado y hasta el dolor más profundo tiene sentido, ya nos lo dijo San Agustín: no es bueno sufrir pero es bueno haber sufrido, a ser valientes Carmela, y a aprender a resignarse que al final Dios nos recompensará. Ya, resignación… pues mira guapa, le había dicho luego Charo, más que aprender a resignarte lo que tienes que hacer es empezar por cabrearte. El derecho al cabreo Carmela, que no nos lo quite nadie, ni elpadre Aurelio, ni el de ahí arriba. C-a-b-r-e-a-r-t-e.

Absorta en sus enclenques intentos por darse ánimos, las palabras que suelta en voz alta se van trenzando al cacharreo. Cabrearse… Pues nada, que no le sale, sólo para decir eso: que menuda porquería de vida, porque eso no es justo, que su hija esté así y ella tan… tan campante, caminando de un lado a otro. Y resignarse… pues tampoco, antes prefiere pedirles un milagro a los de arriba, que no hay nada malo en ello, ¿verdad padre Aurelio? No, hija, eso nunca es malo. Así que pide por su niña todo el día, a todas horas. A San Judas Tadeo. Y a la virgen del Carmen, a esa a la que más. Un milagrito. ¿No lo merece mi niña? ¡Ay mi virgencita! suspira algo alborozada mientras se agacha para guardar una fuente en un cajón, ¿será posible que después de tantas novenas, de tantas velas hoy alguien de por ahí arriba haya empezado a apiadarse de ella? Porque la ha visto, ¡que si la ha visto! esa sonrisa de antes de la niña. ¡Ay cuando se entere Adrián de que la niña ha sonreído…! Pero cuidado Carmela, cuidado, no te hagas ilusiones… Se endereza, con una mano se sujeta una cadera, la otra le sirve para apoyar su cuerpo sobre la encimera. Y se ríe, jiji.

Cae entonces en la cuenta de que no ha oído llegar a Adrián que volvía de la calle. El ruido del grifo se debió solapar al hola preciosa de su marido que ya descansa en el sofá del salón.

—¿Adrián…?

Él mueve los ojos de la página de su periódico.

—Dime.

—Hola. ¿Trajiste el pan para la noche?

Adrián le señala una bolsa.

—Ah, gracias. Oye… —Carmela titubea. El otro la mira, tiende el cuello, levanta las cejas—. Mira, no te hagas demasiadas ilusiones ¿vale?, pero parece que la niña está contenta. Antes, mientras leíamos, ha sonreído. Y no era por el libro, ¿eh?, que íbamos por una parte de la historia que no es como para reír mucho, la verdad.

Adrián posa el periódico sobre sus rodillas. Carmela no se mueve, ahí quieta, frente a él. ¡Y cómo lo mira!

—Creo que voy a cambiar de novela —dice ella mientras se friega las manos cuarteadas con el trapo desgastado que cuelga de su cintura. Lo mira con ternura. Es una mirada tran frágil, piensa Adrián.

—Mujer, qué bien, me alegro, pero… Anda, ven —ahora es él quien la observa con cautela, mirándola por encima de las espesas gafas de pasta marrón—. A ver, siéntate aquí, aquí, conmigo.

Le tiende la mano ancha, sus dedos son como percebes de los caros. La mano de bailarina aterriza en el hueco que él le ofrece, se recuesta sobre su hombro. No dicen nada. Quietos. Callados. Así están. Abrazados. Ambos pensando. En lo imposible. En la niña. En ellos. En los milagros. En el dolor. Unos segundos, que se transforman en minutos, hasta que los extirpa de sus ensoñaciones el sonido de una explosión.

¡Madre mía! Carmela mira a Adrián. ¿Qué ha sido eso? Corre hacia la ventana. Levanta el visillo, se pega al cristal, inmóvil, alerta. ¿Ves algo? No. La lluvia o la humedad parecen haber abortado el sonido. Espera. Tiende más la oreja. Nada. Quizás haya una boda. Sí una boda, seguro, o alguna despedida de soltero, porque no parecía... No, no parecía... Más bien un cohete. Tiende el oído una vez más, no, tampoco sirenas. Pues sí, una boda, una fiesta, seguro que es una fiesta, dice.

Vuelve con él. Se sienta otra vez sobre sus rodillas.

—Pues lo que te decía, que ¡me he alegrado tanto de verla sonreír! Pero… —se muerde el labio inferior—, pero me asusta que se vuelva a dar un batacazo. Porque ya toca decírselo, ¿no crees Adrián…?

Adrián la mece con la palma de su mano que parece agrandarse de tanto querer asir la triste espalda de su pobre bailarina. Hala, hala, le dice dulcificando la voz, hala, que no lo piense más:

—Se lo contamos otro día y ya está.

—Ya… Pero es mejor que dejemos de engañarla, y a nosotros

también. Yo ya me había mentalizado y ¡justo va y sonríe! Y ahora pienso que será como volver hacia atrás. ¡Ay! Adrián… La hemos traído hasta aquí porque pensábamos que esos médicos… y ahora no hay nada que hacer. La culpa ha sido mía, que me empeñé.

Adrián ha dejado el periódico sobre el pequeño velador que hace las veces de pie de lámpara. Recoge la cabeza sobre su pecho, forzado a aguantarle el pulso al dolor de su Carmela, que otro día será su turno para lamentaciones, pero ahora…, ahora, ahí, tieso como un palo. Firme.

—A ver mujer, la culpa no es de nadie ¿vale? Estábamos los dos de acuerdo en traerla aquí. En intentarlo. Y ya llegará el momento, digo yo, no hay prisa. Y desde luego hoy no, si está contenta. Me parece que tú lo que estás es muy cansada. ¿No habías quedado con las amigas?

Carmela levanta la cabeza hacia Adrián, la mueve con un gesto afirmativo. Él le estira la piel del rostro hacia atrás y ella se esfuerza por sonreír.

—Sí, tienes razón. No me hagas caso, es sólo que ya son muchos meses… Pero ¡hala! —Dice mientras se levanta con gestos torpes—, ya se me pasa. No sirve de nada andar quejándose.

Lo besa y le acaricia el cogote en barbecho, atropellado por unas manchas débiles de prematura vejez. Pues sí, ya se lo dirán, dice mientras se encamina hacia el pequeño sofá horadado por los años, que quizás alguna vez fuera blanco. Y mientras mira el retrato de la virgen del Carmen, suspira.

En ese momento suena el teléfono.

—Voooy —dice, como si la fueran a oir.

Se estira la falda mientras camina hacia el velador. Descuelga sin mucho afán. Irá claro, sí, ¿cuando? ¡uy! pues sí que tiene que darse prisa, dice mirando el reloj. Contenta, mucho, no nada de eso, lo de morirse fue el otro día, y fue a Marta, agua pasada, hoy ha sonreído, está contenta, claro, claro a las cinco en La Palma. Muchas ganas. *Agur* guapa.

Cuelga y se queda un segundo inmóvil, como si las teclas le fueran a revelar una última consigna no dada por su amiga. La Palma, un café, qué buen plan, casi lo había olvidado. Adrián la mira con preocupación.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Qué?

—Pues eso, que la niña quería… no sé, lo que le has dicho a Elena.

—¡Uy, eso!

Carmela se acerca a él, posa los labios sobre su frente rocosa. Pero ¡qué tontería!, si ni ella le dio mayor importancia, normal que a la niña algún día se le escapen esas cosas ¿no? Patosa… Tal y como está la pobre, no hay que hacerle mucho caso. Pasa sus brazos por detrás de los hombros de Adrián. Serás torpe, Carmela… Lo agarra con dulzura por los hombros, y reparte besos por su cráneo. Hala, hala, nada de preocuparse:

—Además, tienes razón, es un buen día porque la niña está contenta y lo voy a celebrar con la Charito y la Elena, si no te importa, claro.

Adrián recoge el ovillo de dedos entre los suyos y se los lleva a los labios:

—¿Si no te he dicho hace unos minutos que lo que necesitas es airearte?

Carmela le sonríe y se levanta. ¡Uy! no tiene mucho tiempo, dice mirando el reloj de la cómoda. Vendrá Marta luego, le dice mientras desaparece, la cena está en la nevera, ¡por si me retraso! Adrián retoma el periódico, y con un suspiro que le purga el alma ataca de nuevo sus pasatiempos.

—Oye, nada de irte sin pasar por aquí ¿eh? Que vea lo guapa que te pones para las amigas.

—¡Curiosón! —Le contesta Carmela que se está pasando el cepillo de púas de cerda por la melena para separar las mechas.

Adrián se levanta para encender el aparato de música. Revisa los discos ordenados en la estantería, se frota con deliberada parsimonia la zona lumbar mientras sigue paseando balda viene, balda va.

Carmela entra de nuevo en el salón.

—Pues sí que has sido rápida.

Ella coge su bolso que siempre deja tirado sobre la cómoda de marquetería, abombada como por una indigestión de objetos. Los muebles del dormitorio de Anabel y esa cómoda son lo único que se empeñó en traer de casa porque a la niña no la vamos a desubicar así como así, y la cómoda lleva toda la vida con nosotros, al menos no nos sentiremos tan desplazados en ese piso de acogida.

Adrián se detiene en un disco cuyo lomo no le suena en absoluto. Vaya, un intruso. ¿Shakira? ¿Qué hace ahí ese disco? Él no lo ha puesto desde luego, y la niña… No, ella no, claro. Carmela sigue canturreando, se está anudando al cuello un pañuelo que pretende ser de seda, mientras se atusa por aquí y por allá el pelo que no parece convencerla del todo. Adrián la observa:

—¿No sabrás tú que hace un disco de Shakira aquí?

—Bueno, me marcho ya.

Se mira de nuevo, como si no estuviera muy satisfecha con no sabe qué parte de su atuendo. Se agacha, impulsada hacia el parqué por el peso de su generoso busto, abre la puerta ovalada e inflada de la consola y saca de ella un bolso de menor tamaño que el que ya colgaba de su brazo. Ni hablar de ir de juerga con ese bolso como de entierro. Se mira al espejo, colocándose entre las costillas y el codo del brazo libre el bolsito blanco guateado que ha emergido de las profundidades.

—¿Cuál te gusta más…?

La cadena se ha tragado el disco y empieza a sonar la primera canción. Carmela mira a Adrián y posa su pequeña mano sobre los labios, con el brillo de nácar, como para camuflar su sonrisita. ¿Así que me has pillado, eh…? Pues se va a enterar ahora de quién es ahí la bailarina. Te vas a enterar de quién es tu Shakira… dice con picardía. Cruza los brazos por debajo de sus formidables pechos, las tablas de su falda se abren, de un lado a otro lado. Adrián suelta una carcajada. Y la otra se anima, las caderas rechonchas, aliviadas de pudores, girando y girando. A un lado y a otro lado. Y él, riendo, sube el volumen hasta que Carmela se detiene de golpe y señalando el cuarto de Anabel dice: ¡shhh! Adrián salta sobre el aparato y gira la rueda. La falda retoma su compostura de plastrón, Carmela se repone la permanente y se coloca de nuevo los bolsos, uno en cada hombro.

—¿Bueno, cuál te gusta más? —Dice, aún resoplando. Toda coqueta.

—Ese —Adrián señala la carterita acolchada.

Le costó dos duros, pero da el pego, se termina de convencer mientras cambia las cosas de un bolos a otro, un trasvase de intimidades. Se coloca en los lóbulos dos perlas que ha pescado en un cuenco de porcelana repleto de objetos que forman un curioso popurrí: llaves, pilas, una cinta negra, monedas, cerillas, horquillas, imperdibles… Levanta su melena para dar empaque al rostro que ha quedado enmarcado por el brillo rancio de dos círculos de nácar desgastados por el abuso de colonia.

—Lista. Me voy.

—Pero que muy guapa —repite Adrián que sólo le ha echado un vistazo, porque ya está sentado de nuevo, con el bolígrafo y el periódico en la mano, dispuesto a atacar el sudoku.

—Hala. *Agur* —le lanza Carmela desde la distancia.

—Adiós guapa.

Ahora suena música americana de los años sesenta, canciones cuya

melodía Adrián persigue con sonidos graves que alterna con silencios cada vez que pierde el hilo de la cadencia; es sólo sonido desnudo porque es incapaz de pronunciar la letra. Se levanta a por un vaso de agua en cuanto ha terminado el primer sudoku que se ha ventilado en un abrir y cerrar de ojos. En la cocina abre la nevera. ¿Qué habrá dejado de cena Carmela? Magras con tomate… ¡qué buenas! Echará un vistazo ahí arriba, a ver cómo va la niña. Y luego atacará el segundo nivel del sudoku, *para avanzados*, como reza en la mancheta de los pasatiempos.

Sube con el paso lento de un monje ascendiendo al campanario para tocar a vísperas, lo hace apoyando sus manos sobre las rodillas. Dichosa plataforma…, casi tropieza otra vez con ella.

Empuja la puerta entreabierta. Su niña gira un poco el cuello, con la cadencia de un robot. ¿Está bien? ¿Necesita algo?

—No gracias. Luego me subes la merienda. Viene Marta ¿no?

Su padre asiente.

—Oye, *aitá*, ¿son cosas mías o estábais escuchando a Shakira?

—Pues… sí —contesta, casi excusándose.

Se acerca a ella. La acaricia con ternura. Anabel le responde sonriendo. Vaya, pues Carmela tiene razón, la niña parece contenta.

—¿Y eso…? ¿Qué mosca os ha picado para que escuchéis a Shakira?

—Ya ves, a ver si nos toca la fibra.

Anabel esboza un cuarto de sonrisa, suficiente para colmar las ilusiones de Adrián que coloca una de sus manos sobre la camisa, su camisa gris sacerdotal tan cerrada sobre la nuez que parece echar en falta un alzacuellos, la posa a la altura del ombligo, y levanta la otra en alto, con la palma abierta, muy abierta, como para un gran saludo real. De esa guisa comienza a menear la cadera, laralolaylolay, igual que lo hizo Carmela hace un rato ahí abajo, laralolaylolay, tratando de recordar el ritmo mineral de Shakira… Anabel ríe, esta vez lo hace con ganas. Vamos, *aitá*, estás ridículo. Y Adrián feliz, feliz de estar ridículo, miviiida, miviiida, quiero vivirlaaaa…

Hasta que les sorprende el timbre de la puerta.

—Uy, será Marta. Bajaré a abrir.

Adrián se aleja de Anabel tarareando ese ritmo frenético, con la mano en alto. Parece un policía parando el tráfico, le dice Anabel riendo, riendo de veras. Y aunque él sabe que mueve el esqueleto con menos gracia que un capellán al ritmo de la banda municipal, sigue con la gracia, laralolaylolay, mientras baja las escaleras, porque es maravilloso que Anabel se ría.

—¡Ya abro Martita!

El pestillo, la manía de Carmela de echar el cerrojo hasta para ir a por el pan. La sonrisa radiante de Marta es el premio a su pequeña pelea con el mecanismo de la cerradura.

—Hola Adrián.

Marta le pasa la mano por la nuca y le planta los dos besos de rigor mientras él la arrastra hacia el vestíbulo. Qué fría está.

—Hace fresco, bueno, más bien hace frío y está lloviznando.

Adrián se dirige al sillón, mientras Marta se quita el abrigo y el bolso que llevaba en bandolera.

—¿Está dormida?

—No —contesta Adrián—. Se acababa de despertar cuando has tocado a la puerta. Aprovecha que vas arriba para subirle un café y alguna galleta, si no te importa. Y por cierto, está de buen humor…— lo dice abriendo unos ojos insinuantes.

Del rostro pálido de Marta se descuelga un gesto aprobatorio y dubitativo. Marcha a la cocina. Una tras otra, abre puertas de formica, las justas, porque encuentra las cosas a la primera.

—¿Tú quieres algo Adrián?

—¡No, hija, no, gracias! —Le grita él desde el salón.

Al cabo de un rato Marta se aposta frente a Adrián con una bandeja que al lado suyo parece mayor de lo que es en realidad.

—Me quedaré hasta tarde, hoy no tengo plan. Luego bajaré a por la cena, ya he visto lo que hay. Y ¿Carmela?

Adrián se sube las gafas y apunta con la vista hacia la menuda amiga de su hija envuelta en una falda negra que la hace parecer aún más canija.

—Se marchó, por ahí, de picos pardos.

—Pues eso está bien.

El pequeño y redondo escarabajo gira como un soldado al grito de ¡arr!, con una pierna impulsando la otra, con cuidado para no volcar la leche y Adrián la mira desaparecer por el hueco de la escalera, como un bicho de la noche, toda negra, pero un bicho simpático y juguetón que ha encontrado en su casa una guarida o un segundo hogar.

12

Mientras les subían la comida, ella tomó una ducha rápida y se puso algo de ropa. Disfrutaron de ese tentempié a deshoras, sin prisa, como si de veras hubieran saboreado el frugal almuerzo salpimentado con algún que otro comentario trivial sobre las clases de Leandro y los nuevos programas de la facultad, también sobre la cartelera de cine rescatada de las páginas del periódico.

Después se levantaron de la improvisada mesa de comedor, Leandro sacó las bandejas al pasillo y volvió a cerrar la puerta de la habitación en donde Emma ya se había apoderado otra vez de la butaca. Qué mal vampiro serías que en cuanto puedes corres a la luz, le había dicho él, porque esa vez no quería molestarla con lo del pitillo y prefería darle una razón para que ella lo siguiera pellizcando, o para que él pudiera seguir hurgando entre los pliegues de su cuello de cisne.

Emma ha colocado la silla muy cerca de la ventana, la mantiene más abierta que hace un rato. Ya no está desnuda y le gusta oler el frescor que asciende de la calle, oír el crujir de la vida.

Leandro la contempla sin reparos, y ella se deja admirar, envuelta en su camisa de popelín, los grandes puños que cuelgan lánguidos sobre las muñecas largas que le hacen parecer a algunas de esas mujeres frágiles de los retratos de Modigliani. Los puños se cierran y se abren, según el caprichoso ir y venir de las manos rematadas por uñas almendradas, ligeramente rosadas.

—No me gustan las habitaciones de los hoteles —dice.

Lo pronuncia como distraída. Él la mira.

—Me producen claustrofobia —prosigue, sin alterar su afligida dignidad—. Y qué te cuento de esos en los que no puedes abrir las ventanas, o a lo sumo una rendija en la parte alta. ¡Qué horror! Son como las de los hospitales, para que la gente no se suicide. Es patético…

Leandro bebe a sorbos el café, la taza es del tamaño apropiado para sus labios, no como esas tacitas de *espresso* que le hacen arrugar tanto la boca que se siente ridículo, le parece que el café se le fuera a caer por los costados. Esas tazas son para ratitas presumidas… La mira. Embobado.

—No te gustan porque has pasado demasiado tiempo en ellos. No deberías haberle dedicado tanto tiempo a él. Fíjate, ahora por su culpa odias las habitaciones de hotel.

Emma se pone entonces a mirar el humo de su pitillo que viaja hasta el exterior, engullido por la corriente de aire de afuera.

—Te he dicho que no me hables de él —le dice.

Leandro se pinza compulsivamente la carne de la boca, los laterales, lo hace con el pico de las muelas, tirando sobre la piel, haciendo que sus facciones parezcan todavía más angulosas. ¿Por qué no puede ser él como esos príncipes que pasan por encima de los obstáculos, que los sesgan de cuajo con tal de llegar hasta sus amadas, con tal de permitir que los cuentos se cumplan según los cándidos y románticos designios de sus bellas damiselas? ¿Por qué se empeñará en mentar al ogro cada vez que el más mínimo desliz en el guion lo permite? ¿Por qué la mortifica de ese modo? ¿O acaso no será ella la que lo mortifica a él, con su pasividad, con su descarado pasotismo que le pone los nervios de punta?

—Pues a mí sí me gustan las habitaciones de hotel —dice al cabo de un rato.

Posa la taza sobre la bandeja. Para él estar en los hoteles es como estar ausente de la vida, asevera con aire de poeta, como poner la vida entre paréntesis ¿no crees Emma? Ella descruza las piernas y las estira. ¿Qué les falta a los hoteles, Emma, Emmita…? ¿Sabes qué les falta para que te gusten…? Un caleidoscopio en la mesilla, nada de esas Biblias americanas. Para jugar, jugar a cambiar la vida. Emma parece intrigada, así que Leandro continúa con el juego. Un caleidoscopio para perderse entre triángulos y círculos chillones, tú y yo tragados por esas espirales móviles multicolores. Ella hace amago de sonreír, y él se echa hacia atrás en su sillón, sujetando entre sus dedos un caleidoscopio imaginario. Como un corsario.

—Sí, me gustan los hoteles. Sentirme anónimo, descolgar el teléfono y que me suban la comida, como acaban de hacer, no tener que preocuparme de nada, salvo de estar. Como en este momento. Jugando a ser un pirata. Soy tu pirata, Emma.

La mira, a través de ese caleidoscopio imaginario, rogando que aquello haya sido suficiente para diluir su comentario desafortunado. ¿Qué te parece Emma? Mi princesa, y yo tu pirata.

—Pues que lo de tu caleidoscopio me gusta, pero la vida no es así, qué quieres que te diga. Eso de no preocuparse de nada… Yo tengo muchas cosas de las que ocuparme y por las que preocuparme. Demasiadas.

Pero los valientes piratas no lograron tomar el galeón. Leandro baja de golpe el caleidoscopio. Y el barco corsario se hundió irremisiblemente. Sin princesa, sin tesoro. El capitán fue el primero en saltar a la mar. El honor antes que entregarse al enemigo. Levanta los hombros. Se gira hacia la televisión. Las noticias de la BBC le aburren, pulsa con desgana las teclas del mando para hacer avanzar los canales en los que se suceden retazos de películas, anuncios, debates entre gente sórdida y desnortada que se tira los trastos a la cabeza. Ahora un programa de esos de adivinar palabras en el que el presentador habla a tal rapidez que parece imposible enterarse de lo que dice, pero asombrosamente se lo entiende, y mejor que a muchas otras personas. Se vuelve hacia ella, es increíble, ¿verdad Emma?, ver las dotes con las que nacen algunos. ¿Cómo se habrá dado cuenta ese tipo de que lo suyo es hablar rápido?

Emma no contesta. Son preguntas que no lo necesitan y a ella le importan un comino las razones que haya podido tener el tipo ese para acabar leyendo a toda velocidad preguntas que le parecen de parvulario.

«Con la letra D: ¿palabra que designa impulso, excitación venérea?»

DESEO.

Leandro se gira con descaro hacia donde está Emma; ella no se da cuenta, está mirando hacia el plafón con escayolas, diminutas florecillas diseminadas por los cuatro rincones y por todo el perímetro de la habitación, recogidas en las esquinas por unos lazos también de escayola, como los de las ilustraciones de aquellos recortables de muñecas que le traía de Inglaterra su padre cuando era niña. Todas querían ser su amiga por esos recortables.

—Si no te gustan los hoteles, Emma, ¿por qué no vienes a mi piso?

Silencio. Aumentar la oferta, casi todo se negocia, tiene un precio.

—Nadie te vería. Y vale que no tiene tanto encanto como este sitio pero puedo cambiar algunas cosas, si te apetece…

Es la primera vez que se lo pide. Pero claro, tenía que ocurrir. ¿Por qué? piensa Emma, mientras retuerce la espalda como si le subiera entre las vértebras una serpiente de cascabel. Porque para todo hay un orden, pasos que seguir, y siempre hay alguien que mueve ficha. Ella lo hizo al principio, cuando llamó a la facultad y pidió hablar con el profesor Moreno y la voz seca que descolgó le contestó con un impertinente tono en le que quedaba clara su intención de colaborar muy poco, que el profesor Moreno estaba en clase y que llamara luego, hacia las dos terminaría, ella no podía interrumpir los horarios de trabajo de los profesores ¿o qué se cree usted? Y terminó por

preguntarle: ¿quién lo llama? Ella no había mentido ¿por qué hacerlo? Ahora mismo le hago llegar el mensaje, la llamará de inmediato, señora, contestó la desagradable mujer mendigando una disculpa. Sólo quería información, le dijo entonces ella, divertida pero con un rintintín ganador en la voz, información y quizás concertar una cita, igual comenzaba una tesis y el profesor Moreno podría orientarla.

—¿Una tesis…? ¿…después de tantos años sin estudiar Emma?

Le ofendió el comentario de Cayo porque los niños estaban ya grandecitos y a lo mejor ella también estaba a tiempo de hacer la tesis o lo que fuera ¿o no crees? Y mientras Cayo se cepillaba los dientes le dijo que no, que no lo había entendido bien, todo lo contrario Emma, me parece una idea excelente. ¿A que sí, Cayo?, una tesis sobre fundaciones de arte y su papel en el desarrollo económico y…, bueno todavía no lo tengo muy claro, pero algo así. ¡Pues claro Emma!, una idea brillante y ese tal Moreno ¿te acuerdas de él?, dijo él en medio de una gárgara. ¿El del cóctel de la facultad…? Sí, ése. Pues que el doctor Moreno sería un excelente director para ella, doctor en Bellas Artes, y miembro del patronato del Reina... ¡Ah! ¿que ya lo sabías? Yo te puedo dar sus datos. Me alegro, Emma, una tesis, me alegro.

Así que después de la llamada que Leandro no tardó en devolverle quedaron en la cafetería de profesores, qué nervios en ese apretón de manos. La tesis, claro, como no, había dicho Leandro, perdido ya, perdido entre los ojos de almendra verdes de la alumna de postín. Mejor quedarían en otro lugar, ¿El Café Comercial? Sí, por supuesto, ahí podrían empezar a pensar el tema entre café y café, y mientras lo hacían, aquello de no preparar el tema pues acababan hablando de teatro o de las estrellas, o de lo que fuera, departiendo de todo menos de economía y de arte, aunque de arte sí lo hacían, a veces para saber qué tal la exposición de Kandinski o la que fuera; mientras pasaban los días en ese clima de absurda y deliciosa indefinición ambos sabían que uno de los dos tenía que dar un paso.

Emma se estira, perezosa.

Fueron a casa de Leandro aquella tarde de primavera. Más bien parecía verano, un verano que se precipitaba con insolencia y descaro; el asfalto se derretía bajo los pies, los zapatos se pegaban al alquitrán blandengue, lastrando el paso. Ese pisito no le habría gustado en cualquier otra circunstancia, pero para un profesor de arte y de economía, y medio artista, y un poco poeta, para un hombre con un mundo que se vive de puertas hacia el corazón o hacia el cerebro, ese pisito estrecho y con olor a cómoda soledad era suficiente para empezar algo y resultaba perfecto porque no se parecía a ningún otro

piso de los que ella frecuentaba.

Mientras le tendía la copa de vino, él no pudo evitar mirarla de aquella forma. Eran las cinco de la tarde, qué hora más rara para una copa de vino. Pero ¿qué importaba que fueran las cinco o las mil, si en esa copa no había vino sino un principio y los principios son siempre maravillosos? Fue la mirada de él lo que terminó por conquistarla. Durante un rato corto en que aún parecía necesario alargar la farsa, las manos de Leandro se pasearon sobre los libros usados, doblados, lustrosos: Miguel Ángel, Kandinski, claro, y también Gombrich, y Smith, ¡qué mezcla! ¡qué absurdo! ¡qué impostura! ¡Qué ojos los de este hombre! Y Keynes, y Marx, y Samuelson por medio, Cayo, que me los dejas por ahí tirados, esparcidos por el suelo mi amor, que después de consultar tus libracos colócalos donde no molesten, donde no los pisara ella. Sí, esos mismos libros a los que había tomado tanta manía en el piso de Barcelona, (siempre tirados Cayo, me dejas la casa hecha un puro desorden, la maldita oposición), ese día de madura primavera, de impertinente verano, se le ofrecían en otro atril bien diferente: las manos temblorosas de un profesor guapo, de un poeta, que los retiraba de las estanterías mientras el sol hacía de las suyas, porque hay que ver qué calor hacía, era sofocante. Y entonces Leandro dijo: mira, mira. Y Emma: ¡pero qué maravilla de fotografía! ¡qué imagen de la Depresión americana!, ¡qué belleza! Aún recuerdas bien ese momento Emma: los dos ahí, respirando, muy juntos, sobre la fotografía, mientras él te miraba, pero no con la miserable dignidad de la mujer con la blusa sin botones de la foto. No. Sus ojos eran todo menos dignos. Ojos que mendigaban y a la vez quemaban. Y fue al decir blusa, o botones, cuando él puso su mano en tu garganta, y tú ya no dijiste nada más, sólo dejaste que la paseara por el cuello, y por tus pechos, y que la otra buscara ansiosa bajo la falda el encaje negro que fue resbalando por tus muslos hasta los tobillos, un charco indecente a tus pies. Qué piernas más bonitas Emma. Los tacones contra la pared, y la pared con aquellas marcas, como en una película mala, pero qué importaban las marcas, y las películas malas, nada importaba, sólo aquella coreografía repentina, buenísima, esa manera de embestirte entre salvaje y tierna, que parecía perfectamente ensayada mil veces porque no pudo ser mejor. Hasta que dijiste: bájame Leandro, y recompusiste tu falda de seda con la impertérrita dignidad de una emperatriz ultrajada mientras él te miraba en silencio. ¿No hace un calor espantoso aquí?, dijiste. No te marcharás ya, Emma… suplicó él. Agarraste tu bolso de cocodrilo y saliste por la puerta, pero antes se lo dejaste muy claro:

—Si quieres volver a verme, busca un sitio agradable y discreto, pero no volveré a poner un pie en esta casa. Y que quede claro: estoy casada. Es lo que hay.

Emma se pinza la punta de la lengua, como para retirar de ella una mota de nicotina, lo hace con la misma suavidad con la que un niña deshoja una margarita silvestre, le quiero, no le quiero… ¿Has sido muy dura con él? Mejor. Cuanto más claras sean las cosas desde el principio menores los malentendidos. Y la oferta que le acaba de hacer es intolerable. Quizás con aquella primera vez hubiese sido suficiente, se dice, entregada a su silencio sacro ante el que Leandro sigue apostado, como el perro cazador lo está ante un ave a punto de levantar el vuelo. Mira sus zapatos tirados sobre la moqueta. Son bonitos, ¿cuántos centímetro de tacón? Los cambió antes de ir al hotel, se quitó sus planos Tods de piel marrón, los que le gustan a Cayo, que para eso ya eres alta amor, ¿para qué ir por ahí partiéndote la crisma? Pero a todos los hombres les deberían gustar las mujeres con tacones, con piernas largas, ¿no amor? Menos a Cayo porque no quiere a su mujer zancuda, la prefiere cómoda, sí Emma, sólo mía, sólo mía y no elevada para que todos te vean, que todos te desean, lo sé Emma. ¿Cuánto llevas gastado ese mes en ropa, en zapatos de tacón? Ni se ha dado cuenta, o no le importa. Sí, sí que son bonitos sus zapatos de charol granate, los mira, doscientos cuarenta euros de la American Express de Cayo. Al menos las tarjetas de crédito siempre se pueden sustituir cuando caducan; plástico, sólo es plástico…

—Te he dicho algo Emma. Algo importante, creo que podrías darme una respuesta. Llevas casi diez minutos callada mirando al infinito.

—Apaga esa televisión si quieres que te conteste, por favor.

—Lo está desde hace un buen rato.

Emma carraspea.

—Al menos dime que lo pensarás. Que necesitas un tiempo para tomar una decisión. Lo entenderé. Pero dime algo. Tú siempre has puesto las condiciones. Yo también tengo derecho a exigir algo a lo nuestro ¿no crees? Es mi vida también, Emma.

—¿Acaso estoy impidiendo que exijas algo a *tu* vida? —Emma apaga el cigarrillo con brusquedad. Ya no le apetece fumar.

—No, no es eso, y lo sabes. Pero estoy un poco cansado de este lugar, de no salir nunca a pasear contigo, de que llegues siempre tarde. Antes al menos salíamos por ahí, pero ahora ¿qué hacemos?

—Salíamos porque se suponía que me dirigías una tesis. ¿Qué

íbamos a decir ahora si nos vieran por ahí?

—Lo único bueno que él te pidió… Si al menos le hubieras hecho caso en eso y te hubieras matriculado en los cursos. Podrías haber hecho el paripé.

—Si quieres aprovecha tú también para decirme que soy un fiasco.

—¿Eso te dijo? —Leandro se lleva la mano al pelo—. Qué estúpido…

Emma no habla, no se mueve.

Leandro se levanta y le coge la mano. Su rostro se ha vuelto menos huesudo a la luz de la ventana. Es sólo un pequeño avance, le dice con el tono más suave con que es capaz de camuflar su desconcierto. Trasladar el chiringuito a su casa no cambiará mucho las cosas, pero necesitan mover ficha, no pueden quedarse eternamente en ese hacer nada.

Chiringuito, mover ficha… qué horribles expresiones…

—¿No vas a decir nada, Emma?

—No lo sé, Leandro. Puede que tengas razón, sí, puede que la tengas. Déjame que piense, hace mucho que no lo hago. Creo que estoy perdiendo capacidad para tomar decisiones. Yo antes era decidida. Creía saber qué quería de la vida…

—Y aún eres así, Emma —la interrumpe—. No te mortifiques. Las cosas son más sencillas de como las imaginas. Podrían serlo si no lo impidieras. Sólo tienes que poner un poco de orden en tus prioridades.

Se da cuenta de que lo que acaba de decir compromete su futuro. Pero continúa:

—Emma, tienes que tomar una decisión. Lo sabes. Piénsalo al menos. Sólo te pido eso.

Permanece callada mientras se vuelve hacia esa ventana por la que se desliza el murmullo apagado y lejano de los transeúntes:

—Pensar… Ya. ¿Sabes qué ocurre cuando uno deja de pensar, Leandro? No, claro que no lo sabes. El gran y genuino maestro del autocontrol, el *milcarreras*, don cerebrito. Me he ido de Guatemala a Guatepeor…

Comienza a reírse.

Él se calla.

La risa desaparece. Se frota el cuello, lo mira y se dice: ¿por qué haces eso Emma…? ¿Cómo puede quererme Leandro, si soy insoportable, si yo misma me aborrezco?

—Perdóname Leandro —se acerca a él y lo abraza, como una niña, aunque esta vez no hay truco por medio, ni lugar para el juego.

Él la aprieta contra sí, con todo el cariño del que se sabe capaz:

—No te preocupes, Emma. No me hagas caso —se rinde—. Quedémonos un rato más aquí, tranquilos, sin hacer nada. Ya lo pensarás. En el fondo no hay prisa. No sé por qué me he empeñado en hablar de ello. He roto el pacto. Lo siento. Ven Emma, ven.

Ella se acalda sobre su pecho, sumida en una especie de sopor fatigoso. Leandro aprieta al azar sobre el botón de un canal cualquiera. *…se juntan las dos bases de bizcocho con mucho cuidado para que las fresas no se caigan…* El chef pasea su arte y su atuendo de revolucionario maoísta por ese pequeño laboratorio donde se podrían realizar pruebas nucleares. Al chocolate derretido encargado de pegar las partes de la tarta, solapa algún chiste medio gracioso. Emma… Leandro la sujeta, pegada a sus costillas, para que no se mueva, que no se desparrame, como las fresas de ese suculento pastel que están en equilibrio inestable… *Tachánnnn…* se enorgullece el cocinero, *unas velitas y un maravilloso pastel para cualquier celebración…* No quiere correr riesgos. Quizás más adelante. Sí, puede que aún haya un tiempo para ellos, un tiempo para celebrar algo con una tarta parecida a la que acaba de componer ese cocinero chistoso delante de sus narices.

Suspira y cambia el canal.

13

Están todos en silencio. Martín yendo y viniendo por la habitación, los otros a la espera de que éste apoye la decisión de Bego. No es fundamental, no lo es y todos lo saben. Se hará lo que ella diga. Pero el consenso sin fisuras facilita las cosas. Además Bego tiene razón, sí, siempre la tiene, parece mentira, se dice Zabala que piensa que la respuesta de Martín se está haciendo esperar. Enciende un pitillo y lo esconde detrás de su pierna que forma un triángulo contra la pared.

Daños colaterales. Por la patria. Todos debemos estar unidos en algo así, ha insistido Bego. Pero la mayoría son cobardes como ese de ahí, dijo señalando el zulo.

Jerónimo se revuelve por el suelo terroso. Me van a matar… Se ríe, y al hacerlo siente pena de sí mismo. Que siempre te quedas en el plano inicial de las cosas y que las cosas no son siempre blanco o negro, le suele decir Pili. Pues eso me gustaría ahora Pili, no tener razón, pero ¿qué gris puede haber aquí? En ese cajón de dos por dos en donde lo han vuelto a lanzar como a un fardo, o como a un pollo deshuesado. Negro, muy negro Pilutxi. ¡Sacadme de aquí!, berrea.

—¿Es que ése de ahí no se va a callar de una puta vez? —Dice Martín.

—¡Tú! —Le ordena Begoña a Antxo—, baja y dile a ese cabrón que se calle o lo subo aquí ahora mismo y le pegaré el tiro antes de que tenga tiempo de acordarse otra vez de su puta madre… ¡Y tú! —ahora es a Zabala a quien está mirando— ¿Qué le has contado para que esté así?

La pierna empieza a dolerle, Zabala la baja, cambiando el peso del cuerpo. Se ladea como una barca escorada:

—Nada, no le he dicho nada. Pero lo sabe. Igual se oye algo desde ahí.

Señala el lavabo.

Bego parece satisfecha con la respuesta. Levanta la vista hacia Antxo que ya está bajando las escaleras:

—Y dile que si es un buen *euskaldun*, como decía antes, ahí afuera, dile que en vez de llorar como un crío debería estar contento de morir por su patria. ¡Díselo! ¡Y que se calle, hostia!

Bego se sirve una copa de algo que hay sobre la mesa, pega un

buen trago y cuando deja caer el vaso dice:

—Venderían a sus madres si fuera necesario.

Ni que ella no sufriera, ¿no se había sacrificado ya lo suficiente por toda esa pandilla de quejicas? Lo dice como si más bien se tratara de una confesión. Son tantos los que se dicen hermanos ¿y luego qué? A la hora de la verdad, ¿qué ha tenido que hacer la mayoría por la patria? Nada. Resopla, luego se frota la frente y levanta de ahí el flequillo terco que ha vuelto a desparramarse sobre ella. ¿Porque acaso este país lo componen cuatro pelagatos con pancartitas?, dice. ¡No, claro! Menos mal que hay gente como ellos. Los mira uno a uno, trazando un círculo con el índice. Porque los demás… los demás se quedan en sus casas ¿eso hacen, no? En sus jodidas casas, esperando, ¿y a qué? Pues esperando a que *ellos* que se la juegan cada día, a que *nosotros* (y el dedo girando y girando) hagamos lo imposible por devolver las suelas de sus zapatos a la tierra liberada con la que sólo se atreven a soñar, pero por la que no son capaces de ofrecer ni un puto sacrificio:

—¡Y si no, mirad a ese! —Dice, señalando el zulo.

Jerónimo se acurruca contra una esquina. No puede ponerse de pie. Y ese olor a moho… Oye unos pasos.

—¡Sacadme de aquí! Por favor…

La puerta se abre. No es su carcelero, es otro. El tipo se remanga la camisa.

—¿Es que no te vas a callar mamón?

¿Qué va a hacer? ¡No! ¡Por favor! Jerónimo se parapeta tras los dos codos para esquivar los golpes. Por favor, por favor… Mete la cabeza entre las piernas. No más, me voy a callar, no más. Se acurruca. Me voy a callar…

—Más te vale—. Y se va.

Tenías razón Zubi, tenías razón, esto no hay quien lo aguante…

Mientras, Bego ha encendido un cigarro. ¿Tiene ella la culpa de que las cosas no siempre salgan como se planearon? les dice echando el humo. No, no la tiene. A ella tampoco le hace gracia cargarse a… a ese de ahí, pero las cosas son como son, ¿no? Y Jone y los suyos, ahora a negociar. ¿Dónde está el coraje del pueblo? Ni un mínimo de dignidad. No, que no cuenten con ella para esa mierda, después de tantos años, de tanto sacrificio. No queda más remedio que ir hasta el final, ¿no? ¿Estamos, ¿no?

Asentimiento general.

—Pues me gustaría verlo. Lloraríais como ese inútil de ahí, estoy segura.

Se vuelve a servir un trago, sólo dos dedos, todavía hay que terminar lo que han empezado y salir de ahí.

—Ya se ha callado —dice Antxo que estaba de pie, escuchándola, frotándose el puño de la mano derecha—. Estaba histérico el mamón —. Un escupitajo del tamaño de un satélite vuela hasta el hogar de la chimenea, donde las llamas parecen hervir con más vigor. Antxo se sienta.

Bego teclea sobre la mesa un compás arrítmico con sus dedos de uñas arrasadas, su cabeza pequeña de modelo frustrada recogida en la otra mano. Zabala la mira, embobado. Entonces ella levanta el vaso, por Jone, y por ése de ahí abajo, dice con desprecio, ¡va por ellos!, por los traidores de la patria… Vuelve a llevarse a la boca el licor al que da un trago generoso, esta vez ya no vuelca la cabeza hacia atrás al exhalar el aire sino todo el cuerpo, lo que provoca que la silla se recline peligrosamente.

—*Aitá*, estarías orgulloso de mí. Yo no te abandonaré.

Los otros la miran con frágil curiosidad. Endereza la silla. Les habla sin mirarlos. ¿Vosotros fuisteis al parque con vuestros *aitás?* ¿Os llevaron? Silencio. ¿Os llevaron o no? Sí que os llevaron. Como a los demás jodidos niños. Pues a mí no. A ella no. Se ríe, meneando la cabeza, sin camuflar el desprecio que siente en ese momento por todo.

Zabala cruza los brazos sobre el tórax. No lo sabía, lo de su padre. Que estuvo preso sí, claro, eso todos los saben, pero ¿tanto tiempo…?

—Hay días en los que pienso que esa gente no nos merece —dice Bego, señalando el zulo.

Replegado sobre sus rodillas, la espalda apoyada contra la pared, Jerónimo se friega las mejillas entumecidas, se chupa los labios hinchados. Le gustaría oler el frescor de afuera, ojalá no le descerrajen el tiro ahí mismo… ¿Y si ya es de noche? Nunca le ha gustado la noche, desde que era pequeño le da miedo. Le gustaría verlos una vez más… A Pili, a los niños, a los colegas. Se chupa la parte superior de los labios, para calmar la quemazón. Me van a matar, repite como un mantra, como si debiera utilizar el tiempo que le queda para prepararse. Pero ¿cuánto tiempo le queda? Se pone a sollozar de nuevo. Deja caer su cabeza, que se cuela entre las dos rodillas, los brazos como descolgados del cuerpo aunque unidos a él se arrastran a los lados, tocan el suelo, se deshacen ahí: un fiambre humano abatido frente a un paredón alumbrado por una triste bombilla. Me van a matar.

Bego pasea el dedo por los bordes del vaso y se lleva el índice a la boca para chupar la gota que se ha quedado ahí, adherida. Ceder,

negociar, dice, y acabarán pidiendo perdón… Lo que les faltaba, tener que pedir perdón:

—Como Batxoki… ¡traidor! Y ahora Jone… ¡traidor! No, que no cuenten conmigo —levanta su vaso, los otros la imitan, pero no chocan, todavía no—. Tu sangre, nuestra sangre *aitá*, correrá por una nueva *Euskal Herrira.* Te sacaré de ahí, te lo juro, *aitá,* y pasearemos juntos por el pueblo, en la plaza por las tardes.

—Joder, ¡*Gora Euskadi askatuta*! —Grita entonces Martín, apretando la mandíbula. Los labios le tiemblan.

Una chispa ilumina la mirada de Bego. Chocan los vasos. Bego levanta la cabeza hacia el techo, la cola de caballo se queda como suspendida hacia abajo, perpendicular al suelo de piedra renegrida. Zabala, que no se ha movido de su esquina, la mira embelesado, sin reparar ya en su indiscreción. Le humilla saberse parte de esos cobardes a los que ella acaba de acusar, porque él también está asustado, sí, como el de ahí abajo. Se vuelve a cruzar de brazos y se rasca detrás de la oreja, no le pica nada, pero no importa, se rasca como si padeciera algún picor en los nervios. Su bautizo. Lo van a poner a prueba. Nadie se mueve aún. Las brasas candentes han ganado el pulso a las llamas, brasas del tamaño de un buen pedrusco que colorean de un rojo intenso el hogar en el que se están deshaciendo con lentitud. Un pedazo de tronco se separa del resto y cae sobre el costado con un ruido seco, extirpándolos de esa especie de éxtasis colectivo.

—¡Súbelo, Zabala! Cuanto antes salgamos de esta madriguera mejor.

Martín y Antxo se levantan casi a la vez.

Zabala choca su puño contra la palma, ¡vamos!, se anima.

Baja al zulo.

—¡Tú!, levanta.

Nada se mueve. Se agacha y agarrándolo por las axilas endereza el esqueleto de Jerónimo que responde al gesto, como si le resultara igual de fácil obedecer que no hacerlo.

—No me matéis.

—Calla.

Lo sujeta, le sacude el polvo, el barro, sin entender por qué puñetera razón se ha puesto a acicalarlo, como si lo fuera a presentar en sociedad. ¡Ponte recto joder! Le ata las manos tras la espalda con el mismo pedazo de cuerda que usó esa mañana. Aprieta el nudo, pero el hombre no se inmuta. Se retira el sudor de la frente y respira hondo. Le coloca de nuevo la venda sobre los ojos. ¡Camina! Tropiezan. ¡He

dicho que camines! Le sudan las manos. Estás preparado Zabala, tú puedes, eres un *gudari*, eres un *gudari*, se repite mientras suben. Abre el maletero bajo la mirada de los otros. ¡Ahí dentro, joder! Y lo empuja.

De nuevo la penumbra. Jerónimo intenta abrir los ojos, pero no puede. Su cuerpo es como una masa gelatinosa, ya no se golpea con cada bache. Debe de ser tarde ¿qué hora será? ¿Habrán llegado a casa los niños? Hoy acaban tarde por el baloncesto y el fútbol. ¿Qué tal habrá jugado el Iker? Iker…

—*Aitá,* es para solidarizarme con Rafa… Que no es baja, que es que Joseba no le deja…

—Mira, tú no líes las cosas ¿eh hijo? Ya te he dicho que hablaremos. Pero más tarde. Y ve a por tu mochila. Si quieres podemos invitar a Rafa el domingo. Puedo hablar con Dolores. Pero no te metas donde no te llaman. Deja a Joseba que haga lo que tenga que hacer y no te metas ¿vale? ¿Pero qué lleváis ahí piedras o qué? Y anda, ven aquí, ya te puedes ir preparando que os voy a golear, os vais a enterar el domingo tú y tu amigo Rafa de quién es aquí el crack de todos los tiempos.

—Sí ya *aitá*, que ya te gustaría golearnos, que ya estás muy carroza.

—¿Carroza?, ¿viejo yo?, verás que os voy a panear.

—De eso nada te vamos a panear Rafa y yo, miamigoyyo.

—Eso ya lo veremos.

—Que miamigoeselmejor…

Jerónimo se ahoga con los hipos. Las lágrimas empapan la venda. Hijo… El traqueteo ahora es más suave. Lo mece. Aprieta los ojos con fuerza. Pili… piensa en sus ojos, como los de Iker, en su pelo negro y sus labios con esa risa escandalosa que siempre acaba por hacerlos reír a todos. Pilutxi… mucha dinamita, pero en el fondo es un pedazo de pan, su Pilutxi, su anguila de pies fríos. La frente le arde. ¿Verá los folletos? Le hubiera gustado tanto llevarla de viaje. Se mueve de un lado hacia otro. Le gustaría dormir. Dormir… ahora que sabe que lo van a matar.

Entonces pega un grito. Un alarido como de animal.

14

—¡Menudo susto me ha dado!

El bedel levanta los hombros, impasible, mientras le comunica a Anselmo que la comida está a punto de terminar. Bien, contesta Anselmo, bien. Recoloca sus gafitas. Estaba intentado descansar cinco minutos, le dice a ese hombre esquilmado de carnes. Como si a mí me fuera a importar, parece querer decir el otro con un mohín desabrido, acompañando el incomprensible monosílabo con un gesto de insecto. Anselmo se deja conducir hasta la puerta de la Cámara de Comercio, allí se despiden sin más pompa que un adusto subir y bajar de mentones casi gemelo.

A ver si Ricardo no tarda, piensa Anselmo mientras se resguarda en el coche. Café, qué bien. Pega un trago. Ana, seguro que ha sido ella la del café. Al tragar arruga los ojos y la boca, es una mueca natural y seca que acompaña sus degluciones. Esta Ana vale mucho, feúcha pero con buenas tetas, y al menos no se cree la puñetera hermanita de la caridad, como Ricardo. Pero mejor es no pensar en ello. Arruga el vaso y lo deja en el lateral de la puerta del coche. Su nariz también se arruga, como el vaso. Ha posado los discursos sobre sus pequeñas rodillas de adolescente, los ha repasado y ha anotado algún cambio, sutiles y casi imperceptibles variaciones pero que él considera fundamentales. Juegos de palabras. Le gusta hacer eso. Como cuando redactaba en la facultad la gacetilla aquella, ese profesor, Palazuelos, lo llamaba *maximizar las posibilidades del discurso*. Sonríe con nostalgia, mientras pasea su pesada pluma por las hojas. Tocar las entrañas, ahí está el meollo del asunto, las entrañas… Relee. Ok, dice satisfecho.

Consulta su reloj. Ricardo debe de estar al caer. Bosteza. Abre la portilla del coche y sale de él, enciende un pitillo mientras repasa mentalmente la información: al parecer el hombre descrito es un vecino del testigo que presenció el forcejeo, que se llama… estruja los párpados mientras da otra calada. Que se llama… ¡Maldita memoria!

Saca la *blackberry*, lo hace con la misma habilidad con la que un vaquero desenfundaría su Colt. A ver si alguien sabe algo más, dice. Jerónimo Arrarte, eso, y ¿con la familia no han hablado? Ah, ¿que no respondían en su domicilio? Bueno, sí, que sigan al tanto de todo,

ordena. Mientras habla, camina como un zombi de un lado al otro de la acera, dando caladas impacientes al cigarrillo. ¿Y en el trabajo…? Hasta las seis nada…, claro, claro, estira la muñeca, de nuevo la esfera negra plagada de números, de símbolos, de cronómetros. Esperaremos, ok. Introduce la *blackberry* en el bolsillo de la chaqueta, de nuevo parece que le faltara un gatillo, para hacerla girar ¡ale hop! y el Colt al cinturón. Incrusta la colilla en los adoquines con el talón y se vuelve a refugiar en el coche. Ricardo no tardará. Se acalda como si no conociera a la perfección el tacto de ese respaldo. Sospechas, sólo sospechas de momento. Pero, claro también sospecharon de lo de Pablo. Y de lo de Aranguren… Vuelve a sus papeles manoseados, pasando las hojas del discurso. Se emplea en la tarea con un desinterés que manifiesta el excesivo ruido que realiza al pasar las páginas, como para evitar el incómodo embrollo mental. Y Jiménez hablando ayer de reagrupaciones, de revisar la vía… Se ríe. Reclina la cabeza, los párpados que de nuevo se cierran, en un duermevela que de ningún modo le permite evadirse del contacto de ese sillón del coche que recoge últimamente sus fatigas más que su propio colchón. No, no es un extraterrestre, aunque a veces Ricardo pretenda hacérselo creer con esas peroratas sobre apaches y vaqueros en las que Ricardo siempre lleva la medalla de *sheriff*. Pues va a ser que Ricardo no se entera de nada, carajo… ¡Apoyar a Jiménez! ¡Enfrentarse a las víctimas! Cambiar el relato… Traición: es lo único que entenderían. Porque eso es lo que sería. Además, ¿qué relato? Que lo cambien ellos primero, que cedan, que se entreguen, que para eso lo han llenado de pólvora y de amenazas durante todos esos años. Rubiales se creerá muy listo, pretendiendo ponerse a los nacionalistas de su lado. Pues a lo mejor ahora el tiro va y le sale por la culata…

La puerta del coche se abre. Anselmo se sobresalta, una ráfaga de aire húmedo inunda el aire viciado del coche.

—¿Te he asustado?

—¿Qué? No, nada… ¿Ya estás aquí? Estaba medio… estaba tratando de echar una cabezada —le dice mientras retira de su nariz la montura de aluminio y se pasa el índice y el pulgar por el caballete—. ¿Cómo fue?

—Bien, bien.

Le ordena a Julio poner el coche en marcha con un rotundo ¡vamos!, mientras Ricardo se acomoda a su lado con destreza. Parece más tranquilo, buen signo, esperará a que comience él a hablar.

Ricardo no tarda en hacerlo:

—Bueno, todo según lo esperado —resopla—. Se supone que

debería tener superado lo de estas jornadas maratonianas, y sin embargo… —bosteza y aprovecha para frotarse con energía toda la cara—. Cuéntame. ¿Qué tenemos? Dime que nada o algo bueno.

Anselmo le resume lo que sabe y le tiende el manojo de papeles con el discurso.

—Vaya… O sea que seguimos más o menos igual.

—Pues sí, manejando sospechas. Aunque bastante claras, me temo.

—Nunca nos había pasado esto, un mitin y aún estamos a vueltas con lo que vamos a decir.

—El famoso factor sorpresa… Esta endiablada profesión siempre le sorprende a uno, y supongo que es una de las razones por la que nos gusta tanto, ¿no crees?

Ricardo deja escapar un monosílabo turbio en guisa de respuesta. Ha reclinado la cabeza y ahora apoya sus manos, entrelazadas, sobre los botones de la chaqueta que no se ha quitado. Vuelve a bostezar:

—Me han llenado la cabeza de cifras… —se frota las sienes—. Bueno, ya hemos improvisado, acuérdate del congreso aquel en Rusia.

Anselmo acoge con estupor ese repentino cambio de escenario, sí se acuerda, claro:

—Para salvarles el pellejo a los de la petrolera. Tú y yo cazando renos en medio de la estepa, con el tal Yurisnipov ése, ¡increíble!

Se ríen.

—Salvamos la situación —dice Ricardo—, pero acuérdate qué mal lo pasamos en aquella avioneta.

—Tú y tus vértigos… Porque yo no lo pasé tan mal.

—Bueno, mis vértigos y que era la segunda vez en mi vida que cogía un arma. A ti al menos te sirvió el curso aquel de entrenamiento de tiro que hiciste, pero yo, que lo único que he cazado en mi vida han sido conejos en el pueblo ¡y con hurones!

—Bueno, no lo hiciste mal, Ricardo… no te vieron el moratón del hombro, y hasta casi matas a Bambi.

Anselmo se lleva las manos al corazón. Parpadea y simulando candidez contesta:

—Muy gracioso… Y por cierto, si no ganamos no te preocupes por tu futuro, te he apuntado a un programa de esos de la televisión; creo que te van a soltar en una isla con diez especímenes del mundo de la farándula. Seguro que sobrevives con tus dotes de Robinson Crusoe, o más bien de Rambo.

—Bueno, si hay tías buenas… Siempre las hay en esos programas.

Ricardo sonríe en voz baja. Tías buenas… Pues yo no me fiaría nunca de un tipo que no piensa mas que en política y en mujeres, le

dijo una vez ella. Y él contestó: pues que a un político le interese la política digo yo que no está tan mal, ¿no crees Flaca?, y lo de las mujeres, pues, no sé, tampoco es tan raro, supongo. No, no lo es cuando se es tan aburrido, egoísta y pervertido como Anselmo. ¡No te pases Flaca!

Suena el móvil de Anselmo. Ricardo aprovecha y rebusca en la chaqueta sus gafas que desenfunda con una premeditada lentitud para echar un vistazo al discurso. El otro cuelga enseguida:

—Nada, sin grandes novedades. Pero seguimos en contacto con el concejal. Comenzaremos según lo programado, ya sabes, subiré al estrado para ponerte al corriente de las novedades si es que las hay. En el peor de los casos tocará improvisar, y si no, pues lee esto —le señala el texto—, pero que parezca que nos enteramos sobre la marcha, el impacto será mayor. Mira, en el fondo me voy a alegrar de que no dijeras nada antes a esos.

Ricardo toma el papel y comienza a leer las líneas marcadas con rojo sangre.

—En cualquier caso Rubiales y los suyos se verán obligados a comparecer, o a emitir un comunicado, algo con tal de salir del paso en el informativo de esta noche. Vamos, que les obligaremos a hacer exactamente lo que no quieren.

—Menos mal que tú tienes fe en vuestros planes, es todo un consuelo, porque yo…

Anselmo se le encara con recelo. No, no va a empezar otra vez con las mismas tonterías.

—Estás cansado, eso es todo.

—Sí, estoy cansado… —reconoce sin titubeos Ricardo.

—Pues piensa que sólo queda esto y luego *terminé,* podrás volver a casa unas horas.

—Esa es la mejor oferta que me han hecho desde hace unos cuantos días.

—Pues déjame decirte que no eres el único que tiene ganas, créeme. Todos necesitamos esas horas de descanso.

Durante unos minutos permanecen en silencio. Es como una tregua que ambos respetan hasta que llegan a su destino: el Palacio Euskalduna.

—Te voy a dejar un momento —Anselmo recoge los papeles, los ordena en el maletín—. Pasa al camerino, tómate una tila, haré que te la manden, y te veo dentro de un momento.

Les abren la puerta del coche y ambos salen sin mirarse.

El camerino improvisado tiene olor a moqueta rancia. En breve

vendrán para maquillarlo. Se ha negado muchas veces a pasar por ese desagradable momento, *el momento pringues,* como lo ha bautizado, pero ha sido en vano. Ahora obedece con resignación a la maquilladora empeñada en quitarle diez años de encima, tarea para lo cual hoy deberá afanarse más de lo normal. Unos cuantos golpecillos de esponja, presume que para tapar las ojeras, y cuatro brochazos que casi desparraman la tila sobre sus pantalones, un poco de cubre ojeras y listo. Pero antes debe mirarse en el espejo y dar su aprobación. Claro, claro, está bien, muy bien, gracias. Viejo, así te has visto Ricardo. Seguro que a ella ya no le gusto. No se ha cuidado. ¿Cuántos años te has puesto encima de golpe, Ricardo? Y ella, en cambio… ella está igual que cuando la conoció. Muy bien, le repite a la amable maquilladora, que le dejen unos minutos, le ruega. Para descansar.

—Ricardo.

—¿Mmmm?

Anselmo le está sacudiendo con delicadeza el hombro izquierdo mientras se agacha para situarse a la altura de su oído.

—Ricardo, te has dormido.

—Sí, bueno, sólo han sido unos minutos —consulta su reloj—. Sí, sólo diez minutos… —repite una vez que lo ha comprobado—. Pero me han venido bien, lo necesitaba. ¿Están todos?

Anselmo asiente. Ricardo estira su traje, bebe agua y dice ¡vamos allá!

El Palacio Euskalduna es un bullir de cabezas, los aplausos se sobreponen a esa horrible musiquita que a esas alturas de la campaña ya no aguanta y que suena a trompicones. Nada más poner un pie en el pabellón estallan los gritos: ¡Presidente! ¡Presidente! Las voces corean ese estribillo acompañando el baile de banderolas y de carteles puestos en alto, como si peinaran el aire. Ricardo une entonces sus puños y los levanta, triunfal, mientras baja por las gradas, con agilidad. Esas clases de yoga Ricardo, qué bien te sientan… Llega hasta el estrado, ahí lo esperan las sonrisas beatíficas de Iturri, de Anselmo, de Ozores… ¡Presidente! ¡Presidente! Se une a ellos en un abrazo mil veces repetido, la música, los gritos, los confetis. Busca la luz de los focos, la necesita, esa indecente irradiación que viste el ambiente de fiesta pero que a él le ayuda sobre todo a neutralizar su mente.

A no pensar.

Después de presentar al candidato Iturri, se sienta en primera fila, atento a sus palabras. Se suceden aplausos y sonrisas lanzadas hacia

las gradas que rebosan de gente, porque nunca ha sido un problema llenar esos templos de la devoción. En breve te va a tocar Ricardo, soltarás ese discurso manido y machacarás un poco a la oposición con lo del rumor, lo harás bien Ricardo, y es sólo un rumor, nada más, seguro que no es nada. Encontrarán a ese tal Jerónimo Arrarte, y tú a lo que has venido, a los votos.

Nueva tanda de aplausos.

Sube al estrado, abrazos a Iturri, y a los demás.

Comienza a hablar. Lee. Más aplausos. Cada vez que levanta la vista su mirada se estampa contra las caras lechosas y el pastiche de cientos de sonrisas convenientemente contratadas que lo miran. Candidaaato, candidaaato oe, oe, oeeee… Traga saliva. Hila frases que conoce de memoria, lo hace con una calculada maestría. Anselmo asiente. Va bien, aunque… aunque no está cómodo. ¿Habrán rebajado la potencia de la luz? Levanta la vista. No, no parece. Mira de nuevo el auditorio. Se queda como hipnotizado por el gran rostro anónimo que lo contempla como si fuera una especie de mesías. Mientras afirma con la cabeza, se moja los labios. Anselmo cruza las piernas, carraspea. ¿Por dónde iba? Aquí. ¡… nuestro proyecto es claro, nosotros no vamos a engañar a nadie, de eso podéis estar seguros…! Aplausos. Bien, agua. ¿Hace calor? Estira el cuello de su camisa. Anselmo se remueve sobre su silla, y mira, furtivo hacia sus compañeros, hacia el público. Entra la musiquilla.

Vamos Ricardo. Céntrate.

15

—Y fíjate bien por donde entras —le ha dicho Bego a Martín.

El coche frena en seco. Jerónimo se ha golpeado de nuevo contra una de las paredes del maletero.

—¡Sacadlo de ahí! ¡Rápido!

Están en una especie de claro que bordea un camino de tierra lleno de baches infernales, como si éstos fueran necesarios para trazar la difícil geometría de ese lugar perdido. La luz es una luz de escape, que huye hacia la espesura del bosque.

Bego ojea su reloj y le hace signo con los dedos a Martín.

—Sí, dos horitas como mucho y se habrá enterado todo hijo de vecino —dice Martín que también echa un vistazo a su reloj.

—Eso es mucho —asevera Bego.

—Pues llamamos ya. Hace mucho que no les mandábamos un regalito así. Y les jodemos el puto mitin.

Y mientras dice esto levanta el cuello de la chaqueta, luego saca del bolsillo un móvil y marca un número.

—Mejor, que vean hasta donde llega nuestra paciencia —Bego pega un portazo, levanta la barbilla, sus ojos centellean y al hacerlo parecen más chicos —. Y a ver si les queda claro de una jodida vez quién marca aquí las reglas.

Abren la puerta de esa madriguera improvisada y lo extirpan de ella. El aire huele bien, Jerónimo levanta el morro para vaciar los pulmones apestados todavía por las emanaciones de la gasolina.

El tal Zabala lo sujeta por un brazo.

—Me llamo Jerónimo —dice entonces, sollozando—. Jerónimo Arrarte. Para cuando llaméis.

Ella le lanza un manotazo directo a la cabeza. Zabala tira con arrojo de su codo.

Inician la marcha en procesión, pero sin orden. El único protocolo lo marca Jerónimo, sin Zabala a su lado no podría caminar. Algunas hojas se resquebrajan bajo los pies de la extraña comitiva pero la mayoría de ellas forma una masa pastosa: hojas de roble, de haya y de fresnos que se pegan a las suelas de las botas.

Jerónimo tropieza varias veces por culpa de sus zapatillas desgastadas. Resbala. Mucho. Lo llega a saber y se pone sus botas de

montaña, las que me regaló Pili. Se ríe, de repente. Se ríe. Es atroz. Avanza a trompicones, empujado por Zabala, que lo guía como quien lleva a un niño de la mano con prisas y se siente obligado a tirar de vez en cuando de él.

—¡Que camine más rápido! —Ordena ella.

—No puede —contesta, Zabala— tiene los ojos vendados.

Bego se detiene, sigue dándole la espalda. El más mínimo comentario expresado en forma de disculpa hacia la víctima significa tratar de justificar su inocencia, es también una muestra irrevocable de un carácter débil y no apto para la lucha. ¿Cuántas veces se lo había oído decir a ella en los entrenamientos?

—He dicho que camine más rápido.

Zabala pega otro tirón al brazo de Jerónimo. Aligera, le susurra, y mientras da la orden nota cómo su respiración se vuelve más pesada, es como si sus pulmones se hubieran declarado en huelga. ¿Pero qué le está ocurriendo…? Respira, vamos, Zabala, respira…

Sí, respira, eso es, se dice mientras estira de nuevo el cuello de la camisa, aunque a esas alturas de la campaña ya no le aprieta; pero lo manda de paseo hacia adelante, lejos de su garganta seca. Recuerda las lecciones de Mabel, Ricardo, el aire por la nariz y lo expulsas por el mismo sitio. Vacía los pulmones… Así Ricardo, así. ¡… y niños escolarizados en el idioma que sus padres elijan con libertad…! El pabellón ruge, ¡… y en un estado democrático, en donde todos los ciudadanos tengamos los mismos derechos, y os aseguro que n-o-e-s-n-e-g-o-c-i-a-b-l-e! La marabunta se pone en pie, suenan pitidos y gritos. Mantén la vista al frente Ricardo. Así Ricardo, al frente.

Sí, mira al frente. Eso es Zabala… Su marcha va unida a la de Jerónimo, como el paso marcial que se ajusta al del instrumento. Se le nubla la vista. Parpadea. Vamos, tú no eres un cobarde, vas a hacer lo que te pide ella. Sí, lo harás Zabala… Se seca la palma de la mano que le queda libre, pegándola y restregándola con sigilo por el tejido del pantalón. La causa, Zabala, la lucha, ¿es que acaso lo has olvidado ya? El viento del Norte se ha alzado y le raspa la piel, el viento arisco como un guante de púas.

Se restriega la mano húmeda por la frente. ¡No! ¿Qué has hecho Ricardo? No deberías hacer eso, lo van a notar. A lo lejos sobresalen unos tipos enfrascados en trajes oscuros, están apostados frente a las salidas, son como sombras que lo distraen. Iturri, sentado junto a Anselmo no parece percatarse de los cambios de postura de su vecino que en todo caso seguro que achacaría a esa silla plegable demasiado dura. No, nadie parece notar ese cruzar y descruzar las piernas de

Anselmo que a Ricardo lo está sacando de quicio. ¡… y por encima de todo, respetando los derechos constitucionales! Entra la horrible música, está bien, otro respiro. Bebe agua. Las cientos de gorras idénticas van mudando de la cabeza a las rodillas. El bochorno es desconcertante, pero él necesita más luz ¿qué pasa con la puñetera luz? Pega otro sorbo al agua, le tiembla la mano. ¿Cuándo va a subir Anselmo? Otro falso aviso, seguro que eso es todo, mira al frente Ricardo ¡… mirando hacia delante, sólo así construiremos un país del que todos nos podamos sentir orgullosos, sin mentiras, como las de este gobierno…! ¿Cómo dijo Anselmo que se llama el hombre? Jerónimo. Me llamo Jerónimo, repite el preso. Zabala se frota los ojos con la mano que le queda libre. Tira del antebrazo de Jerónimo, quisiera huir de ese pulso que brinca, pero no puede, no, sigue ahí, lo nota, ese latir de vida tenaz, vibrando por debajo de la chaqueta del preso. Contrae la mandíbula todo cuanto es capaz y tira de él. Vamos, Zabala, tú camina y deja de pensar, se dice. Sí, deja de darle vueltas a todo Ricardo y céntrate, que no está saliendo tan mal. Anselmo, Iturri, Campuzano, todos se han puesto en pie. Ricardo sonríe, ¿será posible que no te hayas enterado de lo que acabas de decir…? Las sillas vuelven a ser ocupadas por esos cientos de nalgas impacientes que habían sido propulsadas por lo que sea que acaba de soltar y que… ¡carajo, es increíble! no recuerda. Señala con el dedo el principio de un párrafo y prosigue. Los focos siguen despidiendo esos rayos demasiado tenues que se cuelan por el follaje creando una luz mágica. Han llegado al pie de un árbol, es un roble enorme, ha hecho bien Bego en elegir ese lugar. Bego le arrebata al preso. Lo arrima hacia el tronco, como una madre que acabara de sorprender a su hijo en falta y lo conduce a su habitación. Triste. Sí, muy triste Ricardo, que aún andes así, a estas alturas. Porque podías no haber aceptado la oferta de Orduña. Flaca, qué razón tenías, aquella noche en… ¿cómo se llamaba ese sitio…? Una náusea repentina lo sorprende, aprieta las mandíbulas. No, los otros no han visto nada. Tan sólo quedan unos cuantas formalidades y todo habrá acabado. Se agarra al atril. Se coloca a la distancia precisa del reo, como en los entrenamientos. Vas a pegar el tiro Zabala. ¡Vamos a ganar estas elecciones y a construir juntos la paaaz! Las gradas se deshacen en un aplauso, las banderolas se alzan, creando un cielo blanco, por el que se cuela un rayo de sol que ilumina a Jerónimo, de espaldas contra el muro de corcho en el que lo van a sacrificar. Ganaremos. Dispararás. Anselmo sube por fin, no tenemos nada nuevo Ricardo, adelante con el plan. La nube de confetis se desparrama sobre ellos, los rayos de sol retroceden para

sumir en la bruma el claro del bosque. Se lleva la mano al pecho, ¡cómo suda!, palpa con exageración la chaqueta para cerciorarse de que la pistola está en su sitio, intenta extraerla. Tranquilo Ricardo, no era nada, tranquilo Zabala, no será difícil. Anselmo lo mira. Bego lo mira. Que hables Ricardo. Que pegue el tiro ya, joder. Eres un líder Ricardo. Eres un *gudari* Asier.

¡Oe, oe, oe, oeee!

¡Mátalo ya!

¡Oe, oe, oe, oeee!

¡Mataaadme ya, hijos de puta! ¡Matadme ya…! Por favor… por favor…

Dame la pipa, joder.

¡Nooo...!

¡…oe, oeee!

—Vamos, que parece que va a llover otra vez —dice Bego enfundando el arma.

Anselmo acaba de subir al estrado.

—Joder, no era una falsa alarma, Ricardo. Lo han matado.

Una bala en el pecho, la otra en la cabeza. La tercera se ha hundido en el tronco del roble.

Ricardo se sostiene en el atril. Zabala no se mueve. La masa confusa, los compañeros con el rostro severo. Tiene que moverse, no puede quedarse ahí, todos mirándolo, paralizado tras el atril, doblado en dos en esa sopa de hojas sobre la que ha caído a cámara lenta.

Martín le tiende a Bego el paquete de tabaco.

—Hay que salir de aquí a toda hostia.

—Te dejo para que sigas, Ricardo.

Bego lo mira.

Anselmo lo mira.

—Un ciudadano inocente acaba de ser asesinado… —Ricardo se detiene, respira. No puede continuar. No sabe. Vamos Zabala, tienes que levantarte. Un niño que andaba encaramado a la espalda de ¿su padre? regresa al suelo, las manos se agarran a las gorras, las retuercen. Los otros siguen mirándolo.

—Lo siento.

—¿Lo siento? —Dice Anselmo.

—¿Lo siento? —Dice Bego con desprecio.

Zabala permanece de rodillas, postrado sobre el tapiz de hojas húmedas. Ricardo Bermúdez León, *el candidato*, baja del estrado ante la mirada perpleja de Anselmo, la mirada confusa de los miembros de su equipo.

—Ricardo, ¿qué estás haciendo? ¡Vuelve ahí inmediatamente! —le grita Anselmo que ha salido tras él, al tiempo que trata de disimular lo forzoso de su carrera mirando hacia el público, como si pidiera disculpas—. No puedes irte así. ¡Vuelve a subir ahí ahora mismo!

—No voy a hacerlo.

—¡Levántate! —Insiste ella.

Anselmo regresa al pabellón, con el portazo aún retumbando en sus lentes. Ha subido al estrado, ha disuelto el acto en nombre de la víctima y está anunciando que el candidato, terriblemente afectado por la gravedad de los hechos, ha preferido cancelar su agenda para atender a la familia de la víctima.

—Lo van a llevar al Hospital de Cruces. Vamos para allá Ricardo. ¡Ahora!

—¡He dicho que ahora! —Repite Bego.

Zabala se levanta tirando de su carne y de sus huesos forzando a la gravedad.

El grupo marcha en cortejo, taciturno, como haría un puñado de hinchas a la salida de un estadio donde su equipo acaba de perder. Zabala, rezagado. Ricardo, mudo.

16

—No es por nada, pero hoy las mechas de Nines te han quedado ideales, Pili.

—La verdad es que sí, gracias guapa. Pero no creas ¿eh? ya sabemos como es la mujer… —Pili coge la escoba—. No quería darse el baño de color ni a tiros… —Está terminando de barrer los pelillos que corren por las baldosas dispuestos a refugiarse tercamente en las esquinas invisibles.

—¿Seguro que no te ayudo a recoger…? —Nekane se ha vuelto hacia ella—. Deja, que tampoco tengo tanta prisa, en serio, la consulta es a las seis y sólo tardo cinco minutos en llegar. Además, seguro que llevarán retraso, como siempre. ¡Hay que fastidiarse con estos médicos, que parece que sólo cuenta su tiempo!

La mujer se atusa la melena que tiene un color indescriptible, un popurrí de mechas de varios tonos; su chicle rosa explota tras haber parido una pompa insonora que parece decepcionarla. Pili se apoya sobre el palo de la escoba, la observa con ternura y le hace signo con la mano, como espantándola o como si estuviera ahuyentando mosquitos. Hala, que se marche, no sea que por una vez vayan en hora. Ya barre ella, ¡pues no lo había hecho veces ni nada!

—Que yo he librado medio día, y además, como si ahora por ser la encargada no pudiera recoger cuatro pelos… —insiste Pili.

—Va, gracias guapa —contesta Nekane enfundando su cuerpo de pajarillo en un abrigo naranja—. La verdad, me da pena por la tía de Remedios, que esté enferma y esas cosas, pero ya podía tener Remedios más tías pachuchas a las que visitar…

Ambas se solapan en una risa cómplice.

—Anda, *agur*, vete ya y que no sea nada.

Las seis y media pasadas. Debe darse prisa o llegará tarde al colegio y me niego a que se me acumulen las tareas, hoy por fin van a desvelar la gran incógnita: ¿se casará Santi con Paloma? Por nada del mundo se perdería el capítulo.

Mueve las sillas y las coloca bien alineadas, frente al gran espejo, se estira los rizos que se le han apelmazado con tanto gel. Brilla, está bonito. Echa un vistazo al salón, lo ve en ese reflejo quieto y vacío, es como si reposara de tanta conspiración.

Todo en orden.

Se pone la tres cuartos pardusca y coge el bolso. ¡Uy! el paraguas… Casi se va sin él. Extrae de su bolso el teléfono mientras abre la puerta de la peluquería con el pie. Apoya la cadera y luego el hombro, para que no se le caiga encima esa hoja de cristal que pesa como un muerto.

Vaya, la pantalla del móvil está muy negra. Aprieta compulsivamente las teclas para que se ilumine. ¿Está cegata o qué? A tu edad, pronto empiezas. Y ahora que lo piensa, qué raro que no haya sonado en todo el día… Se golpea la frente con cierta clemencia, ¡pero si lo dejó apagado! Aprieta el botón. Pero ¡qué boba! Dos llamadas de un número raro… y de hace unos pocos minutos… Será Jero que se habrá olvidado el móvil. Tendrá que grabar el número de la nave, nunca lo reconoce. Guarda el teléfono en un costado del bolso, para tenerlo a mano, por si acaso.

El colegio. Los niños esperan ya en la puerta con los amigos, a cierta distancia el uno del otro. Levanta la mano. Ellos la han visto y se acercan. La niña es la primera, la niña y su sonrisa. Y su hombrezuelo, encorvado en una postura que no le deja avanzar con más rapidez, la niñez camuflada en ese chándal cinco tallas más grande. Pili sonríe al ver las manos de su hijo inutilizadas porque están enterradas o aprisionadas en dos enormes bolsillos que las protegen de la vergüenza y del pudor que le produce caminar en esa frágil línea que se extiende entre la mirada amorosa que ella no puede evitar dejar escapar y la del juicio de sus amigos.

—¡Hola chicos! ¿Qué tal ha ido todo?

Le planta a la niña un beso en las mejillas sonrosadas, como las de los personajes de los dibujos japoneses. Iker esquiva, como un cabezazo a portería, esa demostración de cariño. Bueno, pues al menos en casa le dará un beso ¿no?, le dice entre divertida y ofendida.

—¿Nos compras algo para merendar? —Reclama la pequeña, mientras agarra el bajo del abrigo de su madre, tirando de él hacia el suelo y pegándose a su pierna.

Los viernes hay que aprovechar, es cuando la *amatxo* está más contenta y casi siempre la convencen para hacer un alto en la panadería.

—¿Está buena, hija? —Pili le acaricia la espalda, por encima del anorak, tan acolchado que le hace parecerse a una bombona de butano.

—Sí. ¿Quieres? —La niña le tiende el bollo apachurrado entre dos servilletas de papel.

—No, gracias cariño.

A lo lejos se ve el parque, casi desnudo; se acercan al ritmo de sus confidencias, de los relatos del día entrecortados por los piques fraternos, que me des de tu *donuts* o no te vuelvo a dejar probar nuuunca más mi napolitana. Tonto. Egoísta. Niiiñoooos.

—Mira mamá, el coche del *aitá*.

—Pues sí, qué raro… —Pili se acerca y echa un vistazo al interior. ¿Qué hará ahí aparcado? ¿A esa hora…? ¿Y ese montón de revistas de viaje…? Vaya… El pestillo no está echado.

—Vamos niños, vamos… —los empuja, como a un rebaño.

Acelera el paso hasta el portal, vamos peques, vamos. Los barre hacia el ascensor y aprieta al número cinco con insistencia.

—¡Jo!, me tocaba a mí darle al botón… —protesta la pequeña.

—Mañana.

Abre la puerta de su casa y nada más entrar lanza sobre la silla su abrigo y el bolso. ¿Pero qué demonios hará el coche ahí a esa hora…? ¡Hale, hale niños!, les ordena con voz de mando, a la habitación a hacer los deberes un rato que mañana vamos donde la *aitona*. Suerte que obedecen. Marca el número de teléfono que ha quedado grabado en su móvil, escucha los tonos mientras enrolla y desenrolla el cable retorcido, pellizcando ese muelle blandengue que atrapan sus dedos. Por fin alguien descuelga.

—¿Sí…? —Es la voz de un hombre.

—Hola, mire… verá… tengo grabado este número en el móvil y…

—¿Pili…?

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Gorka.

—¡Aaah! ¡Gooorka!

Se deja caer en el brazo del sillón. Examina sus uñas, están muy largas, se las tendrá que cortar…

—Sí, te llamé yo, un par de veces —prosigue el otro.

—¿Cómo va todo?

A lo mejor me las pinto de azul, ¿le gustarán a Jero las uñas azules? Bueno, y si no le gustan que se aguante. Arranca una cutícula con los dientes.

—Es que como Jero no ha aparecido por el curro y tampoco coge el teléfono…

Pili retira el dedo de sus labios.

—Nada, que quería saber si le pasaba algo. ¿Está por ahí? Pásame a ese impresentable, anda Pili.

—Vaya —ahora Pili frunce el ceño—. Pues creí que estaba

trabajando. No sé..., le habrá surgido algo... —Se pone en pie y camina en círculos chiquitos, sobre sí misma—. La verdad es que he tenido todo el día el móvil apagado.

—Ya. Bueno, tendría algo importante que hacer y se le pasó avisar. Cuando aparezca el sinvergüenza ése dale una colleja de mi parte. Y dile que la próxima vez que se vaya de picos pardos, que al menos te avise a ti. *Agur* Pili.

—Sí, sí, *agur* Gorka. Y gracias.

La casa está sin hacer. ¿Será posible? Comienza a ahuecar los almohadones del sofá. Los levanta y los sacude como si fueran panderetas. Las cáscaras de pipa salen desperdigadas. Se agacha para recoger las que están en el suelo. ¿Igual le dio demasiada lata con lo de los amigotes? La verdad es que estuviste muy antipática, Pili. Pero anda que dejarlo todo así... Se yergue y posa sobre la mesita un puñado de cáscaras secas. No sería la primera vez que un marido se larga de la noche a la mañana, que son muy quejicas y es que o se hacen las cosas a su gusto... pero ¿qué estás diciendo Pili? Aunque reconoce que últimamente estás muy gruñona, igual te has pasado. Sacude la cabeza. Bobadas. Coloca las revistas en la balda que hay bajo la mesa. Algo le habrá sucedido y no habrá tenido tiempo de llamar, será eso. Va de la mesa que hace las veces de comedor hacia la ventana. Aparta el visillo para comprobar si sigue allí el coche. Igual se le acabó la batería del móvil... Se pone de puntillas y pega el rostro todo lo que puede contra el cristal frío que se llena de vaho casi de inmediato, su angustia va creciendo, igualito a cómo lo hace esa mancha de vaho. Nada, el coche está demasiado alejado, no tiene ángulo, no lo ve.

Se dirige hacia la puerta de la habitación de los niños de la que sólo se desprende una sigilosa calma. ¿Están haciendo la tarea? Sí mamá..., pero yo tengo que leer contigo. Luego, luego... que ahora tiene que hacer cosas, que se quede ahí jugando un rato, ya la avisará cuando termine, leeremos juntas. Regresa al salón. Quizás debería bajar a la calle para inspeccionar el coche. Busca las llaves sobre el aparador de la entrada. No están. Abre la puerta del armarito que hace tiempo le hizo Iker por el día de la madre y en la que aún se puede leer: *Para ke guardes tus secretos, te kiero. Iker.* Las llaves no están. Y en la cocina los tazones de la leche siguen amontonados en el fregadero. Una mancha parda, de chocolate, adherida a la mesa y migas por toda la superficie. Pero ¿cómo se ha ido así, sin recoger?, ¿y el coche? ? ¿Qué pintan todos esos folletos en el asiento del coche? ¡Madre mía! Ayer te pasaste Pili, estuviste muy bruta. Aunque

tampoco fue para tanto. Zubi. Claro, Zubi. A ver si él sabe algo ¡Qué tontería! ¿Cómo se iba a marchar? ¡Jesús! Cuando regrese se le va a caer el pelo. Otra vez el teléfono. ¿Hola? ¿Zubi? Sí, Pili, ¿oye, tú sabes dónde anda Jero?

Zubi no sabe. No fue al Txoco esa mañana. También le extrañó. Ya, dice Pili, con los brazos enganchados al estómago. Gracias, *agur, agur*. La televisión. ¿Dónde está el puñetero mando? A ver si se distrae algo con ese programa mientras arregla la casa. El volumen así, para no molestar a los niños. Se te va a caer el pelo, Jero. Un informativo… qué raro… ¿a esas horas? ¡Joder, otro secuestro! El timbre del teléfono. Se lanza sobre él, sin importarle tropezar, como si por descolgarlo con más brío fuera a obtener lo que quiere, que no es otra cosa que oír la voz de Jero explicándole lo que le ha ocurrido. Ay Jero, hoy sí se te cae el pelo, que hay que ver cómo me has dejado la casa y el disgusto que me estás…

—Buenas tardes, ¿hablo con la esposa de Jerónimo Arrarte? ¿Es usted Pilar Fernández?

—Sí, soy yo.

La voz no le resulta familiar.

—Mire, me alegro de encontrarla…

—¿Quién es…?

—Verá, hemos intentado hablar con usted un par de veces a lo largo de la tarde. Pero… disculpe, ¿está sola? ¿Hay alguien con usted?

—Estoy con mis hijos… —y cuando responde se da cuenta de que no tiene por qué hacerlo, es un desconocido, ni se ha presentado—. ¿Pero que quién es? ¿Y cómo que si estoy sola?

—Sí, claro… Disculpe, soy, el Secretario del Ministerio del Interior…

—¿El secretario…? —Se sienta sobre el brazo del sofá, mirando fijamente a la pantalla de televisión—. ¿Interior? ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa aquí?

—Mire Pilar, antes que nada, sepa que hemos avisado a su vecina. ¿Está con usted?

Mientras descolgaba el aparato sonó el timbre de la puerta. Fueron los niños quienes abrieron. ¡Hala, a la tarea niños!, decía con voz enérgica Fernanda entrando como un torbellino, con las mejillas tan espesas de colorete que parecían moldeadas en arcilla. Miró hacia la televisión encendida y se precipitó sobre el mando farfullando: malditos aparatos que no hay quien los entienda.

«…la víctima ha sido encontrada…»

—Oiga ¿sigue usted ahí...?

Pili se pasa la mano por la frente, se está corriendo todo el maquillaje:

—¿Qué está pasando aquí? —Balbucea.

—Mire Pilar… siento tener que decirle esto —quien sea no pretende resultar lastimoso pero lo es, sí, y mucho—. Verá, lo sentimos mucho, está yendo hacia su casa ahora mismo nuestra gente, para atenderla a usted y a los suyos…

—¡Pero qué ha pasado, por Dios! —Pili ha gritado, sujetando con ambas manos el auricular, sin dejar de mirar a la pantalla de la televisión—. ¡Oiga me está poniendo nerviosa! ¿Dónde está mi marido? ¿Qué ocurre?

«…la víctima, Jerónimo Arrarte, era…».

El teléfono cae al suelo, y se golpea. Fernanda lo recoge.

—Soy la vecina. Estoy con ella, pero haga el favor de mandar cuanto antes a quien sea porque a ver cómo vamos a hacernos cargo de esta mierda.

Una mano ruda, como de hormigón, cuelga el auricular. Esa misma mano recoje la cabeza de Pili y la coloca contra su hombro para ayudarla a sentarse.

Pili, hija… Pili…

—¿Jero…?

¡Ay Pili! Hija…

—Fernanda, ¿qué han dicho?

Fernanda la sienta en el sofá. Pili, Pili… Se abraza a ella. Pili…

—Y yo que pensé que se había largado ¿sabes? Qué tontería, ¿no? ¿Sabes que los viernes son mi día preferido, Fernanda? Los viernes, sí por la serie, y porque libro en el salón, ya lo sabes, y esta mañana estuvo bien ¿sabes? Fui por ahí con Nekane y… Ni siquiera le di un beso esta mañana, Fernanda, habíamos discutido ayer, por una tontería. Fernanda ¿qué pasa? ¿Dónde está mi Jero?

Fernanda la acaricia y la sostiene sin atreverse a llorar, ea, ea, mi niña, ea, tragándose las lágrimas porque Pili aún no ha llorado. Escucha esas frases inconexas que Pili sigue recitando entre silencios atroces. La niña, tengo que leer con ella pero ¿dónde está Jero…? Ea, ea. Sus cuerpos se balancean hacia delante y hacia atrás, delante, atrás. El repiqueteo de las agujas del reloj de pared que les regalaron para su boda —ese armazón de caoba rematado con guirnaldas de estaño— se entromete groseramente, como si el tiempo quisiera tener más protagonismo antes de que Pili emerja de no se sabe dónde con los llantos, el ruido, lo que sea; todo menos esa atroz lentitud de los minutos, ese silencio al que pone fin, menos mal, el timbre de la

puerta.

—Voy a abrir cariño, ahora mismito vuelvo ¿vale cariño?

Entran varios policías y una mujer. Es alta, lleva una gabardina color camel. Mira a Pili y estira su mano frente a ella, la palma bien abierta, que no se levante, por favor, faltaría más, le dice. Posa su gabardina y el bolso sobre una silla y se acerca con ese paso que tienen los visitantes de los museos: las manos entrelazadas, colocadas a la altura del ombligo. Se sienta junto a Pili. Me llamo Ana María, le dice, Pilar, soy Ana María y estoy aquí para ayudarte, puedes llorar, gritar, lo necesitarás, respira, eso es, así, así, lo que ella quiera, porque nadie la va a forzar a hacer algo que no desee. Así que Pili obedece sin saberlo, delante, atrás, sigue con el meneo ese y no hace nada más, sólo respirar, como le está indicando esa desconocida; respirar y escuchar o hacer como que escucha ese caudal de medicina que pueden ser las palabras y que se estampan con suavidad en la corteza de su cerebro endurecido o bloqueado, o qué sabe ella, mientras dice: Jero, creí que te habías ido, ¿cómo he podido? Jero, yo era tu anguila…

La doctora sentada frente a ella, la mira fijamente a los ojos, lo hace con toda la familiaridad con la que es capaz de impregnar su gesto de desconocida.

Fernanda se tapa la boca. La doctora sigue hablando.

—Pilar, escúchame Pilar, hay una cosa importante que tienes que hacer —la doctora le coge las manos— . Es importante, mírame Pilar.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Pili, hija, mira a la doctora. Es por tu bien.

La doctora le dirige un gesto de agradecimiento a Fernanda y prosigue:

—Escúchame Pili. Sé que esto es duro, pero vas a tener que decírselo a tus hijos —lo dice con una extremada suavidad, su voz es como el digestivo después de una comida pesada, pero a Pili nunca le funcionan esos orujos y licores que la dejan más alelada que otra cosa.

Tendrán que ir al hospital, le explica la doctora con ese vocabulario de experta, y los niños deberán acompañarla, ya son mayores. Ellos los ayudarán con todo lo demás, pero es importante que los niños vean a su padre.

—¿Me oyes Pili?

Pili sigue inmóvil, las pupilas en las de la doctora, tratando de mantenerlas ahí por medio de un esfuerzo colosal, como si intuyera que es lo que debe hacer.

—Todo lo demás… —dice.

La doctora aprieta sus manos, Pili baja entonces el rostro, lo gira un poco mirando a ninguna parte, a menos que el vacío pueda hablar y confirme lo contrario:

—¿Dónde está?

—Está en el hospital. Sé que esto es muy duro, lo sabemos Pili —le aprieta las manos de nuevo, con delicadeza—. Mírame Pili. Eso es. Ve y habla con ellos. Nosotros os conduciremos hasta allí. Os podréis despedir, es importante.

—Despedirnos…

No, esos no eran sus planes. ¿Por qué hoy?, el viernes es su día preferido.

—Sabemos que esto es muy duro. Pero ahora debes pensar también en tus hijos, Pili. Nos puedes dar los números de tus familiares más cercanos, nosotros nos ocuparemos de llamar. Que vayan al hospital. Vas a necesitar su apoyo. Pero ahora escucha Pili —otro delicado apretón de manos que sobresalen entre las suyas, menudas pero impregnadas de un coraje y un saber hacer capaz de recoger con creces el pulso febril de su paciente que parece encontrar algo en ese contacto porque no las retira—, ve a buscar a los niños y habla con ellos. Estaremos aquí para lo que quieras.

Pili sacude la cabeza. Se deshace del contacto de esas manos protectoras y se levanta. Cruza los brazos sobre su pecho y se encamina hacia el pasillo. Levanta la espalda.

La niña, Iker. Pobrecillos…

Y en ese momento dos lágrimas que se resistían a caer ruedan por sus mejillas rosadas de polvos que se había aplicado para que cuando él volviera le dijera ¡guapa! Se las retira con la palma, rápidamente, como si no tuviera derecho a ello, porque sus niños son los que ahora la necesitan, eso ha dicho la doctora.

La puerta de la habitación está abierta. Vaya… Pili avanza con la sensación de hacerlo en contra de su corazón, se agota por el esfuerzo que supone dar un paso transportando un músculo que siente enorme, tanto que le parece que sus costillas fueran a volar en pedazos. La puerta está abierta. Iker está apostado frente a la ventana, de espaldas a la puerta, la frente adherida al frío cristal.

—Hijos…

La niña está sentada en el suelo, jugando con una muñeca, acariciando su pelo de plástico satinado. Los rizos morenos ¡qué suaves son los bucles de su niña! le tapan la carita volcada hacia las rayas del parqué; no la levanta para evitar mirar o para evitar hacer algo, porque ¿qué va a hacer con ocho años? ¿qué puede hacer?:

peinar a su muñeca y llorar.

—Dice Iker que el *aitá* está muerto.

—Hijos…

Los policías y el resto del equipo, Fernanda la vecina y la amiga, prefieren mirar a un punto fijo, lejano, como si esa especie de ausencia forzada fuera a alejarlos del calvario que los primeros conocen demasiado bien, pero al que no se acostumbrarán nunca, y en el que la segunda se ha visto forzada a participar por pura humanidad.

Salen de la habitación los tres, Pili y los dos hijos de Jerónimo, prietos entre sí, formando una piña. Pili marca el paso y mantiene el rostro alto, firme, mientras sus brazos agarran los cuerpos de sus dos pequeños.

—Estamos listos.

Los suben a un coche. Pili se sobresalta con el ruido de la puerta. Se recuesta con sus hijos adheridos a la ropa. Cierra los ojos. Es como si de golpe no hubiera nada, salvo su propia fuerza sosteniendo toda la existencia: sus hijos dentro de ella, esos dos cuerpecillos cuyo latir puede sentir otra vez en el revés de su piel. Las patadas, los hipos, toca Jero, le decía ella loca por la emoción, toca, mira, aquí, un pie ¿lo notas Jero?

El paisaje traidor los va transportando lejos, lejos de su casa.

Mira, Jero, ¿lo notas? Menuda risa la que le daba y ¡qué ojos los que ponía! Que me das envidia chata, mucha envidia, déjame Pilutxi, que te toque la barriga otra vez, aquí, aquí, el pie ¿o es la mano? ¡Qué pasada Pili! ¡Pero qué pasada!

Piliylosniños. Las tres respiraciones en una, mientras caminan hacia una despedida intolerable, cruzando calles, bulevares, saltando semáforos en rojo. ¿Y ahora qué será de nosotros? El vacío ya es enorme. Duele. Se muerde los labios. Pasa sus manos por las cabezas de sus dos criaturas, por el pelo aún revuelto y húmedo por los juegos de esa tarde. *Haurtxo polita sehaskan dago…*, les canta. Se agarra a ellos y les canta: *…zapi xuritan txit bero…* los dos cuerpecillos tibios, solapados a ella, y canta, canta o tararea, o musita para ellos, para sus niños, esas nanas de cuando eran chicos *…txacur haundia etorriko da…* Tengo que ponerlos a salvo de todo esto. ¿Cómo lo hará? ¡Dios mío! ¿cómo podré ayudarles? *…egin agudo lo, lo, lo.*

El coche se detiene frente a la puerta del hospital. Un tumulto de cámaras de televisión, de periodistas, de curiosos, de vecinos. Qué desgracia… Si ni siquiera era el que buscaban… Qué desgracia… con dos hijos… pobrecilla.

La doctora, la tal Ana María, y otros dos, ¿estaban en el piso?, los

conducen por puertas que se abren y cierran a ráfagas. El decorado se sucede de sala en sala, de pasillo en pasillo: muros blancos, asépticos, suelos ¿de qué…? Suelos. Un celador, con el uniforme azul de soldado en perpetua lucha contra la enfermedad les indica que lo sigan, los llevará hacia donde está el cadáver. La doctora lo mira con un gesto severo que el otro recibe con vergüenza pero sin pronunciar palabra. ¿El cadáver…? repite Pili hacia sus adentros mientras aprieta sus dos manos sobre las cabezas de sus hijos, justo a la altura de los oídos.

Todo es confuso, luces, caras que los persiguen con ojos extraviados, como en esas películas en que la lentitud buscada precede al clímax. Piliylosniños avanza, donde la llevan, hacia esa puerta del fondo, como de un barco o de un submarino, con sus dos ojos de buey.

Que nos dejen solos.

…*egin agudo lo, lo, lo*…

17

—Hola Anabel.

—Hola.

—¿No vas a preguntarme qué he hecho hoy?

—Qué has hecho hoy.

—He comido con Xavi —Marta posa la bandeja con la merienda.

Se acerca a ella, le planta un beso en la frente. Luego se endereza, los brazos cruzados sobre el pecho, la mira de reojo. Al cabo de unos segundos se sienta y comienza a acariciarle el pelo.

—¿Tienes hambre?

No espera respuesta, o más bien no le interesa, será la misma de siempre: no, no tengo hambre. Pero le da igual, le obligará a tomarse la merienda. Que se beba la leche, al menos eso. Se desenrolla la bufanda kilométrica como tejida por una abuela entrañable, ha sido mi prenda estrella este invierno, le dice, y la lanza sobre el sillón de cuero que Carmela ha colocado junto a la ventana porque Anabel le dijo: y si esos médicos lo consiguen, pues al menos podré usar los brazos para impulsarme ¿no?, que los hay que hasta han subido al Himalaya sólo con sus brazos. ¿Y Carmela qué dijo? Pues que mi niña va a ir al Himalaya y donde ella quiera, pero de momento vamos a poner aquí esta butaca porque dentro de nada podrás sentarte en ella y mirar por la ventana.

Marta remueve el café, ha tenido un día un poco pesado en el súper, la verdad, lo dice casi con tedio, la Vane andaba pachucha, así que le ha tocado reponer género y atender las cajas a la vez.

—Ah —ofrece Anabel como toda respuesta.

—Pero al menos pude comer con Xavi.

Se lo ha contado, que tiene novio. No estaba segura de querer hacerlo, porque después de que ella lo dejara con Asier lo pasó tan mal, la pobre… Pero Carmela la animó a que lo hiciera, no la podemos proteger tanto. Además hay que tener temas con los que distraerse y Anabel no es precisamente una gran conversadora desde el accidente.

Se remanga el jersey demasiado largo y sopla sobre la leche. Se ha pasado con el micro-ondas. La mira. ¿Está distinta hoy o son sólo las ganas que tiene de creerlo? Pues Adrián va a tener razón. ¡Ay! si

intentara ser un poquito como antes, la más divertida de la pandilla. ¡Con esas payasadas, esas muecas que ponía! y un punto gamberra. A veces un poco malhumorada, y eso, por desgracia, es lo único que ahora asoma de su carácter. Marta gira la pequeña cuchara con parsimonia. Su amiga del alma, son como hermanas. Pero como siga con eso…, con esa cara y esos silencios… Su ong, en eso se va a convertir su amiga del alma, ¡qué mal rollo! Posa el vaso y abre el paquete de galletas. Ahora, que la culpa no será suya desde luego, porque vale que lo de Anabel es horrible… pero, en fin… que lleva casi un año ya con sus: sí, no, bueno, a veces, vale… Marta se detiene un instante en esa delicada tarea que supone extraer las galletas de la funda de plástico sin que se raje por varios lados. ¡Ayy!, suspira, la quiere como siempre pero se aburre con ella.

—Anda, bebe la leche, está calentita, le he puesto la puntita de descafeinado y mucho azúcar.

Anabel traga un buen sorbo sin rechistar. Marta lo posa sobre la bandeja y con una servilleta de papel le limpia las comisuras de los labios que le parecen más finos que de costumbre.

—Tienes los labios secos, te pondré vaselina —abre el cajón de la mesilla—. No te muevas.

—No te preocupes que no me moveré…

Marta ya no entra al trapo.

—¿Cómo está Xavi?

Marta se yergue. ¿Ha dicho Xavi…? Desenrosca la tapa de la vaselina y se la aplica con esmero por los labios acartonados.

—*Dabuten,* Xavi está *dabuten,* y se alegrará de que le comente que has preguntado por él.

Anabel ha aceptado la respuesta con una espartana indiferencia que Marta interpreta como un avance porque cuando habla de Xavi o de esos, ella pone cara de cabreo y… Vamos, que no hablan de ellos. Marta cierra el bote y abre el cajón para guardarlo. ¿Podrá contarle algún día a Anabel que muere por los huesos de Xavi?, ¿que la pone a cien? Si no fuera por el maldito accidente… Coge de nuevo la leche y la derrama en la boca de su amiga, como esas aves que introducen el alimento en el buche de sus crías con experta maestría. Luego se dedica a perseguir en el vaso un pedazo de galleta desintegrada y se la come ante la indiferencia de Anabel, acostumbradas como han estado siempre a compartir sus meriendas o algún que otro ligue. Se limpia los dedos mojados con la esquina de la servilleta. Le obliga a terminar el café, evitando el fondo en donde reposa una cama de migas de galleta. Deja que el líquido se deslice con suavidad para que no se

mezcle con ese lecho viscoso.

—Eso de Xavi que has dicho… vaya, que me lo voy a tomar como una declaración de intenciones, sobre todo dado lo mucho que te interesan últimamente los de la cuadrilla.

—Era por decir algo. Me importan una mierda —responde casi automáticamente Anabel.

—Mira, si vas a empezar así, cojo mis cosas y me piro. Está tu padre abajo así que puedo hacerlo tranquilamente.

Marta hace ademán de dirigirse hacia la butaca.

—Perdooona.

Marta, que estaba ya de espaldas a la enferma, se queda quieta. Sorprendida. Anabel ha pedido perdón… No, no iba a irse. Sólo era una amenaza. Esperaba recibir un sonido por toda respuesta que le hubiera bastado para no marchar de ahí, a pesar de que no le faltan ganas. Tiene cosas que hacer y está cansada. Pero no, no la iba a dejar porque en el fondo Anabel tiene todo el derecho del mundo a estar de uñas con el universo y ella es su hermana, y sólo intenta que no se venga abajo del todo, que olvide su historia por un rato, porque eso no puede ser bueno, estar todo el día dándole al tarro, con lo del accidente, y con lo de Asier. No, no puede ser bueno.

—Además, tienes razón Marta. A ti no te puedo esconder nada. Eres la única que me trata más o menos como siempre.

—Bueeeno… —dice la amiga, arrastrando esa vocal con júbilo, sentándose de nuevo en la silla de la que se había levantado para hacer más efectiva la amenaza—. Cuéntame entonces qué te ocurre para que tengas hoy esta cara tan de puta madre.

—Tampoco estoy tan bien ¿eh?

—¡Eeeh! —Amenaza Marta.

—Vale, vale…—recula Anabel—. La verdad, no estoy muy segura, pero antes, mientras la *amatxo* me leía la novela, no me he enterado ni del título la verdad, creo que es de la tal Ana María Matute esa…

—¿La de la vaca está triste, muje lastimera…?

—¡No bruta, esa era Gloria Fuertes! Bueno, el caso es que, cuando iba por un párrafo sobre una chica que decía, bueno da igual lo que decía, pero el caso es que me he acordado de…

Silencio.

—¿De...? —Marta le pasa la mano por el pelo, instándola a continuar.

—Pues de él, ya sabes. ¿Qué pasa? ¿por qué pones esa cara?

—No, es que, no sé… Me alegro pero… creí que… bueno creí que si se echaba al monte que no querrías saber nada de él. Y bueno, ya

sabes que no le hemos vuelto a ver el pelo desde que salió del hospital. Corren rumores, ya sabes… de que está metido hasta el cuello y eso.

Anabel se queda mirando fijamente al techo donde revolotea una mosca. Una mosca, vaya, deberían estar todas muertas, ya no es época de que anden por ahí. Metido hasta el cuello… Eso ha dicho Marta. El zumbido se hace más fuerte. Anabel cierra los ojos, para volver hacia atrás. Once meses atrás… Ellos dos en el coche, justo antes de pasar por Nendasque, cuando ella le dijo: ¡soy yo! ¿vale?, yo, Anabel, algo real contra un proyecto de mierda, una mierda de vida huyendo, ¿eso es lo que quieres Asier?, porque eso es lo que te propone Piru.

Fue entonces cuando él la miró de aquel modo y dijo: vale, yotambiéntequiero, rubia.

—Eh, ¿me oyes Anabel?

¡Qué tonta fue! Por creerlo. Que todo iba a terminar en ese momento, con ese yotambiéntequiero, rubia. Durante ese minúsculo espacio de tiempo, justo antes del volantazo, tuvo la certeza, sí que la tuvo, de que por fin había ganado la batalla. De que él, con aquella mirada y ese yotambiéntequiero le estaba diciendo sí, sí a olvidar todas esas ideas de Piru y de esos que no encajaban con la vida que ella le estaba proponiendo. Rubia. Mohicano. Y luego el volantazo.

La mosca se ha marchado por la puerta entreabierta. Abre los ojos.

—Sí Marta, te oigo.

—Pero oye, sólo son rumores —añade Marta, como si de repente se hubiera arrepentido de su anterior comentario.

—Ya, si lo sé, Marta. Sé que se fue con ellos. ¡Cambió tanto antes del accidente…! —Los labios tiemblan pero ella aguanta el pulso—. No sé, a veces pienso que acabó ahí por mi culpa, creo que de alguna manera soy responsable de haberle dado el último empujón, porque me puse muy pesada ¿sabes?

—Pero ¿qué dices Anabel?

— Le tomaba el pelo, creí que…, que era un juego… ¿sabes? Y yo creo que eso le molestó. Mucho. Yo no entendí que para él era muy serio. Me metía con Juantxo y… y cuando lo de Juantxo no supe escucharlo.

Le tiembla la voz.

—No fue tu culpa. Nada es tu culpa ¿vale Anabitxu?

Pero Anabel ya no la escucha. Sigue hablando. Como si lo necesitara:

—Con lo de Juantxo él estaba destrozado. Era como su hermano, pero a mí sólo me importaba él, ir por ahí de juerga. Asier lo estaba

pasando mal y no me di cuenta. Y luego, cuando lo mío, estuvo viniendo al hospital todas las tardes, todos los días Marta, pero yo…—comienza a llorar—. No sé, estaba demasiado cabreada. Y él también. Si pudiera hacer que volviera, convencerle de que salga de eso… Lo malo es… Lo malo es que mira lo que soy.

—Vale tía, no vas a correr un maratón, pero estás viva ¿no? Y si estás segura de quererle… pues genial ¿no? Él estaba colado por ti, de eso estoy segura. Yo también hablé mucho con él en el hospital. Me dijo que os casaríais, que él te cuidaría.

Anabel escucha, y a la vez que lo hace siente que algo se remueve por ahí, otra vez, como esa mañana.

—¿Te lo dijo? ¿En serio te dijo eso?

En ese momento Marta se arrepiente. Pero ya es muy tarde, no quiere que la sonrisa de Anabel marche de su rostro. Asiente con la cabeza.

—¿Le buscarás? ¿Me lo prometes Martuxi? ¿Irás a por él y le dirás que quiero verlo? En el fondo no ha pasado tanto tiempo.

—¡Claro que iré! No será tan difícil, siempre hay alguien por ahí que sabrá cómo dar con él. Lo encontraré, Anabel, y le diré que lo estás esperando. Lo convenceré para que venga y te escuche —aprieta su mano—. Y ahora ¿sabes qué vamos a hacer? Me vas a dejar que te ponga guapa. Y daremos una sorpresa a los papás. Te voy a dejar que ni una top model.

Anabel se ríe, lo hacen las dos juntas, como antes. Es una gran carcajada. Adrián, afanado en su tarea, luchando implacable contra el sudoku de máxima dificultad, tiende el oído hacia ese sonido celestial. ¿Será cierto? Sí, lo es, es la risa de Anabel que le devuelve al pasado, al feliz pasado en el que su niña llenaba con su alegría la casa. Las manos le tiemblan, el corazón también lo hace. Y Carmela por ahí…. Es como no estar asistiendo a su primeros pasos. Y Carmela por ahí… Se lo contaré en cuanto regrese. Hace amago de levantarse, quisiera subir pero, mejor no, no vaya a ser que… Se vuelve a sentar. Y sonríe.

—Y cuando termine de maquillarte te peinaré —dice Marta—. Ya te digo, te voy a dejar que ni la Pe.

Anabel se ríe, otra vez. Marta rebusca en el armarito de espejo del cuarto de baño, donde yacen abandonados los pinceles y las pinturas. Igual ya estará todo seco o duro, le grita Anabel. No importa, tiene algo de rímel en el bolso y una barra morada de labios muy, pero que muy favorecedora, ¡ah! y otra marrón, lo que mola es mezclarlas. Se pone de puntillas para asegurar que se lleva todos los maquillajes de Anabel, aunque no, no servirán de mucho dice arrugando la nariz.

—Voy por mi bolso.

Baja rauda, guiña un ojo a Adrián que la mira con extrañeza. Luego te cuento, le dice en voz baja y plantándole y beso. Sube veloz.

Adrián la mira desaparecer. Y Carmela que no está…

Lo compró el otro día, le dice mostrándole la barra de pintalabios, aún no sabe si le convence ese tono, pero igual si lo mezclan con el morado el efecto será la caña. Vuelve con el arsenal a la cama y se frota las manos.

—Manos a la obra.

Se sienta en la cama y comienza a escrutar el rostro de Anabel, preguntándose por dónde atacará primero y con qué colores va a maquillar la enfermedad pegada a ese bloque de piedra. Manos a la obra, dice.

—Marta…

—¿Mmmm...?

—Pon la televisión, por fa.

—Eshpea… —se retira el pincel de la boca y lo posa sobre la mesilla—. Voy a por pañuelos, me he pasado con la sombra de ojos.

Marta regresa del cuarto de baño con la caja de *kleenex,* la deja muy pegada al rostro de Anabel para que le resulte más cómodo cogerlos. Incorpora con suavidad a su amiga, la mantiene bien prieta entre las almohadas que ahueca y coloca con firmeza para que la contengan, para que pueda ver la televisión.

—Oye Marta, busca uno de esos programas de cotilleo. Me apetece enterarme de lo que pasa por ahí, que estoy desconectada… —y se sonríe de su tímido intento por empezar a relativizar sobre ciertas cosas.

—¡Si hasta estás jocosa! Bueeno, bueeno…

Pondrá lo que su amiga quiera, con tal de que siga así. ¿Qué hora es? Mira los números en la pantalla.

—Casi las siete. Te voy a poner este canal, ¿te parece? Mira, va a empezar el programa ese de las cajas. El otro día uno se llevó… ¡uy! qué raro… ¿noticias? ¿a esta hora? Será por lo de las elecciones, hay que ver qué pesados están. Bueno las dejo, que ahora empezará el programa —Marta se da la vuelta y camina de nuevo hacia la silla para seguir con su trabajo—. Pues lo que te decía, que el otro día un pavo de Toledo ganó…

—¡Sscchh..! —Le ordena Anabel.

«…la víctima estaba casada, tenía dos hijos de ocho y doce años…»

Marta se ha girado hacia donde mira su amiga. ¡Pero qué mala suerte! No, no, no, ni hablar, no aguará la fiesta con noticias de esas,

qué putada para el tío ese, pero ahora no es el momento. Voy a dejar esto y me levanto a por el mando, no pienso dejar que nos aguen la fiesta.

«La policía ya está buscando a los presuntos asesinos. Ha comenzado a distribuir fotos con el retrato robot elaborado gracias a la colaboración del ciudadano que presenció esta mañana el secuestro y que fue quien comunicó este hecho a la policía, que, inmediatamente se puso a investigar. Como les decimos, éste es el retrato robot del presunto terrorista que fue visto junto al coche de la víctima por última vez, aunque no se descarta que estuviera también implicada esta mujer, Begoña…»

Marta ha dejado caer la paleta de colores sobre la sábana que se ha manchado de violetas y ocres. Anabel ya no sonríe. Adiós al colorido de su piel, adiós a los colores de la temporada.

—Es Asier…

—Anabel, no, Anabel. Es sólo un retrato robot, puede que sea un error —le miente Marta que no puede creer, que no quiere creer que aquello sea cierto; no en ese preciso momento—. A lo mejor no es él, Anabitxu…

Miente y miente, porque sabía que estaba hasta el cuello y que no iba a poder devolvérselo, que nunca le permitirían salir, dejarlo todo. Hasta los de fuera conocen las reglas. Pero ¿por qué ese día? ¿por qué ese maldito día? Con lo guapa que la estaba dejando…

—Es por mi culpa. Es por mi…

—Anabel, basta de culparte.

—¿Basta? ¡¿Basta?! —Los ojos se abren, enormes—. ¡No basta Marta! ¡¡No basta joder!!—el grito es descomunal. Es como si todo el silencio penoso de esos once meses hubiera sido violado por ese alarido de bestia.

Adrián, que estaba acomodado en su sofá y en su recién estrenada ilusión, se levanta de un sobresalto para ir a ver qué ocurre.

—¡Eres una mentirosa! Asier nunca te dijo esas cosas. Era todo una asquerosa mentira. Queríais verme contenta ¿verdad? No os gusto así, no sabéis qué hacer conmigo ¿verdad? ¡Estoy harta de vuestras mentiras! ¡¡Hartaaa!!

Adrián ha subido a toda prisa y ahora resopla como si estuviera aprovechando los últimos gramos de oxígeno de una escafandra. Desde la puerta contempla a su hija que le dice con la mirada que no se acerque.

—No me quería… y ahora se ha cargado a un hombre —le sale una risa atroz—. Y ¿por qué? Porque estoy en esta cama, porque soy una asquerosa paralítica ¿me oís? ¿Es eso lo que no queríais oír, verdad?

¡Paralítica! ¿Creéis que soy tonta? Dime padre, dímelo. ¿Qué soy? Nunca caminaré, ni siquiera moveré los brazos ¿verdad?

Adrián no puede hablar. No puede.

—¡Contestadme…! Mis brazos *aitá*, mis brazos —comienza a llorar —. Ya no los moveré ¿verdad? ¿Qué os han dicho los médicos? ¡¡Que contestes *aitá*!!

Es Marta quien lo hace:

—Sí Anabitxu, sí. Ya no podrás… —y los sollozos ahogan el resto de la terrible verdad.

—¡Fuera! —Grita Anabel—. ¡Fuera de aquí!

Marta huye a refugiarse en los brazos de Adrián.

—Lo siento Adrián, lo siento.

Cierran la puerta. Se abrazan.

—No, no Marta, has hecho bien, tenía que oírlo. Se lo teníamos que decir. La dejaremos un rato, hasta que se calme, no te preocupes Marta, vete a casa. Yo subiré luego. O esperaré a Carmela. Hablaremos con ella los dos. Más tarde, más tarde…

Lentamente, el llanto histérico va cediendo; Anabel trata de controlar el temblor de sus labios mordiéndoselos hasta llegar a la sangre. Así que eso era: una conspiración, una enorme conspiración del mundo contra ella. ¡Si pudiera acompañar sus lágrimas con otras partes del cuerpo! No poder golpear la cama, patalear, encabritarse… Romper ese jarrón, deshacer la hilera de discos perfectamente ordenados. Pero se pudrirá en una cama, el resto de su vida, y él seguirá matando. *El etarra y la paralítica* ¡Qué historia más bonita!

—¡Madre! ¡Madre! —Aúlla—. ¡Ya tengo un título para tus jodidas novelas! ¿Me oyes madre?

Es como si su rostro se partiera en dos.

Silencio. Respira a trompicones. Un suave sollozo entorna sus párpados. Mueve la cabeza, de un lado a otro, de un lado a otro. La puede girar más de lo normal, ha trabajado mucho este ejercicio con Marga. Es el único movimiento que puede hacer. Le dijeron que quizás podría ir recuperando el movimiento en otras zonas del cuerpo. Mentira. Le dijeron que podría usar sus brazos. Mentira. Sólo puede mover la cabeza de un lado a otro. Le relaja hacerlo. De un lado a otro. A base de movimientos suaves, consigue colocar la barbilla a la altura del hombro.

Abre los ojos. La caja de *kleenex* se ha quedado abandonada por las prisas, junto a su barbilla. Mueve el cuello. Sin piernas, sin brazos. Así tendrá que vivir. Y ahora también sin él… Logra respirar con una cadencia más regular. Mira de nuevo la caja de pañuelos, luego mira

las almohadas. La caja y las almohadas. El hombro derecho, la caja y las almohadas. Con sus labios finos, dos orillas moradas teñidas por los colores de la temporada, comienza a sacar uno a uno los pañuelos. Con la lengua y con los dientes tritura los pañuelos que se convierten, poco a poco, en una pasta de celulosa. Le provoca arcadas, pero aguanta, puede hacerlo, y logra poco a poco formar una barrera, un tapón que le sella la garganta, la boca. Entonces mueve su cabeza, lejos, hacia el hombro izquierdo, ¡qué bien lo trabajó con Marga ese movimiento! Lejos, hacia las almohadas que se convierten en un muro contra el cual estampa su cara. Su nariz. Y cierra los ojos.

Sin piernas, sin brazos. Y ahora también sin él… ¿para qué quiere ya la vida?

18

Mientras caminaban hacia el coche, Ricardo evitó mirar a Anselmo de frente. Al menos tuvo el detalle de esperar a que estuvieran solos en el coche para soltarle la arenga. El mejor escenario para dar el empujón definitivo a las encuestas y él va y suelta aquello, o más bien, no suelta nada, lo amonestó Anselmo. ¿No se daba cuenta de lo que acababa de hacer? Ricardo sentía las gotas resbalar sobre su cuello, y las palmas de la mano húmedas. Apretó las mandíbulas. Mejor no hablar.

—Has desaprovechado la mejor ocasión que teníamos en mucho tiempo para dejar por los suelos al gobierno Ricardo, para responsabilizarlos de…

—¿De qué Anselmo…? —Gritó entonces—. Vamos dilo: ¿de un asesinato, de la muerte de un inocente? Ahora sí creo que has perdido completamente la cabeza.

Y Anselmo sigue con su perorata, a lo suyo.

—¡Pero no! Tú vas y te limitas a decir: esto es todo. Ya puestos podías haber dicho: eso es todo amiguitos, pero no se vayan que aún hay más —dice, como si definitivamente hubiera perdido la compostura—. ¿No?, ¡eso es todo amigos!, y te hubiera lanzado una zanahoria. De premio, ¡joder!

La saliva de Anselmo se estampa sobre el cristal. Reclinado sobre el cuero, Ricardo soporta el aguacero. Pero ¡qué carajo! no, Anselmo no siempre tiene razón. ¿Qué podía haberles dicho, eh Anselmo?, le dice desafiándolo, después de… ¡de semejante noticia! Posible secuestro… eso era lo que manejaban, posible secuestro, ¡pero no eso! Así que tampoco había estado tan mal su reacción, la gente comprenderá que estaba afectado:

—Porque se ha notado, ¿no?, que estoy afectado. Al menos dime que eso me ha salido bien ¿no crees? Y te recuerdo que yo también soy humano. Te lo recuerdo, por si lo olvidas ¡carajo!

Anselmo levanta los hombros, mira al suelo, va a decir algo pero Ricardo lo interrumpe:

—¿Cómo querías que reaccionara? ¿eh Anselmo? De un rumor a una muerte en menos que canta un gallo, y en mitad de una tregua que…

—¡¿Tregua?! ¡Ja!, ahora resulta que había tregua cuando hace un rato tú mismo decías que no te creías nada.

—¡Nadie estaba preparado para algo así! ¿De acuerdo? Dime que tú sí, ¡vamos dímelo!

Anselmo busca cómo contestar, razones que por una vez no parece tener. Entonces, como si de veras hubiera aceptado un empate técnico, dice bueno, vamos, está bien. Mira de reojo la *blackberry*, estamos agotados, y ahora toca arreglarlo. Suspiran. Los dos. Una tregua. Eso, una tregua. La *blackberry* vibrando. A este ni agua, musita Anselmo, mirando la pantalla. La *blackberry* vibrando. ¡Ah, Orduña!, a ver qué quiere. Se gira hacia Ricardo:

—Oye, ha llamado Manolo.

—Luego —le dice Ricardo con un gesto de la mano.

Anselmo asiente con la cabeza:

—¿Cuándo llegaremos, Julio?

—Diez minutos, don Anselmo.

Ok, pues fin de la tregua. Anselmo se pone a dar órdenes a Ricardo como una repetidora: tendrá que decir esto y lo otro, y ojo que estará trufado de prensa. Claro, claro, la prensa… repite maquinalmente Ricardo que ya ha perdido el poder de pensar o de discutir y trata de centrarse en lo que le dice Anselmo que ahora anda loco con el aparatito, frenético porque lo llaman de todos lados. ¿Cerezo...? Es Cerezo le dice a Ricardo tapando el auricular. Sí, claro, le contesta al tal Cerezo, sí, con Bermúdez, claro, está con él, claro, al hospital, ¿también estás ahí? Un silencio y Anselmo virado hacia Ricardo, hablando en voz muy baja:

—Te puedes imaginar que el pájaro este ya está en Cruces…

Destapa el auricular, ¿una exclusiva? Anselmo vuelve a mirar a Ricardo y levanta las cejas. Ricardo no se inmuta. Por supuesto, sí claro, pero a condición que… y explica pormenores a los que Ricardo no atiende porque los conoce demasiado bien. Cuelga. Otra llamada. Es Ana, ¿que has hablado con quién? Bien, bien, pásamelo. Mano sobre el auricular: es de Gobierno. Mirada fruncida de Ricardo. Susurro de Anselmo: deja, ya me ocupo yo.

—¿Y…?

—Pues si a nosotros nos ha cogido desprevenidos, imagínate al resto —dice Anselmo colgando—. Vamos, que la cosa está a nuestro favor.

Ricardo menea su cabeza que parece tambalear como la quilla de un barco a la deriva. A nuestro favor…, repite con amargura, sin esperar respuesta.

—Nos estamos volviendo locos.

El hospital. Ricardo respira. Cuanto antes termine con esa formalidad inevitable que su puesto y su decencia le obligan a llevar a cabo, antes podrá regresar. A casa.

—Lo has oído ¿no? —Pronuncia Anselmo con un temple agrio—. Va a venir con nosotros Cerezo, el de...

—Sí, lo he oído, y sé quién es Cerezo.

—Pues supondré que entonces también sabes lo que tienes que hacer.

Cerezo… Ese periodista, el que faltaba, esa rata… Salen del coche. Durante unos segundos, y mientras se estira la pernera pegada al muslo, Ricardo detiene la vista sobre el pabellón que se yergue ante ellos: el hospital de Cruces, con sus cientos de ventanas parejas que perforan las paredes de ladrillo es un mastodonte que en cualquier otra ocasión le resultaría sobrecogedor. Pero ni delante de este gigante parecen achantarse tu cabreo, tu desazón y tu rabia, Ricardo.

Un séquito de agentes de seguridad los está esperando. Avanzan con el gesto compungido, el lugar está minado de periodistas.

> *En estos momentos llega el candidato Bermúdez que se encontraba muy cerca celebrando el mitin de su partido cuando fue sorprendido por el brutal acontecimiento. «Señor Bermúdez ¿qué puede decirnos de esta terrible noticia?».*

Ricardo se detiene, responde a la masa de micrófonos y de grabadoras que se despliega ante su rostro. Contesta con pulcritud: hemos venido en cuanto nos han informado de la noticia, y por supuesto hemos anulado el mitin por respeto a la familia, estar aquí junto a las otras víctimas de este terrible suceso…

—Está bien, gracias —interrumpe Anselmo—. Dejen por favor pasar al señor Bermúdez.

Se agarra a su brazo, arrastrándolo lejos de la horda de reporteros.

Unos médicos salen a su encuentro, les indican con gesto grave y escueto dónde se encuentra la viuda: Pili Fernández, dos hijos, un niño de doce, una niña de ocho, tal y como informaron a Anselmo.

La mujer espera en la planta baja, en una zona privada. Ha reconocido el cadáver entre alaridos, por lo que han creído conveniente administrarle un calmante que se ha tomado sin rechistar, apostillan los pulcros médicos. Ahora está con los niños. Algunos familiares han llegado, avisados por Interior. Ricardo los ve a lo lejos, un grupillo de personas como las que uno se encuentra por la acera de

alguna ciudad un sábado comprando entradas de cine o caminando al borde de un estadio para ver jugar a su equipo. Y en medio de ese conjunto de pantalones vaqueros o de pana, de chaquetas revenidas de normalidad y de zapatillas de deporte a las que alguna bota pone la excepción, la ve. Sabe que es ella: sentada en un banco, al fondo del largo pasillo. Avanza porque no le queda más remedio que hacerlo, porque están todos tras él: Anselmo, el tal Cerezo y algunos del equipo. Ella aún no los ha visto. Los niños tampoco; están tumbados sobre sus rodillas. Ahora sabes por qué se pintan o se esculpen esas *pietas*, Ricardo. Se estremece, perturbado por la serenidad que parece desprender la mujer. Está sedada, farfulla Anselmo pegado a él. ¿Qué les dirás Ricardo? Lo que sea, dice Anselmo, pero que no se bloquee, que hable con Cerezo. ¿Qué le puedes decir a esa mujer?, se repite Ricardo que hace un rato dejó de escuchar a Anselmo, ¿cómo hacerle creer que lo que le ha ocurrido importa de verdad? Para eso estás ahí Ricardo, y por esa misma razón mañana vendrán Orduña, Jiménez, Iturri, todos acudirán para la foto y para que parezca que hay una explicación. Arrastra su vergüenza igual que el prisionero tira con esfuerzo de la bola por los interminables y fríos corredores de piedra. Se saca del bolsillo un pañuelo y se administra con él pequeños toques en las sienes.

—Recuerda lo que te dije antes —dice Anselmo inclinado sobre él —, que parezca que le damos tiempo. Y quiero esa entrevista en primera página mañana —añade, virándose hacia Cerezo—, sabrás cómo conducirla una vez que la convenzamos. Tú consuélala, Ricardo, se te da muy bien.

Dos palmadas le caen a Ricardo sobre la espalda, lo recorre un calambre, se esponja las sienes con el pañuelo.

—Y guarda ese puñetero pañuelo que la víctima no eres tú…

Ricardo obedece, aprovechando el gesto se separa de su edecán.

—Buenas tardes —dice Anselmo, adelantándose unos pasos.

Su mano beatífica se apropia enseguida de la de Pili. La envuelve entre sus palmas, se encorva como un buitre.

—Hemos venido a…

—Déjame Anselmo. Déjame a mí.

Anselmo mira con sorpresa a Ricardo, deshace su gesto de maestro de ceremonias y aprieta las muelas, qué haces Ricardo, Ricardo qué coño haces ahora, susurra mientras recula. Ricardo se planta delante de la mujer, es como una rebelión de sus vísceras contra la que ya nada puede la que le ha hecho romper el protocolo de ese modo.

Pili levanta la vista. Los ojos son negros y pequeños, se intuye en

ellos un resto de fortaleza, pero la mirada parece haber sido borrada. Duele buscar lo que ya no hay en ellos. Y quizás por culpa de esos ojos sin mirada es por lo que Ricardo Bermúdez, *el candidato*, el posible futuro presidente, toma las manos de Pili y, antes de poder abrir la boca, estalla en un llanto débil. Anselmo abre los ojos con estupor, mira a Cerezo de reojo, a ver qué publica ése mañana...

Pili entonces se separa del abrazo de Iker y de su pequeña:

—Usted debe ser fuerte don Ricardo —le dice, con gestos cuya torpeza se ve superada por la franqueza que los provocan, atrapada en ese rol de portavoz que le ha caído de repente—. Son ustedes quienes deben terminar con esto. Háganlo por mí, y por el padre de estos niños. No más muertes. Basta ya. Pero por favor, hagan algo.

Pili se deshace en un sollozo inhumano.

Ricardo alza su rostro para mirar de nuevo el de Pili. Nadie se atreve a abrir la boca. Cerezo sacó su teléfono, para grabar. Ricardo aprieta los labios, respira, no le queda más remedio que volver a colocarse en la vida donde a veces la excepción tiene un precio muy alto.

—Sí, Pilar, tiene razón —balbucea, apartando sus lágrimas. Logra recomponerse, lo hace con cierto aplomo, a pesar de todo—. Y discúlpeme. La ayudaremos, haremos todo lo posible para acabar con ellos. Se lo prometo. Se lo prometemos— dice, recogiendo con el gesto de su mano a la comitiva situada tras él.

Desvía la atención para posarla sobre los niños que miran con caras perdidas y los ojos hinchados.

—Hay que ser fuertes chavales —les dice con decisión—, vuestra madre os va a necesitar.

Palmas de caridad. Buscarán a los culpables, los meterán en la cárcel, y os ayudaremos chavales. Acaricia el rostro de la niña que debe ser como la suya mientras deja paso a Anselmo, al que invita a unirse al guion mientras le dice: ¿no es cierto, no vamos a ayudar a estos chicos? Anselmo, como recién aterrizado de otro planeta, se une raudo al numerito en el que es de nuevo un figurante, claro, claro, contesta, cómo no, Pilar, justicia, entendemos su dolor, lo compartimos, les ayudaremos, dice buscando con los ojos a unos y a otros. Pero para ello necesitarán su colaboración ¿verdad?, y si no le importa… Busca a ciegas a Cerezo que debe andar detrás suyo, con la mano camuflada le indica que avance. Si no le importa, Pilar, ha venido con ellos alguien, un gran periodista.

Cerezo avanza y estrecha la mano de la mujer.

—Sí claro, el periodista —dice Pili.

¿Así que lo conoce? Anselmo no oculta su entusiasmo. Sí, lo conozco, contesta Pili tímidamente, aunque bueno es un decir, le tiende su mano, leo sus columnas, bueno sólo de vez en cuando, se excusa, porque no sabe, no sabe ya si es lo que tiene una que decir cuando acaban de asesinar a su marido, al padre de sus hijos; pero claro, son gente importante: Bermúdez y Cerezo; y también lo ha visto en los debates de aquel programa de la mañana, continúa, con la otra periodista, ¿su pareja? les pregunta Pili sin saber porqué ha cometido esa indiscreción, quizás porque les está regalando todo el interés que es capaz de extraer de su mente hecha trizas. Y Cerezo con una sonrisa muy apropiada, las manos bien abiertas, se une con pulcra coordinación a la impostura: pues, sí, sí, Isabel Retengo, mi pareja, ¡qué memoria la suya doña Pilar! Pili, todo el mundo me llama Pili. Pues Pili, y si no te importa Pili, pero sólo si no te importa, me gustaría hacerte unas preguntas, muy cortas… Pero es que…, dice Pili, a lo mejor no es el momento, con los niños ahí. Los busca para recobrar su contacto, perdido tan sólo unos minutos raros, fuera del guion, aunque ¿qué puede estar en semejante guion? Se aprieta contra ellos. Piliylosniños. No será nada mujer, implora Cerezo con esa sonrisilla, sonrisa de mofeta, unas preguntitas, o su autorización para tomar una foto, poca cosa. Anselmo le repite que es sólo una foto, la gente querrá saber, para ayudarlos ¿lo entiende? Y Pili, aturdida, claro, ¿qué hacer? Entonces la niña dice ¡una foto, mami una foto para enseñar a las amigas! Y Cerezo sonríe a la niña, levantando las cejas, como los payasos, y Pili dice, bueno, puede hacer esa foto, pero sólo una, con tal de que su niña ría...

Apostado delante de esa pantomima, unido al espectáculo por la pura obligación, Ricardo se alisa de nuevo la chaqueta, muy arrugada, mientras dirige un gesto a los del equipo que se están despidiendo de Pili con un apretón de manos y el aire compungido. Guarda en su bolsillo el pañuelo, un trozo de papel de estraza más bien, y se dirige hacia la salida donde responderá de nuevo a las preguntas de los periodistas.

Anselmo camina tras él:

—Menos mal que no había cámaras —susurra.

Salen por la puerta, esquivando a la marabunta de reporteros que aguarda como abejas en torno a un panal. Pero no habrá más declaraciones, no por el momento, dice Anselmo, cualquier aclaración aparecerá mañana, en primera plana, junto a la foto de Pili Fernández, viuda de Jerónimo Arrarte, con su niña de ocho años que la mostrará el lunes a sus compañeros del colegio:

—¿A que salimos guapas, mi *amatxo* y yo?

19

Leandro se ha detenido sobre la foto de la contraportada de El País, sus ojos escrutadores al acecho de los misterios de la vida, igual da que sea un detalle del acelerador de partículas o la belleza de esa mujer que parece mirarlo, como si le dedicara su sonrisa de Mona Lisa. Y a su lado la niña, con ese nombre tan extraño, ¿por qué los famosos pondrán siempre nombres raros a sus hijos? La mujer no parece exhibir a la niña, más bien lo contrario, se la aprieta contra el cuerpo, poniéndola a resguardo, y aún así parece un botín de guerra entre las manos níveas, los brazos evaporados y demasiado irreales de esa mujer.

—Es la que más me gusta de todas las actrices.

—¿De quién estás hablando? —Pregunta Emma, intrigada.

—De Nicole Kidman.

Emma se mece la melena dorada y enciende otro pitillo. Bueno, dice, le parece bien, si hubiera dicho, qué sabe ella, una mujerzuela de esas de tres al cuarto que son todo pechos desbordados de silicona, ¡agg! qué vulgaridad… Pero ella es guapa, le confirma. Emma se pasa la mano por la aleta de la nariz y luego se la palpa con suavidad, como sin darse cuenta del gesto, que es más bien como un tic que la obliga a realizar que no le gusta su nariz, es la única parte de su cuerpo de la que no se siente orgullosa. Demasiado larga para esa barbilla, y esa punta tan… como una arista, con pretensiones de alcanzar el cielo. No, decididamente nunca le gustó. Y a Cayo en cambio… si es que hasta en eso no están de acuerdo. Nefertiti, le decía él. Pero ya quisiera ella, ¡menudas proporciones perfectas las de ésa! Se lo repitió varias veces, allí en Berlín, parado frente al busto de la egipcia, la colocó delante y dijo: Emma y la gran diosa egipcia, ¡igualitas!, solo que Nefertiti está en una urna para que todos la vean y no la toquen, pero tú no necesitas urna porque eres sólo mía. El de Berlín fue un buen viaje.

—Sí, tienes razón, a mí también me gusta Nicole Kidman, —vuelve a contestar Emma, como si la primera vez no hubiera contado— pero va camino de parecerse a una momia.

—¿Imaginas ser novedad porque vas al gimnasio o a cenar con tu pareja?

—Espero no tener que imaginarlo nunca.

Emma abre los ojos muy grandes y pronuncia con voz rocosa el nombre de aquella periodista, Isabel Retengo, empeñada en que le concediera esa entrevista para el dominical. Expulsa con suavidad una bocanada de humo y cierra los ojos con lascivia, como si se sintiera más ligera.

Leandro mira el reloj verde de la pantalla de la televisión: aún no son las siete. ¿Por qué serán siempre verdes los relojes digitales?, pregunta de repente, como si invitara a Emma a participar de esa absurdidad insustancial. ¿Quién decidió que fuese de ese modo?

—Como los semáforos, son códigos. Para hacer las cosas más fáciles, supongo —responde Emma que está mirando hacia ninguna parte.

—*Drama cromático* —dice Leandro, que ha recordado uno de esos haikus de Benedetti mientras sonríe por haberlo hecho—. Pero verde ¿por qué ese color y no otro? —Vuelve sobre el tema, como si ese verso le hubiera abierto una nueva incógnita, o como si no tuviera nada más que decir—. Dice Benedetti que es un color que no madura. No está mal visto para el color, pero ¿y el tiempo? ¿madura el tiempo Emma?

—Qué cosas me preguntas… —Emma se ríe, con una arrogancia infantil—. No lo sé, además, no sé de qué tiempo hablas, el mío hace tiempo que dejó de madurar, y no solo porque no pienso envejecer más, también porque ya no tengo nada por lo que madurar.

Leandro abandona el periódico, la mira, es fabulosa, eso le parece a él.

—¿Por qué dices eso Emma? —Dice al cabo de un rato, al ver que su filósofa ya no hablará más—. Me da pena que digas esas cosas.

—No empieces Leandro. Si algo tengo, es la capacidad de no engañarme. Al menos me queda ese consuelo.

—Eso no es verdad. Te engañas Emma, lo haces continuam…

—Como sigas así me voy.

¿Qué hacer ante semejante chantaje? Leandro coge el mando de la televisión y la enciende de nuevo, para rellenar el tiempo; un tiempo que se empieza a volver pesado y denso en esa habitación, encerrados, viendo desfilar las horas verdes en ese recuadro digital, rellenándolas con… ¿Con qué…? Hacer el amor con Emma, ¿y luego…? Empieza a notarlo ya, el sabor chamuscado de la relación; ese tiempo estático, ulcerado, estéril que no, ya no le vale. Ahora quiere tiempo nuevo, para rellenarlo sin tener que ver los minutos arrastrándose por él, lánguidos, de plomo, como las horas de espera en la consulta del

médico que al menos prometen sanar algo. No tener que encender la televisión por hacer algo. Ir al cine de la esquina, pasear por los parques y poner nombres a los transeúntes, como una pareja cualquiera, aunque Emma no sea una cualquiera. Sí, está harto de esas conversaciones absurdas que se resumen a lo que dicen la prensa y la televisión, como en ese momento, hablando de una actriz y de colorines. ¿Qué sueños se pueden fabricar entre cuatro paredes cuando no se tiene la imaginación compulsiva e inagotable de un niño? Ha sido un necio, un calzonazos, y está harto. Él también tiene derecho a opinar:

—Mira Emma, si no quieres hablar de lo que a mí me importa, igual deberíamos terminar con…

—Pues vete.

Leandro no levanta la vista. Emma sí lo ha hecho, y Leandro siente sobre su cogote los dos ojos de un verde huidizo, como si se hubiera fugado hacia la luz, un verde entrelazado con gramas de sol o de trigo. No, no tiene ganas de marchar, lo que tiene es el deseo de compartir la felicidad y no de preservarla entre mundos de princesas y dragones. Ya ni siquiera se trata de mostrar a Emma a sus colegas, que lo vieran llegar del brazo de una mujer así. No, ya ni siquiera es eso, se lamenta para sí mismo. Suspira. ¿Qué hacer…? Porque no quiere perderla. Esa es la realidad, la única realidad que lo tiene atrapado en ese lugar. Igual debería conformarse, porque Emma es así, dice esas cosas, pero sin darles importancia. La culpa es tuya Leandro, por no aceptarla como es: una niña caprichosa, que te vuelve loco. Una niña a la que a veces no conviene seguirle el juego, como ahora. Abre de nuevo el periódico, simulando interés por un noticia que no da para tanto.

Emma parece saborear el aroma de su pitillo, no como el anterior que yace malogrado en el cenicero ese que transporta a todos lados como si en él encerrara las cenizas de sus miserias. Aún a riesgo de que salte la alarma, expulsa el humo hacia su amante. ¿Qué estará pensando?

Leandro baja el periódico. Gira el rostro. ¡Es tan guapa! Señala la minúscula cajita que entre los delicados dedos de Emma parece un rubí.

—¿No te apesta el bolso, con eso dentro?

Apestar… Emma expele con aplomo una nube que sube formando círculos que crecen en el aire como el temible champiñón de una explosión atómica y que en seguida marchan por la ventana.

—¿Te parece que apesto?

—No me refería a ti. Siempre estás a la defensiva, Emma.

Ella no dice nada más. Es tan terca, piensa él. Si levantaran campo, si se dieran la oportunidad de cambiar de aires, seguro que las cosas mejorarían. Hace tan solo un rato que se ha propuesto hacer algo y… A la mínima reculas Leandro, eres un cobarde. Arriésgate. ¿Por qué te asusta tanto? ¿Y si dijera que sí? Está arrugando las esquinas del periódico que desde hace un buen rato sigue congelado en la misma noticia del todo anodina, agotada; perdido en el ruido de fondo con que acompasa su pesadumbre la impertinente televisión. No, no pueden continuar así. Le remuerde el alma dejarla marchar a su casa para que vuelva otro día como si nada hubiera ocurrido, para que se repita el juego en el que él es el comodín. Otro reencuentro, ¿cuándo Emma?, ¿pasado mañana?, ¿dentro de una semana? Y entonces la misma escena, repetida una y otra vez: la brutal pasión de los primeros minutos, los juegos, y el sexo; es estupendo el sexo con ella, pero ahora duda, duda de todo, hasta de si debería ser tan bueno, porque ya no sabe si es lo que la mantiene junto a él, mientras que él ha dejado torpemente que el amor se cuele donde no estaba previsto. ¿Y luego? ¿Qué viene luego? La ristra de reproches, esa amargura, el daño. No, ya no puede más y esta vez no la dejará escapar sin que tome una decisión.

—Emma, sobre lo que te he dicho antes…

—No hables —le dice cerrando y abriendo los párpados con provocada lasitud—, no sigas hablando.

Se levanta de la silla en la que se había dejado caer, y donde ya estaba hilando planes para el fin de semana con Cayo y con los niños, hace mucho que no están todos juntos un día entero. ¿Comida y cine o cine y cena? Como si fueran una familia bien avenida, a eso jugarán, a eso juegan desde hace tiempo.

—No quiero contestar ahora Leandro. Dame tiempo, ¿de acuerdo? Tengo que pensarlo. Además, te dije cómo sería esto, que nosotros nunca podríamos tener algo estable. Te lo dije.

—Pero Emma, sólo te estoy pidiendo un avance mínimo —la cara se ladea, la mirada oblicua suplica—. Tú quieres seguir viéndome, ¿verdad? No pido mucho, sólo un gesto Emma, creo que voy a volverme tarumba en este sitio. Y además, no tendrías que ver a Antonio…

Emma lo mira arrugando la frente que apenas se deja profanar por unas finas rayas que de inmediato se retiran, como si hubieran captado muy rápido que son intrusas ahí. Antonio… la babosa de la recepción, como si ese fuera el mayor de los problemas.

—El de la entrada, tu amigo… —dice Leandro, tratando de parecer

gracioso.

—Ya, ya lo sé, no soy tan lela —Emma mueve la cabeza, como un duendecillo, arriba y abajo. Lo odia sí, pero ese portero baboso no decidirá lo que ella tiene que hacer o dejar de hacer.

—Era sólo un comentario jocoso Emma. ¡Eh! Ese sentido del humor, ¿qué pasa con él?

—Sí, disculpa, tienes razón —Emma se retira un rizo de la cara—. Pero es que estás muy machacón con el asunto, y …

—Puede que lo esté Emma —la interrumpe—, pero es necesario.

—No. No es necesario. Estás rompiendo el pacto. Las reglas del juego.

—¿Qué reglas Emma?, ¿las tuyas? ¿Acaso he puesto yo alguna regla a lo nuestro? —se frota el rostro. Resopla. La mira. Suspira. Y lo dice—: Mira, yo… yo ya no quiero esto.

Tarde o temprano había que arriesgar. Leandro se pone en pie aprovechando que Emma se ha sentado de nuevo, y comienza a pasear por la habitación como un padre primerizo a la puerta del quirófano. Ahí se ahoga, y ella tiene que entenderlo, tienes que entenderlo Emma, mi Emma… Se acerca a ella para agarrar esas manos frías, para besar esos cabellos divididos por una raya ladeada, como las que llevaban las actrices de los años cincuenta en un alarde por retar con su belleza al perfecto equilibrio, a la simetría. Ella aprieta sus dedos largos, frágiles y acaricia sus huesos, y las marcadas venas, más hinchadas que de costumbre, las clavículas puntiagudas. Emma… dice Leandro, no puedo más en esta situación. Tiene que entenderlo ¿lo entiendes, verdad? Porque está cansado de estar ahí encerrado, no tiene derecho a enjaularlo de ese modo, a enjaular su amor. ¿Su amor? Es la primera vez que pronuncia esa palabra pero ¿y qué? Su amor, sí. Eso es lo que siente por ella. Su piso, le repite, en un barrio en el que serán perfectos desconocidos, será como ir ampliando la zona conquistada, como en esos mapas de guerra. Moverse sólo para ver qué ocurre. El rostro de Leandro se va cubriendo de esperanza y de ilusión. ¿Por qué iban las cosas a estropearse si está hablando de mejorar las condiciones? ¿Acaso se pierde la guerra cuando se conquistan poco a poco los frentes?

Y Emma, con el pulso de la vida de Leandro entre sus manos, contesta temblando que sí, que se pierden las guerras por mucho menos. Cayo se lo ha contado… Napoleón perdió, le dice con una ingenuidad insultante, y Alejandro Magno, y muchos más, a veces es mejor replegarse a tiempo Leandro, o contentarse con el botín conquistado.

La televisión sigue encendida, los impúdicos anuncios desfilan como si nada ocurriera. Emma permanece quieta, y Leandro también, agarrado a ella.

Un informativo. No, no puede ser el Telediario ya. ¡Dios mío! Emma se retira del abrazo y se pone de pie, no puede ser que ella siga ahí… Los niños… Mira el reloj. No, no es la hora, ¡menos mal! Son sólo las siete… Vaya, ¿entonces…? ¿las noticias a esa hora…?

—De todos modos, se me ha hecho muy tarde —dice Emma.

—No, no te vayas, Emma. No hemos acabado.

Leandro se levanta, se gira para seguir los pasos de Emma. No puede ser que no conteste. ¿Es que no ha escuchado? No puede marcharse así, sin avanzar al menos un ya veremos.

—No, Emma, no puedes irte… Ahora no.

—¡Calla…!

«*…la víctima presentaba dos tiros… un hombre, casado, tenía dos hijos, se cree que…*»

Leandro se ha quedado petrificado, se lleva la mano a la frente.

—Otra vez no —dice—. Esos hijos de la gran…

—¡Schhh…!

> «*…el candidato Bermúdez se encontraba a esa hora en pleno mitin cuando le avisaron del terrible asesinato, por lo que, con el semblante grave, abandonó el lugar de inmediato para dirigirse al hospital a donde ha sido llevado el cuerpo…*»

—Cayo…

Emma traga saliva. Cayo… Y qué mala cara tiene…

Leandro se acerca, coge su mano, la aprieta. No se atreve a mirarla. Sólo sostiene el puño blando de Emma y se pone a soltar frases prefabricadas, como si fuera un antídoto contra la terrible evidencia que está a punto de irrumpir en su vida. De destrozarla:

—¿Cuándo acabará esto? ¿Es que no nos van a dejar vivir en paz? —Busca la cruz entre la felpa del albornoz y comienza a decir cosas, sin orden, lo primero que le sale—: Patricia, quizás tengo que ir, Emma, tienes razón, qué haría sin ti, ven abrázame. Otra vez no. Gregorio, joder. No te vayas, Emma. Iremos a verla, a Patricia.

Ella se despeja con brutalidad de su abrazo, y Leandro se queda de pie, en mitad de la habitación, mirando como un ciego la pantalla, con el albornoz a punto de abrirse, el nudo deshecho que languidece y se escurre sobre sus caderas como una vaina reseca. Y la mano agarrada a la cruz.

Emma comienza a buscar sus cosas esparcidas por la habitación:

—Lo siento —balbucea—, lo siento Leandro, sé que esto debe de ser muy duro también para ti.

Gira la falda, la torna en busca de cremalleras, de derechos y de reveses. Se coloca las medias cuya raya ahora recorre tortuosa y torpe los gemelos en busca de las pantorrillas.

—Sí, *también* es duro para mí Emma —contesta entonces Leandro con sequedad.

—Claro, claro —repite Emma, sin mirarlo, mientras sube la cremallera que está a punto de descarriar por el camino o de tropezar con su camisa que se empeña en colarse por entre los finos raíles.

Leandro está concentrado en los minúsculos triángulos de la moqueta. Inmóvil.

Volver a casa, tengo que volver a casa, seguro que Cayo me llama, ha debido hacerlo ya, se lamenta Emma, mientras agarra la chaqueta entallada que no intenta cerrar sobre su pecho contenido, seguro que intentó llamarla pero se dejó el móvil, siempre lo hace, para tener una coartada en caso de que la busquen. No acierta con los ojales. Debe estar muy afectado, ¡como si no lo conociera! Y al final de la campaña… Rebusca por la habitación, recorriendo sus muebles, ¿dónde lo dejaría? Ahí, cerca de la entrada: su pañuelo —su escudo—, y su gabardina, los agarra. Habrá querido llamarla, y ella estaba ahí… Se anuda como puede el pañuelo que se aprieta demasiado, incapaz de controlar el traqueteo de sus dedos, su pañuelo de Hermés que siempre mima con tanto esmero. Pobre Cayo, debe estar tan cansado. Coge el bolso y las gafas de sol, cuyas esferas enormes parecen dos lunas eclipsadas y se las coloca ocultando sus dos pequeños óvalos de luz de trigo fresco que desaparecen cediendo el protagonismo a los fenómenos astrales.

—Supongo que te marchas.

Se dirige hacia la puerta, bajo la mirada de Leandro que la ve de espaldas, delgada, elegante, como ese primer día en que se conocieron, en la facultad, salvo que aquel día había más frescura en su porte, como un ramo de rosas recién cortadas, eso parecía, y no un manojo de peonías o de tulipanes, siempre exquisitos, pero irremediablemente cabizbajos. Cuando está a punto de cerrar la puerta, Emma se gira:

—Adiós Leandro, lo siento mucho. Ya hablaremos. Te llamaré.

20

Adrián cerró la puerta de la habitación de Anabel. Siguió a Marta. Avanzaba dando minúsculos pasitos de costalero, con la vista puesta en el suelo de tarima desgastada y a esa moqueta que engalana con ridículas pretensiones la escalera, destrozada por el uso.

—Joe, joe, joe… —se lamentaba Marta—. Habérselo dicho así. Pobrecilla.

Luego le contó a Adrián lo de los rumores, lo de Anabel y Asier.

—Qué injusto, ahora que se había ilusionado otra vez…

—No te preocupes —dijo Adrián, resignado—, ya no podemos hacer nada — presionó con cariño sus hombros como de juguete—. Además, teníamos que decírselo pero Carmela no se atrevía. Pues ya está hecho. A partir de ahora será todo un progresar, ya verás.

Ella lo tomó del brazo, luego lo miró, su rostro antaño sólido parecía tenso, roto en pedazos de tanto aparentar. Y él, ¿estaba bien? ¿seguro que estás bien, Adrián? Sí, sí, hala hijina, vete, vete, a airearte, que él no había acabado el sudoku y se pondría un poco de música, y hasta un vasito de pacharán, al mal tiempo buena cara.

Ahora que Marta se ha marchado la casa parece vacía. Adrián coloca los gruesos auriculares sobre su cabeza; su pelo cano, escaso por arriba pero demasiado largo por abajo está alborotado. Aún tiene agarrado el lapicero que se torna batuta entre sus dedos. La música es y será siempre consuelo, piensa mientras se sienta de nuevo en el sofá donde hace tan solo un rato discutía con Carmela sobre los progresos de Anabel. Suspira y cierra los ojos. Pobre Carmela, piensa con una ligera angustia, ¡ojalá! lo esté pasando bien con Elena y con Charito.

—A ver, Carmela —dice Charito, cogiendo la cucharilla para rebañar las piedritas de azúcar que se han quedado en el fondo de la taza—, yo no es que quiera ser metomentodo, pero amigas somos ¿no?, así que dinos, ¿cuándo se lo vas a decir a la niña? En fin, es que no quisiéramos meter la pata ¿entiendes?

—Claro, claro —dice Elena, aparentando naturalidad—. ¿Y tú qué Charito?, ¿apurando la última caloría…?

—Nos ha fastidiado, ya que rompo el régimen, lo rompo a

conciencia.

Y mientras Charito dice esto, se lleva la cuchara a la boca que relame como un chupa-chups, entre las risas pícaras de las otras dos.

—Pero a ver, que Carmela nos iba a contestar —Charito deja la cuchara sobre el platillo de cerámica blanca—. Dinos, guapa, ¿cuál es la estrategia?

Carmela posa la mano bajo su barbilla, bueno, no lo sabe muy bien, dice, no se lo ha planteado aún, pero si ellas tienen alguna sugerencia… Quizás con ayuda de la psicóloga será más fácil. Pero es que ni ella puede creerlo, que su hija se vaya a quedar…, tarda en pronunciarlo pero lo hace:

—Tetrapléjica.

Una mano amiga toma la suya y se la aprieta.

—En fin… supongo que tenéis razón y que ya es hora de que todos vayamos encarando la realidad.

Rasca el mantel de papel al que hace un agujero por el que emerge el color oscuro de la madera. Las amigas se miran. ¡Eh! que nos tienes a nosotras, ¿de acuerdo?, susurran esas boquitas perdidas entre las descaradas arrugas. Nosotras ¿vale?, repiten. Las tres manos se juntan, como una montaña en medio de las tazas y de los sobres de azúcar desparramada sobre la mesa, las palmas sobre los nudillos, una para todas y todas para una, que había sido así siempre, y así será para el resto de sus días.

—Gracias. ¿Qué haría sin vosotras? Lo hablaré con Adrián luego, os lo prometo. Y os contaré.

Charito aleja la taza en la que aún queda algún que otro cristalito empapado en leche, como pequeños *toffes* a la deriva o varados en el fondo que le dicen: ¡cómeme!, un pecado ante el que ella se resiste porque si no se va a poner como una foca y nunca logrará que la seleccionen para ir al programa ése de «Mira quién baila»:

—¡Y no os riáis!

Y las otras, claro, se ríen.

Sí, ojalá Carmela lo esté pasando bien, piensa Adrián, zambullido en su música. Se avecinan días duros, ahora que la niña lo sabe. Menos mal que Carmela no ha visto nada de lo que ha ocurrido, piensa mientras pasea los dedos sobre el brazo de su sillón, un improvisado teclado. ¿Los regañará?, ¿a él y a Marta, por habérselo soltado así? Bueno, ya está hecho. Tendrán que darle un tiempo a la niña. Anabel acabará por superar ese momento, es fuerte, lo hará. Y ellos también lo harán, pero sólo necesitan un poco más de tiempo. Se revuelve,

incómodo. En el fondo, lo más importante es que aún la tienen junto a ellos. Resopla. Mira a su alrededor. Dejarán ese piso. Volverán a casa, les hace falta a todos. Consulta la hora en la pantalla del aparato. Pues sí que tarda hoy Carmela.

Las tres amigas se giran hacia la barra, donde está Guillermo ¿anda y este por qué habrá parado la música? ¿Tan tarde es que las echa ya? No, no es tan tarde, sólo ha subido el volumen de la televisión, atrayendo de paso el interés de los parroquianos congregados en La Palma. ¿Las noticias?, ¿a esa hora…? Pues sí, un avance. A ver qué ha pasado ahora…

> *«La víctima presentaba dos disparos, uno en la cabeza y otro en el tórax, en estos momentos se encuentra en el hospital de Cruces adonde se espera que lleguen su esposa y sus dos hijos. La policía busca en estos momentos al presunto terrorista…»*

—Otra vez —dice alguien.

—Joodeer —dice Guillermo—. ¿Pero no se suponía que habíamos acabado con esto? Aquí no hay quien entienda.

—A saber quién es el tipo ese —dice otro.

—O qué habría hecho.

—A saber.

Las tres amigas, Carmela, Elena, Charito se miran, confusas, mueven las cabezas, se agarran a las tazas, buscan por la mesa cualquier cosa, lo que sea, para distraer la mirada de la pantalla. Pobre hombre, pronuncian tímidas. Guillermo ha subido de nuevo el volumen, un ritmo pachanguero pasa por encima de la actualidad...

—Esto no se acaba… —dice una.

Tres suspiros acompasados ponen fin al tema.

—¡Madre mía! Se me está haciendo tardísimo, chicas.

—De eso nada guapa —Elena agarra a Carmela por la muñeca y tira de ella hacia la silla—. Están Martita y Adrián en casa. Vamos, relájate mujer, que no te largas todos los días para cotorrear con las amigas. No te librarás así de nosotras.

Carmela levanta los hombros, bueeeno, dice, y se deja encarcelar por la silla. Tienen razón, no tiene tanta prisa, lo ha dejado todo organizado y Marta cenará con Anabel. Carmela se gira para mirar la pantalla casi muda, y en la que ahora hay un partido de frontón. Pobre hombre… La Rebeca estaba estupenda el otro día con el traje aquel, dice entonces Elena ¿no creéis? Pues ya veréis cuando me pongan a mí una de esas mallas para ir a bailar a la televisión, dice

Charito mientras se levanta de la mesa, paseándose por entre las sillas, apretando las nalgas y metiendo tripa ante la sonora carcajada de las demás. Serás boba. Se ríen.

Adrián consulta el reloj. ¿Qué hará Carmela que tarda tanto? Se ha quitado los cascos. Recorre el pequeño salón como para redescubrirlo. Ha apagado la música, se detiene sobre las fotos que adornan el mueble de la entrada: la boda de ellos, Carmela, su bailarina de cristal, estaba preciosa con aquel vestido blanco y con ese tocado de tul en la cabeza; y la niña, casi todas las fotos son de Anabel. Coge un marco de madera y se queda un rato mirando a su hija que en la foto está sacando la lengua, impúdica, con gesto cómico, mientras Asier ríe, de perfil, como sorprendido o divertido por la mueca de su novia. Ese buen chico echado al monte… Suspira y vuelve a dejar la foto, coge otra de Anabel el día de su primera comunión y una de la familia en Lanzarote. ¡Qué buenas vacaciones! Posa la foto. Asier con esos… Mira hacia arriba. Pobrecilla. Se queda quieto en mitad de la estancia, vacila, como si no supiera a dónde ir o qué hacer, trata de enderezarse pero es como si sus pesares tiraran de él hacia el suelo. Se sienta y cierra los ojos. Aunque ahora que lo piensa… sí que estaba raro Asier, sobre todo los últimos domingos, sin participar en las conversaciones, y aprovechaba cualquier excusa para levantarse, sobre todo cada vez que María Ángeles sacaba el tema. Tiempo y pactos, tiempo y pactos, decía su hermana que de eso sabe porque ¿cuántos años lleva de concejal María Ángeles? ¿Quince? Que había salidas para posicionarse sin que tuvieran que ir por ahí bañando de plomo y de goma los pueblos y a los vecinos ¿no estaban todos de acuerdo? No, Asier no estaba de acuerdo, claro, por eso se levantaba todo el rato de la mesa, traigo el agua, traigo más pan… ¡Pobre chaval! Y el día del pendiente… Ahora lo recuerda bien… Carmela lo regañó, ¡vaya! que eso le pasaba por presumido, por ir por ahí haciéndose agujeros que en su tiempo los hombres el único agujero que hacían era el que cavaban con sus manos o sus azadas para plantar en ellos algo de provecho, además, te pareces a esos gamberros que van por ahí tirando cócteles… Asier se levantó otra vez y se fue a la cocina. Anabel les pidió que no volvieran a hablar del tema delante de él. Y sois unos carcas *aitás*, que hoy todos llevan pendiente.

Se levanta y se frota el rostro. Hace ademán de dirigirse hacia las escaleras. No se oyen ruidos. Un silencio idéntico al de hace un rato. Vacila unos segundos. Subirá. Hablará con ella, su niña, pobrecilla, tiene las piernas partidas y el corazón hecho añicos. Se quedará con ella hasta que llegue Carmela, y quizás para entonces logre serenarla.

Consulta de nuevo su reloj con la seguridad de que ahora sí lo hace por última vez. Me marcho y no hay excusas que valgan, les dice Carmela a sus amigas, cogiendo el bolso. Charito y Elena también se levantan de la silla caliente. Retirada en grupo, que así cuesta menos. *Agur* niñas, *agur*. Besos sonoros. Que os vaya bien. Ya os contaré cómo va la cosa con Anabel, prometido. Eso, contestan ellas, y más días como éste ¿eh?, a ver si te animas a salir más, que a ellas no les cuesta nada venir desde el pueblo a pasar la tarde y avísanos cuando se lo cuentes. ¡A sus órdenes! Carmela regresa caminando, para estirar las piernas, que no le viene mal. Desde lo de Anabel no hace mucho ejercicio y sus articulaciones se lo van a tener en cuenta. El peso le da igual, total, ella no quiere ir a menear el esqueleto a un plató como Charito. Menudas ideas descabelladas, ¡qué mujer! Sonríe. Camina por las aceras, a la luz de las farolas que le colocan la sombra acertadamente. ¿Habrán empezado a cenar? Las magras estaban en el horno, ¿las habrá visto Martita? Adrián es capaz de haberlo olvidado. ¿Qué habrá hecho él?

Adrián se dirige hacia el cuarto de Anabel con el paso resuelto, pero cuando llega frente a la puerta se queda un instante inmóvil, con la mano apoyada en el pomo.

Llama a la puerta:

—Anabel, cariño…

Nada, sólo voces de fondo confusas, las que provienen de la televisión que no apagaron. Abre la puerta con sigilo. Una señora probando un pan o lo que sea que se esté metiendo en la boca ha tomado posesión del silencio en el que Anabel parece vegetar en una paz absoluta. Qué bien, se ha dormido, murmura Adrián mientras avanza sin ruido. Después de apagar el aparato se dispone a acercarse hacia la cama de su niña que tiene la cabeza girada hacia la ventana. No lo hace por culpa del portazo.

—¿Adrián? ¿Estás arriba…?

Es Carmela.

Adrián se pone de puntillas, se dirige hacia la puerta con ese andar torpe de quien pretende caminar sin ser oído. Se asoma a la barandilla de la escalera y le susurra a Carmela con un bisibeo que a ella le hace bajar el tono, que no grite, que la niña se ha quedado dormida.

—No creo que se despierte hasta mañana —dice, mirando su reloj, —cerraré las cortinas.

—No te preocupes, ya subo yo, así aprovecho para darle un beso.

Se cruzan en mitad del trayecto empinado de esas absurdas escaleras que separan la vida de su hija del resto de la casa. Se miran,

parece contenta, lástima que tenga que contarle justo ahora lo ocurrido. Aunque bien mirado, podría esperar a mañana, total, ¿para qué darle la nochecita? La niña está dormida y nada va a cambiar de momento. Carmela le aprieta el brazo a la altura del codo y él le devuelve un gesto forzado. No, no podrá contárselo mañana, se dice Adrián, furioso por no saber disimular. Carmela lo mira con ojos inquisidores, ahora me cuentas, le dice, y sonriendo empuja la puerta que Adrián acaba de entornar.

La habitación nada en la penumbra. La silla está junto al cabecero de Anabel, Marta le habrá dado la cena, piensa. Anda ¿y todos esos almohadones en torno a la niña, qué hacen ahí? Y qué raro que esté tan incorporada… Se adentra en la semi oscuridad. Anabel tiene la cabeza girada hacia la ventana. Se acerca hacia su hija, que está ahí tan… ¿Hija…? Camina despacio, como si algo invisible la frenara. Qué raro. Se pone a temblar, como si de repente tuviera frío. ¿Qué tiene en la boca? ¿qué es eso…? ¿qué hay en la boca de su niña…? ¿Anabel?, la llama temblando. Y entonces ve las almohadas y los pañuelos, ve el color del rostro de su hija, y quiere avanzar pero no puede porque está clavada en el suelo, las válvulas de su cuerpo se cierran, la impiden gritar, no, no puede llamar a Adrián, es como si ella misma se tragara su propia voz. ¿Cuánto tiempo está así? Con el cuerpo frío, inmóvil, como de piedra, pero temblando. Segundos. Segundos eternos. Hasta que de golpe se le desbloquean los músculos, los miembros, y como si el suelo la propulsara hacia la cama de su hija, se tira sobre ella. Anabel, mi niña, ¡Anabel! Quisiera llamar a Adrián, pero sólo puede sacudir el cuerpecillo frío, demasiado frío de su niña y con la voz ahogada decir: Anabel, mi niña. Los dedos temblorosos, frenéticos se ponen a tirar de la masa de pañuelos, mi niña, balbucea sin voz, mi niña… La besa y le coge las manos para frotarlas, para darles calor. Sopla dentro de la boca de su hija, para respirar por ella. Darle su aliento. Mi niña, repite. Pero las manos de su niña resbalan, desde hace once asquerosos meses resbalan, y ahora encima están heladas. Mi niña. La besa en la cara, en la frente, en los ojos, tratando de introducir en ese cuerpecillo demasiado blando la vida que se ha marchado.

Mi niña.

Y entonces llega el grito, Carmela se lo arranca de las costillas, un grito al que sigue un torrente de hipos mojados que se abrazan a la niña, que la mecen con nanas que imploran que no sea cierto, que todo puede ser posible menos eso.

21

Es tarde: más de las doce. Ricardo abre el portal de su casa con un brío que a él mismo le sorprende después de esa jornada que lo ha dejado exprimido como a un higo seco y roñoso; ni cuando terminó la oposición se había encontrado así. Se sacude las gotas del pelo y frota sus zapatos en el felpudo mientras acude Miguel a abrir la puerta y lo saluda con un cordial: buenas noches señor Bermúdez, ¡qué manera de llover! La imagen de los pantanos de Murcia que visitaron a principios de la semana lo asalta por sorpresa mientras se dirige hacia el ascensor; más trasvases, eso era lo que pidieron los afectados por las sequías. Lo que nunca pensó es que él también fuera a necesitar un trasvase, porque a pesar de estar calado, se siente igual que esos pedruscos polvorosos tirados en las cuencas secas.

Intentaron volver lo antes posible, pero la niebla se había metido en Sondika y en esas circunstancias no era viable despegar. Esperaron. Sólo le quedó energía para pedirle a Anselmo y a los demás que no le hablaran, que lo dejaran en paz. Un rato. Por suerte le hicieron caso, ya habría tiempo para sacar conclusiones, pero no así, en caliente. Eran cerca de las nueve de la noche cuando la niebla por fin se levantó y pudieron marchar.

Apenas se movió en aquel asiento suficientemente confortable del avión. Trató de dormir durante el vuelo pero le fue imposible. No dejaba de pensar en esa mujer. ¿Qué contaría Cerezo en esa entrevista? Miró a Anselmo que andaba jugueteando con las gafas y la vista perdida por los negros cielos. Aterrizaron en medio de una noche gélida. Llegar a su casa… A partir del momento en que puso los pies en tierra, ése había sido su único pensamiento.

—Lo siento Ricardo —le dijo Anselmo—, ya sé que contabas con esas horas de descanso, pero… imposible. Te veo mañana. Ya sabes, a las doce.

No contestó, se limitó a subir la barbilla. Dormir en su cama. Al menos eso.

Pulsa el botón del ascensor concentrando su mirada en ese interruptor que se ilumina como una baliza. Lo mira como si más bien estuviera esperando que se descodificara algún enigma fantástico por haber

elegido ese botón grabado con el número cinco. A la quinta planta, no hay enigmas ni secretos, ahí está su hogar.

Los olores familiares, ¡qué bueno! piensa cuando penetra en su casa, sin ruido, para no despertar a los niños. El libro sobre la mesa de la entrada, abierto por el retrato de Cecilia Gallerani con el armiño, ¡qué manos Cayo, qué manos las de ésa!, dice ella de vez en cuando, mientras se coloca el abrigo o repasa el brillo de su mirada frente al espejo. La pequeña biblioteca con el olor a madera revenida y a nardo, los pequeños dormidos y ella ¿qué hará ella?

Ricardo vuelve a sonreír y tira sus llaves sobre la bandeja de plata mientras deja caer el maletín.

—¿Ricardo…? ¿Eres tú?

Vuelve la cabeza, sorprendido:

—Hola Flaca.

Está sentada de cara al recibidor, en la penumbra vigilante. Ricardo lanza sobre una silla su chaqueta que cae como un trapo viejo.

—Hola —contesta Emma.

Él la mira, sopesando la distancia que hay del recibidor al sofá en el que ella se encuentra; se queda ahí contemplándola unos segundos, buscando su mirada en ese claroscuro. Por fin, avanza y se sienta a su lado. Ella le sonríe. La comprime contra su hombro y la mantiene ahí, inmóvil. Ella se deja, dócil, sin saber por qué.

—Me has llamado Flaca… —dice ella, con el tono de quien no espera una respuesta.

Permanecen quietos unos segundos.

Luego Emma se separa. Aprieta el vaso pesado entre sus dedos:

—Me estaba tomando una copa. ¿Quieres?

Él observa sus finas falanges, se arquean en torno al óvalo frío de cristal por el que se deslizan diminutas gotas, como perlas. Flaca… sí lo has oído bien, Emma, te he llamado Flaca…

—No, gracias, no quiero nada —Ricardo se incorpora—. Estoy demasiado cansado. El día ha sido horrible.

—No me extraña. Ya me he enterado.

Estar así junto a ella, piensa, no pides más ¿no es cierto Ricardo? Pero tiene que volver sobre el tema del día, porque ella lo quiere o porque la vida sigue ahí, ajena a ese abrazo que ya se ha disuelto. Daría lo que fuera por olvidar esa asquerosa jornada.

—Te has enterado… Claro.

—Pobre hombre —Emma pega un trago largo y suspira—. Es horrible, que lo hayan matado así. Cuando todos pensábamos que la

tregua… En fin, es horrible.

Ricardo se friega la cara. Su cabeza es una caja vacía, ya no siente la presencia del cerebro, sólo queda un enorme hueco, hastío. Mira hacia el techo, a la lámpara de cuentas enfiladas que parece la sombra de un espectro pacífico suspendido en mitad de esa penumbra, una penumbra coloreada tan sólo por la tenue bombilla de una lamparilla de mesa que dibuja figuras extrañas. El soniquete de la lluvia llega envuelto como en un zumbido líquido que alguien hubiera codificado en tiempos regulares. Se lo contará, lo que ocurrió, a pesar del cansancio, porque deseas conocer su opinión, siempre ha sido así Ricardo, aunque luego hagas exactamente lo contrario de lo que ella te dice.

—Estuve con la viuda, y con los hijos —le dice girándose de nuevo hacia ella—, pero no sé qué me ocurrió. Estaba muy cansado.

Se detiene sobre los rizos, esos rizos que le habían pertenecido, con los que se creyó latifundista del sexo femenino. ¿Cuánto tiempo hace que no los acaricias, Ricardo? Levanta los dedos. Ella mueve un poco la cabeza. Él baja la mano.

Se recuesta en el sofá y le cuenta lo sucedido:

—…y cuando llegamos al hospital, me puse a llorar como un niño, delante de todos —dice cerrando los ojos, como si de nuevo sintiera sobre él la vergüenza—. No sé Emma, no sé que me ocurrió.

Sujeta el codo de su mujer y acaricia la suave tela de la camisa. Esta vez ella no lo rehuye sino que se recuesta junto a él, muy cerca, con el vaso en la mano que apoya sobre sus rodillas mandando al diablo su falda porque sobre ella ya se expande sin complejos un cerco oscuro y mojado.

—No pasa nada, Ricardo. Lo entenderán. Yo lo entiendo.

—¿Tú me entiendes…? —Ricardo suspira. La mira—. Jamás debí aceptar, y tú lo sabías. Y tenías razón porque me conoces mejor que nadie. No sirvo para esto.

Y al decirlo la mira de frente, como se debe mirar a la verdad, y le sorprende el hoyito que tiene en la barbilla y que casi había olvidado. No, no aguanta, no sabe si será capaz de seguir, por eso la llamó, porque necesitaba oír su voz.

—Te llamé, Flaca. Quería hablar contigo.

Emma deja vagar la vista sobre los dos pedacitos de hielo, como náufragos en ese vaso enorme donde bailan y se derriten al calor del compás de su pulso nervioso. La llamó… Enciende un pitillo. Su falda comienza a mojarse. Fuera la lluvia no ha cesado. Pega otro trago silencioso.

Ricardo la sigue mirando, hechizado por los rizos que caen sobre sus pechos. Coger su pelo y olerlo ¿olerá igual que siempre? ¿cuándo se esfumó el *siempre*?

—¿Qué te ocurre Emma? —Le coge la barbilla—. ¿Qué nos ha ocurrido Flaca?

—No lo sé… No pasa nada, yo también estoy cansada, y sorprendida —se encoge, levanta los ojos hacia él—. Eso de la paz… Y ahora, justo ahora, van y matan a un pobre hombre, en plena campaña. Supongo que es normal que te haya afectado. He tenido lío hoy, me dejé el teléfono.

—Ya —le dice él soltando su rostro.

Emma pega otro trago, parece que el líquido se fuera a derramar por la avidez con que lo hace. Da una calada. Ricardo se levanta, estira la espalda. Va hacia las estanterías y comienza a recorrer los libros con la palma de la mano muy extendida, como un ciego reconociendo un lugar del que no espera grandes emociones. Se dirige hacia el pequeño mueble bar y destapa la botella de whisky. Se sirve un dedo. Moja los labios como para catar la calidad del alcohol, o como si esperara algún efecto desconocido de esa bebida que de ordinario se reserva para los momentos especiales.

—Lo mataron al lado de donde estábamos. A quince kilómetros. Lo sospechaban desde por la mañana —gira el vaso entre sus dos manos, lo mira con cierto recelo—. Pero no lo buscaron… Era más importante el mitin, la campaña… ya sabes…

—Tú no tienes la culpa Ricardo.

—No, ya sé que no la tengo —levanta las cejas al tiempo que la copichuela que se lleva a la boca.

Emma lo mira como si ella también estuviera traspasada por la quemazón del whisky que a Ricardo le ha hecho cerrar los ojos.

—La culpa… —suelta una carcajada—. Si de algo tengo la culpa, Emma, es de no saber ya cuál es mi sitio.

Emma se muerde una uña, traga saliva. Ricardo, que ha deshecho del todo el nudo de la corbata, la enrolla torpemente, forma una especie de caracol que deposita sobre el escritorio. Vuelve a sentarse junto a ella.

—Mírame —le dice.

Emma respira hondo y como si ya no quedaran más palabras en la Tierra que pronunciar le dice: tienes razón Ricardo, tenemos que hablar, y se gira hacia él, muy de frente, muy recta. Ricardo la mira, dice sí con la cabeza, le quita la ginebra de las manos con suavidad y la posa en el suelo. Ella se deja hacer, como una niña demasiado dócil,

le entrega sus dos manos que él resguarda entre las suyas, como si ambos necesitaran de ese contacto por encima de todo. Le coloca el índice sobre los labios y le dice:

—¡Shhh! Emma no hables y escúchame. Tenías razón, como siempre. Sé que estos dos últimos años han sido una pesadilla, lo sabíamos, que sería así, y creí que era porque me gustaba mi trabajo o porque merecía la pena, pero lo único que he sacado en claro es que te necesito.

Se agacha, y sin pensarlo apura el vaso que su mujer acaba de dejar sobre la alfombra de pelo blanco. Emma aprieta sus manos. Cierra los ojos. Respira y deja caer el cuello.

—Yo también tengo que decirte cosas Cayo, pero no sé por dónde empezar. Verás… todo ha cambiado tanto entre nosotros…

Él levanta la mano, le impide continuar:

—Déjame hablar por favor. Ya sé que las cosas han cambiado, lo sé. Todo esto que me mantiene alejado de ti, de los niños. He sido un desastre como padre, y como marido. Pero ahora ya no puedo volver hacia atrás, acepté todo esto, ya es tarde, pero sin ti no sé qué hacer.

Emma suspira, el pecho tiembla y sus ojos se humedecen, pero las sombras del salón camuflan las minúsculas lágrimas. Le suelta una mano y baja el rostro. Entre sus dedos patosos retuerce un pedazo del dobladillo de su falda.

—Pero a ti te gusta la política, Cayo…

—¿Me gusta? —Ricardo se queda pensativo—. No lo sé. Puede que sí. Mira Emma, aquella noche, después del cine, en ese sitio… ¿cómo se llama?

—El Jardín del viajero.

—Sí, Emma, tu sitio favorito y no me acordaba ni del nombre ¿qué te parece…?

Ricardo se ríe, es una risa floja que viene a aliviar el nudo que tenía en el pecho, y en la garganta. Ella lo secunda con una sonrisa tímida pero franca.

—Recuerdo perfectamente lo que me dijiste esa noche Flaca: pero no te olvides de mí, Cayito. No, no te he olvidado Emma, mi Flaca, porque no puedo. Pero lo he hecho todo mal, así me he sentido hoy: alguien que lo hace mal todo. ¡No sabes qué día he tenido Emma! ¿Y sabes lo único que me importaba de verdad? Tú.

—La culpa también ha sido mía, Cayo.

Emma se levanta. Apaga su cigarro y enciende otro. Se hace un silencio. No se miran. Entonces ella se sienta de nuevo, frente a él, pero con una prudente distancia de por medio. Ricardo se aprieta las

sienes con los índices:

—El asunto es si ha merecido la pena —dice mirándola—. Porque verás, yo siempre he pensado que tiene que haber un modo de hacer las cosas bien Flaca, un modo que nos convenga a todos. Pero ya no sé nada. Ya no puedo Emma, yo ya no puedo seguir así.

—¿Cómo, Cayo…?

Él la busca, repasa sus deliciosos rasgos que se están abriendo de nuevo para él, porque lo sabe, porque la conoce mejor que nadie. Así, así estoy, le dice encorvado por el peso de su miseria:

—Lo nuestro no es un desastre, Flaca. Dime que no lo es.

Emma dice no con la cabeza, la mueve como un duendecillo, no, no, repite mientras le besa las manos.

Y entonces suena el teléfono. El maldito teléfono. La maldita gente de Cayo interrumpiendo en su vida. Siempre.

—Será Anselmo, por lo del entierro —farfulla él con malhumor.

Ella lo mira, mordisqueando la cara interna de sus mejillas. Ricardo impulsa el cuerpo para levantarse. Se dirige hacia el velador en donde está el teléfono, vacila y dice:

—Diles que estoy dormido.

Se acerca a ella y le pasa el dorso de la mano por los ojos húmedos. Flaca, ven… Y le acaricia los rizos.

Emma suspira. Lo ve marchar hacia la habitación, mientras él repite:

—Ven pronto Flaca.

Sí pronto, le dice ella con la mirada, en cuanto de largas a los de su maldito equipo. Y mientras levanta el auricular le sonríe.

—¿Emma…?

Se ha quedado clavada al suelo al escuchar la voz. Agarra el cuello de la camisa con la mano libre, como si se sofocara.

—Emma —vuelve a repetir Leandro.

—¿Qué haces llamando a estas horas a mi casa? —Habla en voz muy baja para que ¡por Dios! Ricardo no oiga nada—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Lo siento pero necesito que me digas algo.

—¿Algo de qué?

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Que te diga qué, Leandro?

—Nada, no pasa nada.

—Mira, esto no tiene gracia —Emma se apoya con la palma contra la pared, como si se la hubieran pegado ahí para aguantar el repentino peso de su cuerpo—. Voy a colgar y no quiero que vuelvas a llamar a

mi casa nunca más. ¿Me oyes? Ya hablaremos.

—Sólo necesitaba estar seguro.

Emma respira hondo, trata de tomar aliento.

—Mira Leandro… —ni siquiera ha caído en la cuenta de que la voz de su examante le está perdonando el bochornoso trámite de las excusas y las disculpas—. Lo siento, y espero que me perdones. Pero lo que me proponías, todo eso, es absurdo, sabías que te diría que no…

Se sujeta la frente con la palma y aprieta las sienes.

Silencio al otro lado.

—No creo que puedas entenderlo o no sé si quiero que lo hagas Leandro, y no me guardes rencor. Lo nuestro —titubea—, lo nuestro estaba terminado. Hagámoslo fácil ¿de acuerdo? Sin rencor.

—He hablado con Chemita. Me marcharé para allá en cuanto acaben las clases. Adiós Emma.

Emma posa el auricular con suavidad. Cruza los brazos sobre su plano vientre para retener ahí el malestar. Respira con pena. ¿Lo ha hecho? ¿Lo ha dejado así, sin más? Tan fácil no puede ser. Se sujeta el cuello con las dos manos. Respira. Espera los retortijones o lo que sea que no llega. Pobre Leandro. Vuelve a respirar hondo, por la nariz. Ven pronto, le ha dicho Cayo. Camina hacia la habitación. Se detiene en el pasillo mientras se quita los zapatos, sus lindos zapatos de charol que no se había cambiado, dos formas surcando el frío mármol, como una pareja de delfines persiguiendo un barco en alta mar, y ella, como si fuera ese barco que arrastra tras de sí una estela de despojos. Se va con Chemita, es lo que tenía que haber hecho hacía tiempo. Baja la cremallera de su falda que resbala, que se desinfla y cae arrugada sobre ese mar plácido pulido en el mármol. Adiós Leandro. Las lágrimas surgen ahora con absoluta impunidad, sobre su rostro, sobre su camisa de popelín cuyos puños flácidos y arrugados han dado al traste con el ideal de Modigliani. No me odies Leandro. Entra en la habitación. Cayo está sentado en la cama y la mira, apoyada en el marco de la puerta, la cabeza ladeada. Emma se queda ahí un instante. ¿Cómo se lo contarás Emma? Lo de Leandro, lo de su cárcel, lo de los puños de la camisa, o lo de esa estela de miserias que jalonan el pasillo… ¿Algún día se lo contarás?

Ricardo tiende las manos hacia ella y le susurra:

—Ven aquí Flaca. No me dejes solo.

Afuera, la lluvia impenitente roe los cristales.

EL DÍA SIGUIENTE

¿Seguirá lloviendo?

Asier se levanta con brusquedad de la cama donde dejó caer su cuerpo la noche anterior. No ha dormido apenas, los pocos minutos que logró cerrar los ojos estuvieron plagados de pesadillas.

Va hacia la ventana, apoya su mano sobre el cerco herrumbroso devastado por la terca humedad, la misma que se ha filtrado hasta su cerebro y ahora adereza ese estofado desaliñado que es su mente.

No, no llueve. Es más, ha amanecido despejado. Los pájaros cantan. El cielo está limpio.

Se lleva los dedos a los ojos, como para retirar las legañas. Pero no hay legañas. Después de su bautizo fallido volvió con Bego y con los demás hasta la casa. Ya no condujo él, se sentó atrás, con Antxo. El trayecto lo hicieron en un severo silencio, roto a veces por los reproches de ella: a ver si al menos era capaz de cuidarse solito, dijo con tanto desprecio que parecía una exageración, pero no, no lo era. Ya hablarían. Y veremos con los demás qué hacer contigo. Qué hacer con él… como se sopesa qué hacer con una nevera oxidada o con una vieja lavadora. Recogieron las cosas a toda prisa para dar el salto, pasar al otro lado de la frontera antes de que aumentaran los controles.

—Él se queda —dijo por fin Bego—. Lo han visto, no nos va a poner en peligro.

Asier se comba hacia atrás con sus palmas anchas sobre los riñones, parece un arco tensado a punto de disparar, sólo que en su caso no hay más munición que su impotencia. Definitivamente los odia, Bego odia a los inútiles.

Un fugaz barrido de la estancia le confirma su suposición: está limpia. No volverán por ahí. Ni lo llamarán. Enciende un pitillo que encuentra en uno de los bolsillos de su cazadora. Ahora estorba. Está fuera, pero no es libre. Rebusca entre los trastos para ver si encuentra algo que llevarse al diente. Lo vigilarán. ¿No lo había hecho él?, ¿ser la sombra del Cachorro durante toda una semana y espiar cada uno de sus movimientos? El Cachorro no se lo había puesto fácil, pero era un entrenamiento. Ahora le tocará a él, ser el Cachorro, y ya no será un entrenamiento, tendrá que ir así por la calle, con una estela de

sombras encoladas a la suya. Sí, ya lo cree que lo seguirán, porque ha estado en el piso de Barakaldo y lo llevaron a la granja de Argelès, no vio las armas, pero sabe que Thibaud y esos las tenían ahí. Ya no te puedes fiar de nadie, Asier. Encuentra un trozo de chorizo. Lo han puesto fuera, pero su vida está sujeta a sus reglas, y esas sí las conoces bien; y por si las fuera a olvidar estuvo la mirada aquella de Bego, justo antes de arrancar:

—Qué inútil… —dijo.

Vio pasar las horas como lo hacen en la mente de un condenado. Pero a pesar de no pegar ojo, no se atrevió a moverse de ahí. No sabía aún qué debía hacer, hasta cuándo debía permanecer en ese cobijo provisional. Tuvo ganas de volver a su piso, estuvo a punto de ir en medio de la noche cerrada, ¡al diablo todo! Pero reaccionó, podían más la palabras de Martín: los *ninjas* no tardarán en presentarse allí, es el primer sitio al que irán. Esperó a que algo ocurriera, a que dieran con él, podrían haberlo hecho. Pero nada sucedió, sólo el sigilo de la noche profunda que no dejó de oír, rayado por el gorgoteo que se estaba cocinando en su cabeza.

Y ahora tiene el cuerpo machacado.

Se pasea por el exterior de la casa. La escena de ayer se repite. Jerónimo. No, no ha olvidado cómo se llamaba el tipo. Se traga el último pedazo de chorizo. Espera las arcadas. La toma contra un guijarrro un poco más grande de lo normal que sale rodando y pega unos cuantos tumbos. Pensaba que estaba preparado, no le parecería difícil imaginar a un hombre de carne y hueso tras las dianas; la primera vez cuesta un poco, luego dejas de darle importancia a lo del tiro, piensas sólo en los hermanos, en la opresión, y entonces se vuelve fácil. Es lo que le habían comentado algunos de los compañeros. Martín se lo había ratificado.

Pero para él no ha sido fácil. Puede que no lo sea jamás, y también puede que Anabel tuviera razón. Trata de aguzar el oído para escuchar algún sonido extraño, pero no hay nada, sólo el viento, y esos pájaros tempraneros que pronto callarán. Lo han dejado ahí solo. Ha fallado, pero ¿y qué? La primera vez y ¡menuda papeleta! Te dijeron que con ellos estarías a salvo y ¿ahora qué…?

Mira de nuevo al cielo y ve a lo lejos los bosques de hayas y de robles, las encinas que se retuercen sobre sí mismas, presas de inexplicables retortijones, pero que siempre logran crecer hacia arriba, hacia la luz. Casi un año ha pasado con ellos. Casi un año… ¿Cómo era su vida antes? Cierra los ojos y se le aparecen el rostro de Anabel, la familia, la *aitona* fue la única que le dijo: sí hijo, ve, ve con ellos, tu

padre estaría orgulloso, el mejor *probalari*, y tú su digno hijo, un *gudari*, de los de verdad y no como el cobarde de tu hermano. Todo ello se mezcla, se vuelve borroso, como imágenes puestas a remojo en el líquido revelador de una cubeta. No los ve desde hace ocho meses. Rubia… ¿Cómo estará? Se agacha para recoger otro guijarro. ¿Eres un *gudari*? Se sienta sobre un banco de madera sellado por el liquen. Se gira hacia la casa vacía. Lo han abandonado, al primer error, ellos, sus hermanos. Al menos Anabel le propuso una vida de verdad. El banco está carcomido y aún mojado, pasea sus dedos sobre los surcos de la madera. Lanza lejos el guijarro. Luego se pone a fumar, otra vez, no tiene mucho más que hacer. Apoya la cabeza sobre la pared de esa casa abandonada a su suerte, como él. Sin esos que lo han dejado tirado no habrían discutido aquella noche: rubia, mohicano, yotambiéntequiero, y el maldito volantazo. Mira a lo lejos. Está perdido. Irán a por él. Lo han visto. Podrá decir que él no pegó el tiro, pero eso no le evitará la cárcel. Colaboración. Ya está dentro. Puede elegir entre una vida huyendo o una vida entre rejas. Sólo te queda ella. Pero, claro, ya no querrá saber nada de mí. Pega con el puño contra el lomo del tronco que le obsequia con un recuerdo de astillas bajo la piel. ¡Joder! Se levanta y se sacude la mano, se la chupa. Al menos Anabel se merece que le diga qué ocurrió, que él no lo mató, que no pudo hacerlo. Y que la quiere. Irá a verla. Ella no es una cobarde, no, ella no. De repente siente una fuerza nueva. Irá a buscarla, eso es. Se monta en la moto, que no se han llevado, menos mal. Arranca el motor con una patada cuya fuerza no ha calibrado, casi la vuelca. Un viento del este matutino sale a su encuentro, como para espabilarlo. Rubia. Se lo contará todo. Pero, ¿y si ya no quiere saber nada de ti? No importa. Acelera. Al menos por una vez dirás la verdad. Se ha metido por los caminos de tierra que han de llevarlo hasta la carretera de asfalto. En menos de media hora podrá llegar al piso donde le dijeron que vive ahora Anabel.

Lleva oculto el rostro tras una pañuelo deshilachado que de ordinario suele enroscarse en el cuello; sólo la frente se le acartona, entumecida por el frío.

Cuando llega frente al portal donde vive ahora Anabel se golpea el estómago para parar el cosquilleo. Sube hasta el rellano y aprieta con fuerza el timbre. Un segundo, cuatro segundos, diez segundos… Qué raro… Repite la llamada, puede oír el tintineo agudo que se evade desde el interior de la casa hacia ese descansillo forrado de un gres como picado de viruela. Golpea la puerta con los nudillos, con el puño. El cosquilleo se desplaza del estómago a la espalda, se cuela por

las rígidas vértebras.

En ese momento aparece por las escaleras una mujer envuelta en un abrigo demasiado grande. Transporta dos bolsas, como dos alforjas demasiado pegadas al suelo:

—No insistas chaval. No hay nadie. Llevan en el hospital desde ayer. La pobre niña. ¡Debe de ser tan duro vivir así!

—¿Al hospital…?

—No lo sabes por lo que veo…

La vecina lo escruta con ojos que vibran. Deposita a sus pies, con gesto cansino, las bolsas de compra o de lo que sea que anduviera transportando.

—No sé si conoces a la niña, Anabel —prosigue—. Llegaron aquí hace unos meses solamente, una familia estupenda. Bueno y digo niña por decir, que ya tiene sus años la criatura. ¡Qué pena! Ay por Dios, ¡qué pena!…

Asier la agarra de los codos, y mientras la menea le dice: ¡qué ha pasado, joder!

—Oye, tranquilo ¿eh?

Asier se da cuenta de lo torpe de su reacción. Suelta a la mujer de inmediato. Ella se sacude el abrigo, ¡vaya, pues qué juventud!, le reprocha. Luego se atusa la melena y mira hacia el techo con importancia. Asier respira para serenarse y le pide disculpas.

—¡Jesús! Bueno, pues como te decía, que ayer los padres se la encontraron medio muerta ¡fíjate! Al parecer intentó ahogarse o algo así —se acerca a su oído, como para revelar una confidencia—. Dicen que se llenó la boca de papel y que dejó de respirar ¡Es horrible! Vi a los padres salir detrás del médico. Vino una ambulancia ¡y hasta la *Ertzaintza*!

Asier ha dejado caer sus brazos en paralelo al cuerpo, y la mira, la mira sin saber si quiere seguir escuchando el testimonio de esa mujer que se está regocijando de ese modo repugnante en la noticia, encantada de ser la portadora de la tragedia.

—Me asusté al ver a la Carmela, la pobre, descompuesta, rota… —prosigue, como si le hubieran dado cuerda—. Ella que parece tan fuerte, y sin embargo no podía ni caminar. ¡Madre cómo lloraba! Su pobre marido y una amiga, debía de ser una amiga, tenían que ayudarla. No paraba de repetir: que no se muera mi niña…, que no se muera mi niña…

A la vez que dice esta frase se santigua, como para revestirla de toda su gravedad.

—¿Dónde están?

—Pues ¿qué eres, algún familiar o qué? —Responde la mujer, con aires de importancia y ahuecando de nuevo el pelo—. Se la llevaron a las Cruces.

Asier se ha agarrado a la barandilla, desciende los peldaños de dos en dos; un sudor frío resbala por su nuca, las palmas de las manos no pueden deslizarse por el pasamanos de metal.

—Al menos me podías dar las gracias, ¿no, chaval?

La voz se cuela por lo barrotes, un horripilante chillido que desciende hasta el portal. Cuando llega abajo, Asier se detiene y se apoya contra la pared para respirar. Sale a la calle, el aire le resulta espeso, como si no traspasara sus pulmones. Ha olvidado colocarse de nuevo la bufanda, su escudo. Pero no puede.

Se sienta sobre la moto. Ir a buscarla. De nuevo su pulso se aloca. Tiene que tranquilizarse. No ha dicho que esté muerta. El pañuelo se queda en el cuello, enrollado, hecho un gurruño.

Conduce casi por instinto hasta llegar al hospital. Hay mucha gente en la entrada. Se tapa medio rostro. Pasará por las urgencias, parece que está más despejado.

Se pierde por los pasillos. Pregunta por Anabel:

—¿Etxaurren? —Contesta una voz tan aséptica como el edificio.

—Sí.

—Planta baja, en quirófanos, están los familiares —los ojos asépticos lo miran, esforzándose por resultar compasivos.

Asier camina como si sus pies pesaran, como si calzara esos pesados zapatos de astronauta con los que luchan contra la ingravidez. En quirófanos… Ha dicho en quirófanos. Entonces, la habrán operado. Baja un piso. Adrián y Carmela… Estarán ahí, ¿qué puede contarles? El pañuelo ha resbalado y está otra vez en el cuello; ya no le protege. Se cruza con un grupo de personas. ¿Quirófanos? Una de ellas le señala el final del pasillo, las otras lo miran con recelo. Baja el rostro. Se camufla con el cuello de la cazadora.

Empuja una puerta y los ve.

Los mira. Perplejos.

—¿Qué haces tú aquí? —Le dice Adrián. Se esfuerza por ponerse en pie. Se despega de los brazos de su mujer con suavidad:

—Te están buscando.

De cerca, el padre de Anabel parece más débil que asombrado, eso dice su mirada raída y diminuta que Asier sostiene con dificultad.

—Ya lo sé Adrián —mueve las manos sin saber qué hacer con ellas —. Quiero decir que no me importa. No sé lo que importa, joder. Necesito que me dejéis verla. —Ha entrecruzado los dedos y sus dos

puños ruegan, suplican, aplastando su boca por lo que el sonido sale más grave—. Tengo que decirle que la culpa fue mía, por favor Adrián.

—No podemos.

Como si no hubiera escuchado, Asier sigue hablando, lo hace rápido, teme al tiempo, sólo quiere ver el rostro de Anabel:

—Por favor, necesito que me perdone. Por favor, Adrián. Carmela. Yo no lo maté. Pero la culpa de que ella esté así, el accidente… La culpa fue mía. Se lo tengo que decir…

Carmela se limpia los ojos y hace ademán de querer responder, pero no puede. Es como una lucha contra un gigante la de esa madre con la vida.

—Por favor. Carmela.

Pasados unos segundos, Carmela logra levantarse. Inspira y expira, para tomar aliento, y entonces, como si por un instante quisiera domar el dolor que ya nunca logrará drenar fuera de sí, lo mira de frente y le dice:

—Ya no puede perdonarte. Anabel está muerta —luego se deja caer en el banco—. Y ahora márchate.

Asier sacude la cabeza. No, dice, no.

—¿Es que no me has oído? ¡Está muerta! —Le grita Carmela, sin mirarlo—. ¡Y ahora vete! ¡Con los tuyos! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Tambaleándose, Asier se apoya en la pared, aprieta los puños y los golpea contra ella. El eco de un grito se pierde por los largos pasillos. Carmela se tapa los oídos. Adrián le dice, calla Asier, para, vete, vete de aquí, márchate.

Se oyen pasos presurosos. Adrián ve venir a un escuadrón de agentes, como una formación disciplinada de antidisturbios desplazándose hábilmente por callejones tortuosos. Lo han reconocido. Asier llora y grita. Lo obligan a agacharse, lo logran sin esfuerzo, le colocan las esposas y lo empujan hacia la salida ante los ojos arrasados de Adrián que sigue pensando, ¡ay! que era un buen chico para Anabel y no hay derecho, tanta desgracia en un tiempo tan corto.

Ha corrido la noticia a la velocidad del rayo. Las víctimas y el verdugo se encuentran en el mismo lugar, y las televisiones y otro medios se agolpan frente a la puerta principal del Hospital de Cruces para inmortalizar ese momento en que la familia de Jerónimo Arrarte —asesinado hace tan sólo unas horas— se va a encontrar con el presunto asesino.

El cuerpo de Asier, zarandeado por los agentes de seguridad,

asoma por la puerta del hospital atestada de rostros curiosos, lo hace entre grandes medidas de protección. Camina como un pellejo sin esqueleto, transportado por los policías que desde que lo han esposado no han hecho mas que insultarlo, estupefactos: ¡qué desgraciado, qué cabrón!, y viene y se presenta donde están la viuda y los hijos, ¡hay que fastidiarse! que no les llega la vergüenza ni para respetarse a sí mismos.

¡Asesinos!

De un lado los periodistas, en silencio, acechando el impacto del momento. Han desviado el foco de atención del ataúd de Jerónimo Arrarte, que está siendo colocado en un coche fúnebre inundado de coronas mortuorias, hacia el sospechoso, hacia Asier. Del otro lado los políticos, que han visto quebrada la jornada de reflexión. Todos a la espera, sin saber de qué modo podrán gestionar lo que va a ocurrir. Lo que está ocurriendo.

¡Asesino!

Ricardo Bermúdez León, *el candidato*, de pie, muy cerca de Pili, toma la mano de Emma, y la aprieta fuerte, muy fuerte. Sólo Leandro está atento al gesto, ese gesto que le hace apagar la televisión.

Zubi no ha podido evitar saltar como una fiera cuando se ha enterado de la fatal coincidencia. Al grito de: ¡lo mataré, te mataré hijo de la grandísima puta… era mi colega…!, se ha lanzado hacia todos lados y ningún sitio mientras los policías lo sujetaban con un *no sé qué* de culpabilidad, entre inútiles palabras de consuelo, venga, venga hombre, que al menos lo hemos cogido y pagará, tranquilo que tienes razón, ya es nuestro.

—Señora, disculpe por este inadmisible error, ahora mismo daré orden de que saquen a ese hombre por detrás —le susurra alguien a Pili.

—No. Quiero verlo.

La estupefacción ha brotado sincronizada entre los testigos que han escuchado la respuesta de Pili. De la viuda.

Pili se aprieta a los niños contra ella. Piliylosniños.

—No hija, no —le suplica Mari Carmen, su madre, con el rostro deshecho en piezas imperfectas.

—Déjala mujer, déjala —ha susurrado Ramón, su padre, aguantando el llanto, como le enseñaron, aunque el estómago le arrecie punzadas que doblan.

—Quiero verlo.

Piliylosniños, firme en su lugar, en lo alto de las escaleras, espera.

Empujado, o más bien arrastrado por la policía, Asier pasa frente a

ella.

Mírala hijo de puta, esa mujer y esos niños sin padre, ¿estarás contento? se oye.

Todo se ha roto en el mundo.
No queda más que el silencio.

…tan sólo violado por el resonar de alguna cámara, de algún flash.

Entonces, Pili, la peluquera, ante las incrédulas miradas de Ramón y de Mari Carmen, de Zubi, de Ricardo Bermúdez León, *el candidato*, de Anselmo, de los reporteros y de las televisiones, suelta a sus hijos y se acerca, sólo un paso, hacia Asier:

—Mírame.

Asier no obedece.

—Mírame —repite.

Asier levanta los ojos.

—¿Por qué?

Una lágrima resbala por su rostro, hasta caer sobre sus labios donde va a morir.

—¿Por qué?—Repite Pili. Y antes de que el otro pueda contestar, da un paso hacia atrás, apretando de nuevo a sus hijos contra su cuerpo.

Bajo la mirada de Piliylosniños se llevan al preso.

Nota a esta edición

El 9 de enero de 2014 publiqué un artículo en *El Mundo de Cantabria* en donde explicaba por qué elegí este título para la novela. Reproduzco aquí un pasaje:

… rehenes fuimos todos los españoles. Secuestrados por el terrorismo durante más de cuarenta años —los que tiene mi generación. Rehenes y no víctimas […]. Rehenes hemos sido quienes encendíamos la televisión (o la apagábamos) para ver (o para no ver) que otro día habían asesinado a un hombre; quienes hablábamos con frágil cautela o no hablábamos de ciertos temas *en según qué sitios —como a mí me ha ocurrido y daba igual que fuera en Pamplona, en San Sebastián o en Madrid—, por aquello de las susceptibilidades, de no saber qué piensa el de enfrente y preferir no preguntar. Rehenes por los escoltas, por las bombas lapa, por las sirenas, las miradas sin fondo, los niños sin piernas y las madres sin hijos. Rehenes también los jóvenes educados por padres* abertzales *o por familiares de terroristas que les han lavado los cerebros, chavales que han crecido en un entorno social de cuyas ideas parasitarias e influencias es difícil escapar. Rehén la sociedad vasca, de sus falsos profetas que desde su Olimpo han envenenado al resto del territorio, ése al que execran por no ser El Elegido.*

Agradecimientos

A los que leyeron todas las versiones de *Rehenes* y me animaron a autopublicarla hace diez años.

Muy especialmente a Maite Pagazaurtundúa, por su amabilidad. Y a mi amiga Icíar Allendesalazar, que le mandó el manuscrito.

A Patricia Romero, que me ha dado, con su arte, la cubierta que nunca tuvo esta historia.

A quienes me han animado a publicar esta segunda edición. Especialmente a Palmira Márquez.

Y a aquellos que han llegado hasta aquí y han leído la novela.

La primera edición de este librose
terminó de imprimir en Madriden
el mes de junio de 2024

Table of Contents

Phil Camino
Rehenes
Título
Créditos
Historia atribulada de una novela
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
El Día Siguiente
Nota a esta edición
Agradecimientos